

JOHANN WOLFGANG GOETHE

FAUSTO

I

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La concepción y escritura del *Fausto* de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), verdadero poema de la humanidad, acompañó al poeta alemán a través de toda su vida desde su primera versión escrita entre 1773 y 1775. Luego de publicada la celebrada primera parte en 1808, Goethe continuó hasta el final de sus días escribiendo la segunda que solo se publicó en forma póstuma en 1832.

Las litografías ejecutadas para la primera parte del *Fausto* por Eugène Delacroix (1798-1863) constituyen un complemento insuperable al texto de Goethe quien afirmó de ellas que el artista francés había sobrepasado su propia concepción en ciertas escenas. Las litografías de Delacroix se publicaron, junto con la traducción francesa de Albert Stapfer, en la editorial de Ch. Motte y de Sautet en París, en 1828.

Manuel Antonio Matta Goyonechea nació en Copiapó en 1826. Se trasladó a Europa para estudiar en Alemania en 1844 de donde regresó a Chile en 1849. Inmerso en la política, como ideólogo del Partido Radical, sufrió prisión y fue condenado a muerte por haber convocado a elecciones populares. Desterrado, sin embargo, por el gobierno chileno solo pudo regresar a su patria en 1862, gracias a una amnistía. Trabajó largos años de su vida como diputado y luego como senador. Durante la Guerra Civil permaneció en Buenos Aires. En 1891 fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores pero falleció al año siguiente, en junio de 1892. Su traducción de las dos partes de *Fausto* se publicó póstuma en 1907.

FAUSTO I



JOHANN WOLFGANG GOETHE

FAUSTO

I

Traducción y presentación de Manuel Antonio Matta

Litografías de Eugène Delacroix

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL MANANTIAL OCULTO

Colección dirigida por Ricardo Silva-Santisteban

*Edición auspiciada por el Rectorado
de la Pontificia Universidad Católica del Perú*

ÍNDICE

Dedicatoria del traductor	7
Indicaciones preliminares para la lectura de <i>Fausto</i>	9

LA TRAGEDIA

Dedicatoria del autor	37
Prólogo en el Teatro	39
Prólogo en el Cielo	47

PRIMERA PARTE

Noche	57
Delante de la puerta de la ciudad	79
Cuarto de estudio	100
Cuarto de estudio	117
Bodega subterránea de Auerbach, en Leipzig	144
Cocina de la bruja	165
Calle	180
Noche	186
Paseo	192
Casa de la vecina	196
Calle	207
Jardín	211
Una casita en el jardín	220
Bosque y caverna	222
Cuarto de Margarita	230
Jardín de Marta	234
En la fuente	242
Callejón, entre las murallas y las casas de la ciudad	246

Noche	248
Iglesia	261
Noche de Walpurgis	266
Sueño de una noche de Walpurgis o Bodas de oro de Oberón y Titania	288
Día nebuloso	297
Noche	300
Cárcel	303

DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

A mi hermano
Francisco de Paula Matta Goyenechea

Las cuatro primeras estrofas en que Goethe mismo dedica su obra a personas que le eran queridas y ocupaban un gran lugar en su vida, aunque ya no lo tenían en la tierra, son un indicio, para aquellos que conocen al traductor y no han olvidado gratas amistades antiguas, de los motivos que él tiene, al inscribir, al frente de su trabajo, el nombre de F. de P. Matta; y el sentimiento que esas estrofas modulan poéticamente es una preparación y una justificación suficientes de lo que él se cree obligado a decir para explicar el significado de su dedicatoria, el objeto de su traducción y el carácter de la obra que interpreta. Todo ello, como es fácil colegirlo, tiene mucho de íntimamente personal, algo de nacional y no poco de literario; por eso no se extrañará ni se condenará el que —sin menoscabo de la verdad, sin admiración exagerada por los muertos ni desprecio indebido de los vivos— se den noticias, se hagan reflexiones y se expongan consideraciones que conduzcan a poner en relieve lo que el traductor juzga necesario y puede no ser indiferente a la corta historia literaria de su país.

Dicho esto en cuanto al origen, al desarrollo y al objeto de la traducción de *Fausto*, empezada ha más de veinte años y que ha venido mezclándose con las diversas situaciones, los proyectos literarios y hasta con las vicisitudes políticas del traductor y de la persona a quien ella va dedicada, solo resta una palabra que agregar respecto a esa traducción misma.

El que la ha hecho no pretende exagerar ni quiere desconocer las dificultades de una obra semejante, y menos, jactarse de haberlas superado. Cualesquiera que hayan sido los resultados, buenos o malos, de sus esfuerzos constantes y sinceros

para hacer la traducción, digna del autor a quien interpreta y del público a quien la presenta —más como un lejano trasunto que como una exacta reproducción del libro original— se cree en la obligación de decir aquí que todos aquellos que comprendiendo el alemán puedan ver desarrollarse el inmenso y sublime panorama de Goethe en las majestuosas ondulaciones de su idioma nativo, no tienen para qué consultarla, si no es como asunto de mera curiosidad literaria. Para poder gozar de todas las bellezas, patentes o misteriosas, de la obra maestra del más grande poeta del siglo, no se avergüenza sino que se honra el traductor en confesarlo, es menester tirar lejos de sí su pálido trabajo y consagrarse al original, siempre poderoso, siempre variado, siempre nuevo y siempre fecundo.

Santiago de Chile, 1869

INDICACIONES PRELIMINARES PARA LA LECTURA DEL *FAUSTO*

INTRODUCCIÓN

Tan frecuentemente he oído repetir que el *Fausto* necesita comentarios, explicaciones, notas y referencias a todo cuanto se sabe y se siente y cuanto no se puede sentir ni saber por la humanidad, concentrada en un individuo o desleída en el género humano, tan frecuentemente lo he oído y leído que, a la postre, me he rendido, y al publicar mi traducción, créome obligado a acompañarla de los apuntes y dilucidaciones que más y mejor puedan adaptarse a los conocimientos y a las deficiencias de mis lectores.

La traducción se ha hecho y va a imprimirse para que la lean los que no puedan leer el original y es para ellos para quienes se redacta esta introducción que, si va a aumentar el larguísimo catálogo de los comentarios y disertaciones sobre el *Fausto* y sobre Goethe, no tiene la pretensión de ser otra cosa que un auxiliar, un conductor o un compañero del lector ingenuo y estudioso, a quien, sobrándole la facultad de comprender y el deseo de ir tras de un ideal, pueden faltarle, por el momento, los recursos elementales, el vehículo o la brújula, indispensables para seguir el camino de ese ideal.

No cuenta aún medio siglo el *Fausto* desde que su autor lo completó y ya las disertaciones, las exposiciones, las interpretaciones de las cuales fuera objeto, son tan numerosas casi, que con ellas, solas, se podría formar una biblioteca especial, semejante a la que Juan de Sajonia, admirador idólatra y traductor no desgraciado de *La Divina Comedia*, ha reunido con las obras relativas al Dante.

Después de éste y de la Biblia, quizá *Fausto* es el libro que más ha ejercitado el ingenio y más ha ocupado la pluma y la

lengua de los literatos, lo que no quiere decir que el propósito de su autor se vea más claro ni que el pensamiento y el estilo, verdadera y profundamente poéticos con que él lo transmitiera a sus contemporáneos y a la posteridad, se guste mejor en aquellas disertaciones, exposiciones e interpretaciones que en las palabras mismas de Goethe.

Queriendo el traductor actual contribuir, no al incremento de la biblioteca goetheana, sino a la facilitación de la lectura del *Fausto* que puede ganar en precisión y comodidad con la reunión, al lado de la traducción, de los datos crítico-literarios que guiaron al autor en la realización de su portentosa obra y que guiarán al lector en la apreciación que de ella vaya haciendo, se ciñe a indicar o insinuar tan solo esos datos.

Por eso, aquel se ha permitido señalar, en la traducción, las escenas de la Primera Parte que, aunque indicadas y perfectamente deslindadas en el original, no están marcadas como tales y que él marca a fin de que los párrafos de la introducción puedan confrontarse con los lances y personajes respectivos del gran poema.

El lector que sienta necesidad, el que tenga curiosidad de precisar, aclarar o completar la impresión que recibiera en la lectura del *Fausto* o tan solo voluntad de prepararse a un goce o un estudio literarios de importancia, podrá fácil y cómodamente hacerlo, sin que aquellos que quieran y puedan ponerse en comunicación directa con el autor y con los personajes del *Fausto* se encuentren embarazados y fastidiados por continuas y largas referencias a obras que no tienen su propósito y su sello singularmente poéticos.

De ahí viene también que, separadas por completo, la traducción y la introducción, hasta en el tipo y en la numeración de las páginas, las dos obras, relacionadas y paralelas siempre entre sí, podrán quizá satisfacer a los deseos y exigencias, aun cuando es seguro no satisfarán a los conocimientos y a la erudición de muchos lectores.

La tragedia misma, en la forma en que la completó su autor en el verano de 1831, nos servirá, con sus divisiones, cada

una de las cuales forma casi siempre un conjunto completo, de hilo conductor por entre las sinuosidades, no más extraordinarias —considerado el fondo y no la forma de ciertos lances legendarios— ni menos peligrosas en la vida de Fausto que en la de cualquier hombre de actividad mental y corporal, capaz de levantarlo más arriba de la mera satisfacción de los apetitos bestiales.

Entremos en materia.

DEDICATORIA

Lo primero con que el lector se encuentra es con la melancólica expresión de un sentimiento, general e individual, a un mismo tiempo, que no necesita más explicaciones ni interpretaciones que la lectura de la Dedicatoria que, como se echa de ver por su contexto, fue compuesta cuando Goethe había avanzado mucho en su carrera de la vida, sembrándola de obras que prepararon y siguieron dignamente aquella a que preceden esos versos, impregnados de una deliciosa melancolía, que dando ecos a la situación personal del poeta cuando los escribía, son la expresión del estado moral de todo hombre que, habiendo partido junto con otros, para atravesar la selva de la vida, se encuentra, a la mitad de ella, con pocos o con ninguno que puedan acompañarlo hasta el fin, siquiera, en el deseo y con el aplauso.

El poeta, el negociante, el estadista, el operario, el artista, el sabio, el hombre o la mujer de mundo, todos y cada cual, en su esfera de esfuerzos por alcanzar un ideal o por cumplir un deber, encuentran, como Goethe a los cincuenta años, las visiones de la existencia pasada y los anhelos de la existencia futura que se confunden en una lágrima y un gorjeo inefables.

PRÓLOGO EN EL TEATRO

Por esa misma época, en que Goethe exhalaba así sus sentimientos, o poco después, y cuando la idea de una Segunda Parte de la tragedia tenía suficiente consistencia en su imaginación, tomó forma, sugerida quizá por el Prólogo de *Sacuntala*, el Prólogo en el Teatro; el cual, a más de servir como una introducción a la obra, es la continuación y la acentuación del contraste entre la realidad y la idealidad en la vida, y vuelve a hacer vibrar las cuerdas melancólicas de la existencia humana que pasa, disminuye y va amortiguando los briosos y alegres ecos de los sentimientos y las esperanzas juveniles.

La contradicción entre la prosa y poesía, riñendo y reñidas siempre, pero incapaces de separarse nunca por completo y el diálogo y algún personaje de este Prólogo, fuera de *Sacuntala*, traen a la memoria algunas de las piezas dramáticas españolas del tiempo de Tirso de Molina y de Pedro Calderón de la Barca que no sería difícil ni poco curioso señalar.

PRÓLOGO EN EL CIELO

Pero todavía más recuerdan las loas de los misterios, y sobre todo de los autos sacramentales el Prólogo en el Cielo, sugerido indudablemente por los primeros versetos del Libro de Job, pero realzado por la contraposición con el Prólogo anterior, el cual mira principalmente al modo de hacer y de representar un drama, mientras que el Prólogo en el Cielo —o la loa, como decían los dramaturgos españoles del siglo XVII— mira a anticipar la razón y el desenlace de la acción trágica que va a desarrollarse, no en el teatro, sino en el mundo; no ante el público, sino en la mente del poeta.

El aspecto cristiano-católico de la escena, contemporáneo y homogéneo con la leyenda que va a servir de tema al autor, es el que Goethe, para simetría del conjunto y unidad del colorido, creyó necesitar, cerrándose, por ceder a las exigencias de

lo que se ha llamado *color local*, horizontes que no cuadran con esa supersticiosa manera de considerar y hacer obrar al hombre y a Dios.

Pero esos son los elementos, esas son las condiciones en que el artista se ha colocado para llevar a cabo su obra, y aun cuando no se les acepte como una verdad, como un punto de arranque para el desenvolvimiento de la vida humana, es preciso e indispensable aceptarlos para el desenvolvimiento de la idea del poeta, hecha poema y encarnada en diversos y contrastados personajes.

Por eso también, aun cuando los teólogos ortodoxos de varias sectas pudieran protestar de la bonachona mansedumbre del Señor y de la irónica sumisión de Mefistófeles, no sería éste lugar de tomar en cuenta sus ratiocinios y sus alegaciones.

El poeta que nos ha trasparenteado su alma va ahora, después de mostrarnos las influencias de lo alto y los resortes de la tierra, a exhibirnos lo que es la vida en el hombre, lo que es el hombre en el universo.

Empieza la tragedia, renovada siempre y nunca envejecida, interesando a todos y en todo tiempo: la de las aspiraciones que renacen a cada paso y que nunca se satisfacen.

PRIMERA PARTE DE LA TRAGEDIA

NOCHE

Cuando, de noche, sentado en su sillón, delante de su atril, lanza Fausto las primeras y doloridas exclamaciones de la insuficiencia y de la ineficacia de todo lo que enseña, estudia, aprende y desea, comprenden, aun los más indiferentes, el estado del alma de aquel que así se expresa: el tono, el acento, íbamos a decir, el timbre de la palabra, puede ser distinto según los individuos y según las circunstancias, pero el fondo y la esencia de ella son el mismo siempre y no son sino la posición, en apariencia inconciliable, la distancia, en apariencia insalvable, entre la aspiración ideal y la satisfacción material, en-

tre la imaginación y la realidad, entre la poesía y la prosa, fórmulas apenas diferentes en grado y que se desenvuelven una de otra eternamente en la vida del individuo y de la humanidad.

Fausto, que expresa sus sentimientos y sus aspiraciones en choque siempre o a distancia enorme con su situación personal, no hace sino expresar lo que, menos poéticamente y con menos sujeción a la leyenda de la cual ha echado mano el poeta, siente y diría cada uno de los que, habiéndose esforzado por saber y por enseñar, encuentra, después de todos sus esfuerzos y sus triunfos, que de él nada pueden aprender los demás porque nada sabe.

Pero Fausto no es solo una abstracción, no es un simple universal —en el sentido escolástico— sino que es un personaje determinado, de cierta época, de cierta raza, de cierto pueblo, de cierto gremio y como tal se lamenta desesperado de su suerte y para mejorarla, o al menos, hacerla más soportable y cediendo a la misma influencia de la cual se queja y a la que cree escapar —la influencia del ideal que le suscita aspiraciones no satisfechas por el hecho—, entrégase a lo que hoy creemos una simple conseja y era en su tiempo creencia de todos, a la magia, fruto de la acción y de la ciencia de otros seres y de otros espacios que los del género humano.

Fausto, descreyendo en la ciencia franca y demostrable que está al alcance de todos y que hemos visto y sentimos cada día venir desarrollándose como se extiende la oleada de la marea en la extensión del mar, cree en la ciencia oculta y misteriosa que está al alcance de muy pocos para dominar a los demás; y en la aplicación de sus preceptos, encuéntrala, por fin, también, tan insuficiente y tan inicua como la ciencia de todos.

Por eso, en el estupendo monólogo, que interrumpen el Espíritu, con su repentina y avasalladora aparición, y Wagner, con su bien intencionada y bien moderada visita y al cual dan remate los coros de ángeles, mujeres y apóstoles en Navidad, el poeta, por una gradiente que va de la insuficiencia y de la ineficacia del saber humano a la saciedad y al tedio de la vida,

conduce a su personaje al suicidio, necesario, inevitable, como que nace del carácter y de la situación y que, sin embargo, no se efectúa porque había, en las entrañas de Fausto, una fibra que vinieron a conmover y que hicieron vibrar sentimientos y creencias que, en otro tiempo, eran la atmósfera de su alma y el ambiente de su cuerpo.

No conozco —ni en Goethe mismo— más completo y más acabado conjunto poético que el que se ve en esta escena magistral que es, por sí sola, un drama perfecto y en el cual basta leer para ir viendo cómo brotan —¡con qué verdad y con qué imaginación, sin embargo!— una de otra las palabras y las situaciones, completamente individuales e individualizadas, y no obstante, enteramente comunes a todo el género humano: el Hombre-Individuo y el Hombre-Humanidad, desde la portada del gran poema vense aparecer con el perfil y con el brillo que el poeta ha sabido darles.

La habilidad con que todo está preparado, urdido y matizado en esta gran escena que algunos quizá antes han podido sugerir y que muchos, después, han imitado, ahorra toda explicación, todo comentario, toda exposición que no sean un grito de admiración.

Los libros, los signos, las invocaciones y las evocaciones de magia, por sí, como la aparición del Espíritu, el diálogo de Wagner y los coros finales, explícense y justifícanse con una precisión y una claridad que la más acompañada y más pedantesca prosa no puede siquiera pretender alcanzar, porque si las alcanzara, sería lo que no es: poesía verdadera, igualada quizá por uno que otro, sobrepasada por nadie.

DELANTE DE LA PUERTA DE LA CIUDAD

El eco, melancólico pero irresistible, de la infancia bastara para que Fausto no sucumbiese a la avasalladora tentación del suicidio y viviendo sale a respirar las auras fecundas de la vida de la naturaleza y de la humanidad que, en sus embates, llevan y traen, aglomeran y desmenuzan, alzan o sumergen mucho de

lo que nos es caro u odioso, perjudicial o provechoso, alentador o desconsolador.

De distinto carácter, pero con el mismo propósito y con no menor maestría, es esta variadísima escena en que todas las profesiones casi exhibense haciendo un contraste pronunciadísimo con la situación y las aspiraciones de Fausto que, en los sentimientos, en los actos, en las palabras y aun en los elogios de los hombres, encuentra pábulo a su desesperante hartura de la vida, al mismo tiempo que columbra y busca algún misterioso resorte para salir de ella.

Todos los personajes que intervienen y todas las palabras que se escuchan en esta escena contribuyen a acentuar la situación excepcional y el carácter extraordinario de Fausto, sabiéndolo todo y no creyendo en nada; y quién, sin embargo, fía en la magia y confía en los auxilios y en los auxiliares que ella quiera y pueda suministrarle.

La vida real, común, ordinaria, material, vulgar, grosera, aun si se quiere con cierto lejano olor antiguo, se produce —con espontaneidad y naturalidad, en la escena; con deliberada habilidad, en la mente del poeta— como eminentemente distinta y opuesta a la vida excepcional y extraordinaria de Fausto que, en su conversación con Wagner —especie de Sancho de esa otra especie de Don Quijote— explica esa diferencia y esa oposición, tan internas como externas, poniendo el sello a su carácter y al momento en que habla con la invocación a los Espíritus, de la cual se asusta Wagner mientras él se queda absorto, con la mirada fija en un solo punto del horizonte.

La aparición del perro que suscita encontradas y divergentes impresiones en el alma del maestro y del alumno, viene a dar su desenlace natural y necesario en el desarrollo del personaje de la leyenda, a esta animada y pintoresca escena que, como todas las del *Fausto*, forma por sí cuadro completo, conjunto acabado y que prepara, artística y lógicamente, la transformación del personaje de la realidad en personaje de la leyenda, en el hombre de la conseja popular en que vinieron a

F a u s t.

Eine Tragödie.

von

Goethe.

Leipzig.

In der J. G. Cotta'schen Buchhandlung.

1808.

confundirse, para figurar un solo símbolo, la Media Edad y la época Moderna.

Antes de pasar a la muy importante escena siguiente, será preciso explicar, traduciendo a palabras comunes, la receta de la pócima con que los pacientes y el médico creían curar en los tiempos de la peste que atrajera al padre de Fausto tantos aplausos y que aun proporcionaba a éste el respeto que Wagner admira y que él siente como una herida en el corazón.

El león rojo —que allí se nombra— es el vitriolo.

CUARTO DE ESTUDIO

Después de que el conocedor de todas las cosas y de todas las fórmulas de la magia, después de que el evocador de espíritus se retiró del campo y de las preocupaciones que lo tenían asediado en medio de las gentes que gozaban de la Pascua de Navidad, a su cuarto, para engolfarse en sus meditaciones que tenían por objeto un alto trabajo intelectual, entró acompañado por el perro de aguas, en el cual, al principio, creyera vislumbrar algo de sospechoso y extraordinario para no ver enseguida, a influjos de Wagner, sino un perro común, bien enseñado y que andaba en busca de su amo, a quien Fausto cree y logra reemplazar, por el momento.

El soliloquio de Fausto, elevado, bien sentido, solemne, que desborda en ola de poesía y de su corazón se extiende a su palabra, es entrecortado por las observaciones, por las objurgaciones y por las amenazas que se ve obligado a hacer a su imprevido e impertinente huésped, el cual parece sufrir y querer, ante todo, cortar el hilo de las reflexiones y de los propósitos trascendentales que ocupan, en esos momentos, a Fausto.

Cuando, interrumpido en su arduo trabajo de la traducción del Evangelio según San Juan, que él creía comenzar de una manera inspirada, ve que el perro no es sino la cubierta de un espíritu que él ha introducido a su cuarto por compañero, apela a sus conocimientos, sus creencias y sus resortes de magia para resistirle y dominarlo.

Los espíritus, a cuya falange pertenece el que se revistiera de la figura del perro, confirmanlo en su opinión, dejando oír un coro de voces que anhelan rescatar al compañero de la prisión en que se encuentra.

El alumno y maestro de la magia apela decididamente y con toda eficacia a sus conjuros, merced a los cuales el perro se deshace en niebla y ésta se convierte en Mefistófeles, que sale vestido de estudiante a ofrecer sus servicios al gran doctor.

El diálogo que se entabla entre ambos y que caracteriza perfectamente los dos personajes de la leyenda que empiezan a salir de una estrecha realidad para entrar a una indefinida idealidad, revela tan solo el modo especial y el campo excepcional en que va a seguir desenvolviéndose la acción dramática que se anuda de nuevo y más fuertemente, a la contradicción perpetua del hecho con la aspiración, del deseo con la satisfacción.

Las fórmulas de conjuro y las leyes a que están sometidos los espíritus, como la posibilidad y la variedad de las transformaciones de ellos en los animales que más les cuadran, son cosas conocidas o muy fáciles de comprender y no necesitan sino ser señaladas.

La encantación del encantador que se cree muy seguro y está muy orgulloso de sus artes y merced a la cual Mefistófeles se desprende de allí, dejando en el ánimo de Fausto, con sus propias expresiones y con los fantasmas que los espíritus han hecho pasar ante su mente, es un eslabón más que se agrega a la cadena con que Fausto se va a ver ligado a un destino que es obra suya, aun cuando aparezca hecho por mano ajena.

CUARTO DE ESTUDIO

La roedora y persistente contradicción entre el deseo y la satisfacción, entre el esfuerzo y la meta, entre la realidad y el ideal, que viene sirviendo como nota fundamental al desenvolvimiento de la idea y de los personajes del poeta, llega al paroxismo, al punto culminante, al punto en que, si no hay resor-

te, mano o ser exterior y superior que llegue a suprimirla, neutralizarla o encubirla, esa contradicción concluiría con aquel que es víctima y artífice, instrumento y objeto de ella.

El desencanto de la existencia, el tedio de la vida, la impotencia del esfuerzo siempre renovado y siempre ineficaz que se exhalan de la boca de Fausto en palabras de tristeza y de amargura agobiadoras, encuentran en el aspecto, en las promesas, en las fascinaciones de Mefistófeles, un contraste que las doblega, las colorea y las transforma en el instrumento indispensable y necesario para llegar al propósito que, queriéndolo deliberadamente Mefistófeles, deseándolo, sin saber ni poder decirse que lo quiere, Fausto, tienen ambos y realizan por fin: el pacto.

El pacto es el nudo legendario del poema, nudo que el poeta habría quizá evitado, pero que no quiso evitar y que es menester recibir tal como la conseja nos lo ha transmitido, tal como lo interpreta y lo emplea el poeta, comentando acertada y completamente en el diálogo que tiene lugar entre los dos personajes.

No necesitamos explicar lo que es el pacto con el Diablo, símbolo de errores y verdades, de caídas y subidas incalculables, con que la multitud ciega y seguidora, y con que una minoría ilusa o perspicaz se representaban las conquistas y las consecuencias más ordinarias de la energía, de la habilidad, de la ciencia, inconscientes, a veces, pero siempre eficaces en tiempos en los cuales el mundo de las palabras huecas y de las entidades imaginarias ofuscaba y aun hacía casi desaparecer por completo el mundo de las cosas positivas y de los seres reales.

Ese símbolo de cosas y transformaciones que no siempre acertábanse a explicar con claridad los hombres de la época, fecunda pero confusa, preñada de gérmenes de un porvenir viviente como de un pasado muerto, que media entre el fin de la Media Edad y el comienzo del Renacimiento, el pacto con el Diablo que nunca fue más frecuente que en esa época de lucha continua e inevitable, en el mundo, en Europa, en Asia, en las ciudades, en los individuos, simboliza, sin saberlo quizá, lo

que más le prestaban crédito en su recelo o en su deseo de él, uno de los momentos ineludibles en la vida general como en la particular de la humanidad: el momento en que, por el vigor de los apetitos, la energía de los sentimientos o la fuerza de los conocimientos, el hombre o la mujer, un solo individuo o todo un pueblo se sobreponen a obstáculos interiores o exteriores, que antes eran avasalladores y que pasan a ser avasallados.

Cuáles sean ellas y con qué objeto y hacia qué rumbo y por qué medios tales apetitos, tales sentimientos, tales conocimientos se manifiestan, dejando en pos de sí rastros duraderos que son de admiración o espanto, de odio o amor, es lo que las narraciones, las consejas, las poesías de todos los pueblos cristianos, con más o menos arte, con un buen éxito menor o mayor, nos enseñan.

Quizá, en muchos casos, el pacto, como en esta escena de Goethe, satisfaciendo al criterio ofuscado del vulgo, es la expresión de una intuición del que lo refiera o del que lo hace y que no ve, en el momento y en el significado del pacto, sino el predominio alcanzado, la prepotencia al fin conseguida, de un apetito —sea el de la codicia o el de la concupiscencia, de un sentimiento —sea el del amor, de la ambición o del odio, de su convencimiento —sea el de las cualidades físicas, químicas o terapéuticas que tengan los animales, las hierbas o las piedras.

De todos modos, y en el caso de Fausto y para hombres de la elevación de inteligencia y vastitud de conocimientos de Goethe, el pacto de Fausto es el emblema de la recrudescencia de los apetitos y los sentimientos, amortiguados antes y redespertados con mayor pujanza y en mayor número, gracias a la ocasión que ha venido a poner en lugar menos propicio al ejercicio de su predominio, los impulsos y las aspiraciones intelectuales que durante largo tiempo los habían tenido supeditados.

Cualesquiera que sean las interpretaciones y explicaciones que se puedan dar —y que no serían pocas si se quisiese buscarlas y encontrarlas todas—, la escena del pacto no es de las menos acabadas, y entre las muchas análogas que cuenta la

poesía de Francia, de Italia, de España, de Inglaterra, es de las mejores y más completas.

El entusiasmo y la ironía, el ideal y la realidad, la poesía y la prosa, sea al aspirar, al gozar o al quejarse, tienen en la boca de Fausto o de Mefistófeles su expresión, grata, fascinadora y que se completa y se resume en la unión —por fin hecha— de dos personajes, de dos seres, de dos aspiraciones que se contradicen y están en contraste siempre, pero que se necesitan, se buscan y tienen en qué juntarse, para que no se vuelva humo, vaho, nada, lo que es la existencia del uno y del otro.

La vida del pensador y del vividor, la del entusiasta y del avaro, la del egoísta y del altruista —como diría un comtiano— en el idealismo trascendental, persistente, de Fausto y en el sensualismo epicúreo-optimista de Mefistófeles hallan un eco prolongado que no tiene mejor sabor ni más encanto en escenas parecidas de Calderón de la Barca, cuando las exhibe en su *Mágico prodigioso* y su *José de las mujeres*.

La dualidad del individuo, con tendencias que se oponen y con aspiraciones que se contradicen entre sí, es la que se deja ver en estas escenas, quien quiera que sea el poeta que las trace: Goethe, en particular, sin Fausto y sin Mefistófeles, no habría alcanzado a exteriorizar el dualismo notable de sus notabilísimas aptitudes.

El monólogo de Mefistófeles que, como el coro de la tragedia o la comedia antigua, viene a aumentar, explicándolos, el destino del personaje y la obra del poeta, viene a concluir magistralmente la trágica escena del pacto, a la cual sirve de contraste prodigioso la escena cómico-satírica del estudiante con Mefistófeles, disfrazado de doctor Fausto.

El diálogo, por sí solo, dando ecos a la inocencia del verdadero estudiante y a la malicia del fingido Fausto, poniendo en evidencia el candor pueril del uno y la ironía senil del otro, no necesita sino ser leído para ser comprendido y para ser gustado.

¡Lástima que, después de tantos años, no solo en Alemania, sino en Chile, sean de tanta y tan estricta aplicación las humo-

rísticas, pero no por eso menos exactas y verídicas ocurrencias de Mefistófeles-Fausto que no dejan de ser el verdadero Goethe!

Con una nota bíblica que viene a reanudar los tiempos de Goethe y de la filosofía verdadera con los de Moisés y los de la falsa teología, pone fin el poeta a este intermedio precioso, para dejar que Fausto y Mefistófeles empiecen la vida que se han comprometido a llevar, deseando el uno, cumpliendo el otro, todo aquello que pueda satisfacer sus aspiraciones, por elevadas o por rastreras que ellas sean.

Y al emprenderlo, Goethe que, como todos los grandes poetas en su obra principal, mezcla a la urdiembre de la suya muchos de los hilos de su propia vida, aludiendo y aun repitiendo lo que la ciencia y la industria acaban de inocular y de llevar a cabo, la toma de posesión de la región aérea por el globo —Esteban Montgolfier hizo su descubrimiento en 1783— da remate a esta segunda sección, que es como la continuación y el contraste de la primera que sentimos conducir en angelicales coros de ángeles que traían melancólicamente al ánimo el recuerdo tierno de otros días; pues la actual concluye con la decisión, por caminos y con resortes ignotos, de ir a buscar agua que sacie la renaciente sed de sentir y de saber que ha llevado a Fausto por las penosas sinuosidades de una existencia tan trabajosa y adolorida como vacía.

El canto místico de la primera y la indicación científica con que Goethe remata estas dos secciones que forman, por sí solas, un conjunto completo ¿no sería un contraste deliberado? Quizá; pero serlo o no, San Juan y Montgolfier no están de más ni pueden olvidarse ni deben desdeñarse al hablar del *Fausto*, al pensar en Goethe que tuvo necesidad de los más variados y más contrastados personajes para expresar que él era, así como tuvo necesidad de los más variados y más opuestos estudios y conocimientos para dar satisfacción a su insaciable sed de saber.

Pero sigamos adelante.

BODEGA SUBTERRÁNEA DE AUERBACH, EN LEIPZIG

La leyenda popular, como la obra poética, obedeciendo a una ley misteriosa, pero universal, hace que Fausto, al empezar la nueva vida de goces, la empieza por ver y experimentar aquellos que más cerca mantienen o llevan al hombre, de bestia. Lo que la leyenda, hija del claustro, fruto del aula, promesa y amenaza de la Iglesia, enseña, mostrándonos al hombre que por sí o por ayuda de otros se separa de los demás para sentirse y gozarse en algo superior a lo que era él mismo y a lo que son los demás, como cae en la más grosera sensualidad, es también lo que el poema nos señala, comentándolo por la boca del mismo Mefistófeles al entrar en el círculo de los diez alegres bebedores y al retirarse de él, dejando clavadas en las paredes de la taberna, agudas e indestructibles flechas de la sátira, contra preocupaciones y aspiraciones, dignas del ingenio de Goethe.

Pintura de costumbres, cómica exhibición de caracteres, preparación de las mentes de los lectores o de los auditores a lances de mayor y más estupenda fantasmagoría, esta escena que, alcanzando a la verdadera comedia, raya en la farsa, sin desmerecer ni chocar, da color local, presta sentido natural y es vínculo de unión entre la trascendental escena del pacto y la no menos trascendental, y que era menester justificar, del rejuvenecimiento de Fausto.

COCINA DE LA BRUJA

Sujetándose a las reglas, se podría casi decir, al formulario de la hechicería, el poeta llega a esta escena para tener el punto de apoyo necesario a fin de que su héroe, sin chocar con la verdad, sin traicionar a la leyenda y pudiendo servir de símbolo y de expresión de la humanidad, pueda seguir el desarrollo de su existencia, en medio y a virtud de las pasiones que hacen al hombre capaz de todo lo grande, todo lo bello, todo lo verdadero, que es el orgullo nuestro, como también de todo lo mez-

quino, todo lo feo, todo lo falso, que es nuestra confusión y nuestro castigo.

Las indicaciones, acerca de la entrada en escena, de los gestos y actitudes de los diversos personajes, cuya extravagancia en cuerpo, traje y lenguaje no puede ni debe extrañarnos al tratarse de brujerías y de brujerías al uso y en conformidad con las ceremonias del caso, tan antiguo y tan universal como la superstición y la superchería humanas, las indicaciones, decimos, que se leen entre los versos del poeta, son bastante claros comentarios y suficientes explicaciones de lo que se va viendo y oyendo.

El simbolismo oculto tras de ese velo extraño se trasparenta bien en todas y en cada una de las cosas y de las acciones que se van sucediendo desde que Fausto y Mefistófeles entran al estrafalario laboratorio de la Bruja hasta que salen de él, llevando el primero en el cuerpo una pócima capaz de hacerle ver a Helena en cualquiera mujer.

El despertamiento de los sentidos, la recrudescencia irresistible e indomitable de los apetitos concupiscentes a cierta edad que frecuentemente creemos es la cesación o la debilitación de ellos, cuando —según algunos fisiologistas— suele ser el momento de su mayor fuerza y tanto mayor cuanto más ella ha sido comprimida por una presión material e intelectual, como se ha manifestado en casos excepcionales y no por eso menos frecuentes, de hombres o mujeres que se entregaban a la vida ascética, el despertamiento de los sentidos, la recrudescencia de la concupiscencia o de la lujuria a la entrada de la vejez, bien pudiera en la leyenda, como en la obra del poeta, ser lo que representa la cocina y la pócima de la Bruja, pero la visión de Helena que, desde su principio atrae, encanta, fascina a Fausto, da una significación más lata y presta un sentido más inmediato a toda esta rara escena, que desenvuelve y completa toda la cadena de la vida legendaria y de la existencia poética del personaje, real e imaginario, individuo y especie, hombre y humanidad que Goethe propusiérase hacernos ver, conocer, amar, admirar y llorar.

CALLE

Fausto no va ya con la ropa, el bonete y las borlas de doctor, sino joven, esbelto, airoso, rebosando vida y desbordando amor; apenas se ha separado de la fantasmagoría estrambótica de la Bruja y alejado de la compañía pesada de Mefistófeles, cuando, por la calle, divisa y se acerca a la más hermosa niña.

Y aquí, sin cortar los vínculos con todos los antecedentes de la leyenda, sin comprometer los más numerosos que tiene con una sublime poesía, anúdase la acción, dramática tanto como ordinaria, encantadora tanto como dolorosa, de los amores de Fausto y Margarita; amores todos candor, inocencia, abnegación en ella, todos fuego y locura en él.

Las escenas que, en pos de ésta, van sucediéndose ya sean con intervención de Mefistófeles o de Marta, ya solo entre los dos apasionados amantes, no hacen sino desarrollar la conocida y lamentable tragedia de una pasión que empieza en el cielo de las más gratas y conmovedoras ilusiones y la cual acaba en el infierno de las más tristes y lacerantes realidades.

Marta y Mefistófeles, con su conducta, dan, la una, asideros y ocasión para que la pasión crezca, desborde y arrastre en sus raudales no solo las hojas, las flores, los frutos, sino hasta las más robustas ramas del árbol del amor, dejándolo todo en las márgenes áridas y solitarias del desencanto y la desilusión; el otro busca, idea, suministra, prepara y hace nacer los motivos y las ocasiones para que la pasión ideal tenga algo del apetito bestial, para que el cariño se vuelva odio, para que los deleites del amor sean la muerte del hermano y de la madre, para que el cariño del satisfecho amante sea el remordimiento, el abandono y el enloquecimiento de la amante desesperada. El encantador idilio del jardín de Marta tiene por desenlace la desgarradora tragedia de la cárcel.

Todas estas escenas ¿a qué y para quiénes comentarlas?

Cada cosa que sucede, cada nueva palabra que se oye, cada nuevo personaje que se ve, son explicación, comentario, del suceso más común y más ordinario en la vida de las ciuda-

des y que es, sin embargo, de los más trágicos que ocurren en la humanidad.

La casi suprahumanidad o extranaturalidad de Mefistófeles mismo en sus relaciones con Fausto y, a causa de eso, su ingerencia decisiva e irresistible en los pormenores de la tragedia, es un incentivo más al sentimiento y una luz más a la inteligencia de todo lo tierno y lo sublime que se va desarrollando hasta llegar a la muerte de Margarita, loca, en las baldosas húmedas de una cárcel.

Lo sobrenatural que, por las necesidades de la leyenda, se deja todavía entrever aun en todas estas escenas, parece aun hacer resaltar con más fuerza lo espontáneo, lo humano y, sin embargo, lo ineludible e ineluctable del amor de Fausto y de Margarita.

Romeo, en sus tremendas exclamaciones, sobre las gradas de las que él cree tumba de su muerta Julieta, ¡tiene razón!

NOCHE

El amor ideal, lleno de elevación y de ternura, de Fausto y al que viene a hacer contraste y dar resortes materiales de satisfacción Mefistófeles en sus ardides, encuentra un reflejo y tiene un eco que han de ser irresistibles para Margarita, en su natural curiosidad de niña, hermosa e inocente y que, en medio de su pobreza y de su soledad, halla quienes le hagan ver y sentir otros horizontes y otras aspiraciones.

PASEO

No hace sino caracterizar mejor a Fausto, apasionado, y acentuar lo que hay de humano, de verdadero, en su existencia, a pesar del compañero y de los resortes legendarios que van señalando los momentos decisivos y el movimiento ascendente de su pasión.

CASA DE LA VECINA Y CALLE

El precioso cuadro de Marta y Margarita, con quien llega a terciar, con tanto ingenio y tanta malicia Mefistófeles, no necesita ni pide colorido ajeno para producir toda la impresión posible y se explica cómo prepara, por sí mismo, la escena siguiente, indecisión otra vez en la calle, que completa la pintura de las pobres mujeres, en medio de las cuales va extendiéndose y creciendo la llama voraz del amor de Fausto.

JARDÍN Y UNA CASITA EN EL JARDÍN

El diálogo acompañado, simétrico, casi como *duetto* de ópera, pero superior a todo, por el ingenio y el chiste, en el caso de Marta con Mefistófeles, por el candor, la verdad y la sencillez, en el caso de Margarita con Fausto, que se desarrolla, alternándose, en el jardín de Marta, es una de las mejores y más acabadas escenas escritas por poeta alguno.

Su mejor explicación es volverla a leer.

Para que se sienta y se pueda gustar todo lo que tiene de etéreo, de poético, de divino, de inefable no falta ni la vulgar pretensión de la interesada Marta ni la malignidad ingeniosa y chistosa de Mefistófeles que, burlándose de ésta, si logra interrumpir, no logra destruir la nube de oro, el ambiente de cielo, el terreno de luz y de amor en que se mueven, se hablan, viven Margarita y Fausto.

¡La inocencia y el amor de Margarita cómo se ven realzados al resplandor de la malicia y del interés de Marta!

BOSQUE Y CAVERNA

El anhelo de saber, la aspiración incesante e insaciable a comprender y a dominar las condiciones de la existencia, llevan a Fausto, de entre las ilusiones y los goces del amor, a la prosecución de sus tentativas para alcanzar tan elevado objeto, a las más

recónditas soledades, poniéndose en contacto más inmediato y más frecuente con la naturaleza y entregándose, por completo, a la contemplación de la actividad y a su tranquilizador imperio.

Allí, Mefistófeles, representante del elemento contrario al ideal, símbolo del apetito enemigo del sentimiento, emblema de la despachurradora prosa, en lucha con la aérea poesía, va a buscarlo, para arrancarlo de sus elevadas y elevadoras contemplaciones y hacerlo descender a los rastreros y poderosos sentimientos que a él le conviene no dejar dormir.

El cariño, el amor, vuelven a despertarse en Fausto, con la pujanza de antes, y él, destruyendo, sin quererlo, el edificio de su propia dicha, hace imposible la dicha de la que más ama.

CUARTO DE MARGARITA

Este no es más que un tierno, un sentido, un amoroso lamento, que forma contraste con el monólogo de Fausto en la selva, dando a cada uno la luz y la palabra que mejor los caracterizan y pueden hacerlos ver.

Y ese contraste es el que se continúa en el jardín de Marta.

JARDÍN DE MARTA

Una de las más originales y más preciosas escenas que es la expresión, no solo de la época y del pensamiento de Goethe, del siglo XVIII, sino de todos los tiempos, en los cuales las doctrinas que fenecen y las doctrinas que empiezan encuentran en los personajes que como amigos, como amantes, como coreligionarios, como socios, forman vínculos estrechos, agentes e instrumentos que, sin quererlo, se contraponen y se chocan entre sí.

Como pintura de la época, como caracterización de los personajes, como preparación de los lances ulteriores que van enredando y han de desenredar la acción dramática, es incomparable.

Comentada por el lenguaje sarcástico del cínico Mefistófeles, uno comprende bien después cuánto hay de trágico en la ninguna desconfianza, en la completa imprevisión en que los dos amantes se entreguen a la embriaguez de sus inocentes amores, terribles, mortales, sin embargo, no solo para otros sino para ellos mismos.

EN LA FUENTE

La sencilla plática entre Margarita y una de sus conocidas, comenta, sin malicia y con una profundidad incalculable, el desarrollo de la tragedia en su propia alma, hecha, a pesar suyo y sin su voluntad, tan dolorosa y desesperada.

Ese dolor y esa desesperación hallan voz desgarradora en la siguiente escena.

CALLEJÓN ENTRE LAS MURALLAS Y LAS CASAS DE LA CIUDAD

Con la sentidísima queja de la desgraciada y creyente Margarita.

NOCHE

Pero, ¡ay!, eso no es lo peor. El encadenamiento de los sucesos, la sucesión de las casualidades, como creen casi todos, la mano y el propósito deliberado de Mefistófeles traen el lance del desafío entre Valentín, el hermano, y Fausto, el amante de Margarita, a quien, muriendo el primero, de resultas de su herida, maldice en medio de la estupefacción de las gentes que han acorrido al estrépito de la reyerta malhadada.

IGLESIA

Ya la infeliz Margarita, a quien las primicias del amor y todas las ilusiones de su candorosa inocencia no sostienen ni pueden defender contra los vapores de muerte que se levantan de las sepulturas de su madre y de su hermano, ve, siente, oye, palpa, fuera y alrededor de sí, su propio remordimiento hecho un ser, un personaje que, en medio de la iglesia, entre la gente, le grita al oído sus faltas; que ella no quiso cometer y que no cometió, y que se le imputan a acción y a delito imperdonable y nunca perdonado.

Lo que el Espíritu Malo le dice en la iglesia, lo que le decía su buena amiga en la fuente, lo que ella siente dentro de sus propias entrañas, todo, todo la urge, la lacera, la martiriza en forma y en extensión indecibles.

Parecía no faltar ya nada a su desgracia y pronto veremos que aún había algo que agregar a infortunio tan tremendo.

El desmayo en que cae al fin de esta escena no es, para el poeta, sino el modo de hacer comprender lo que no sabría expresar: la transformación del ser más puro, más inocente, más encantador a la influencia mejor de la postrera escena de la tragedia. Pero no anticipemos.

NOCHE DE WALPURGIS

Esta escena es una de aquellas que, si no hubiese sido por la leyenda que dio origen y materia a la tragedia, el poeta no habría trazado ni tenía necesidad de trazar.

Pero no queriendo precipitar sino retardar, a lo menos para el lector y para el auditor, el doloroso desenlace, debía y quiso trazar, en conformidad a los antecedentes de la leyenda en el pasado, y a las consecuencias, en el porvenir, que él se proponía sacar de ella.

De todos modos, sin ser esta escena de las necesarias e indispensables para el desarrollo de los caracteres ni de la acción de la tragedia —pues, en la significación de los usos, ni en la

marcha de la otra, nada se adelanta— es de aquellas que, a la aparición del *Fausto* y después, han llamado mucho la atención y ha ocupado la pluma de muchísimos escritores, explicando y comentando, así el panteísmo que revelan algunos de sus versos, como lo raro y extraño de algunos personajes y de su modo de expresarse.

La escena, por su carácter y por sus tendencias, entra indudablemente en el plan y la ejecución natural del pacto entre Mefistófeles y Fausto, y está justificada, como la del sótano de Auerbach, recibiendo en este caso algún significado más lato y más trascendental, con lo que representan las entidades naturales y morales que forman el diálogo y dan lugar a cuadros diversos y variados que exhalan poesía, ingenio, novedad y hasta extravagancia.

El uso y aun abuso de brujos y brujería que se explica por la época en la cual se desenvuelve la acción de la tragedia, y más por el gusto o afición a lo romántico, de principios de este siglo y fines del anterior, en Alemania, no necesita ser comentado ni anotado.

Lo que necesitaría notas, comentarios y, a veces, disertaciones, son los epigramas, que, bajo el nombre de General, de Ministro, etc., hacen alusión y se refieren a personajes y cosas de la época y de las naciones en las cuales escribió Goethe; y sobre todo, la aparición de Lilith, primera mujer de Adán.

Esta escena ha sido imitada por algunos y como el *Fausto* entero, es una de las que ha podido sugerir a don José de Espronceda su hermosísima introducción al *Diablo mundo*; en la cual se encuentra más de un rasgo y más de una voz de los que hemos visto u oído en esta acabada obra que está bien unida y perfectamente justificada con la visión de Fausto, la dolorosísima visión de Margarita, muerta, decapitada y de la cual, a pesar de los sarcásticos consejos de Mefistófeles, no puede separar sus miradas.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE WALPURGIS
O BODAS DE ORO DE OBERÓN Y TITANIA

Propiamente este es un intermedio —y tal título le pone en italiano, el autor— que, artísticamente y para poner en relieve la última y decisiva escena de la tragedia, intercala el autor con el propósito de hacer descansar el ánimo del lector.

Las notas que pueden necesitar cada uno de los epigramas y personajes estarán mejor colocadas al fin del intermedio mismo.

DÍA NEBULOSO Y NOCHE

Esta escena, que es la preparación a la final y que acentúa con vigor todavía más pronunciado la contraposición de Fausto y de Mefistófeles, y la muy pequeña siguiente que indica el camino que siguen, caballeros en corceles negros que relinchan, están escritas en prosa y en prosa las hemos traducido y dejado nosotros.

No sabríamos explicarnos esta circunstancia, extravagante casi, pero, sin duda, rara, sino por el deseo y propósito de Goethe de dar, en el *Fausto*, muestras de todas las formas del arte de escribir, y algo también por la idea de que, para ser romántico y gótico en el drama como en la arquitectura, es preciso que no falte ni lo monstruoso, según se puede ver en las iglesias góticas.

De cualquier modo que sean, por la forma, si estas breves escenas son raras, no lo son por el fondo que le liga a la acción principal y a los personajes de una manera natural y completamente en congruencia con todos los antecedentes y todas las consecuencias de la acción.

CÁRCEL

No necesita comentarios ni explicaciones esta sorprendente, estupenda escena en que lo trágico de la situación y lo lírico de la expresión se maridan con tal maestría que forman un

conjunto cuyos efectos, si hubiésemos acertado a traducirla, serían dignos de la mayor admiración, como son los que en nosotros y en cualesquiera otros han producido y producirán siempre los versos originales.

Todo está bien, clara y completamente resumido, en un lenguaje que es como una música misteriosa que deja entender y hace oír no solo algo que está cercano a nuestros alcances, sino también otras y más grandes cosas que no alcanzamos a ver ni a oír y que, sin embargo, nos atraen, nos dominan, nos embargan con su inefable inspiración.

Con esta escena, una de las más trágicas que puedan imaginarse, concluye la Primera Parte de la gran obra de Goethe, dejando señalado el asidero y abierto el horizonte, en donde y por donde se ha de unir a ella, la menos popular, pero no menos portentosa Segunda Parte de *Fausto*.

La inmediata posteridad, casi los contemporáneos de Dante, dieron a su obra el epíteto de *divina* que las generaciones posteriores le han confiado y que ninguno le denegará ya; y por otros motivos y con no menor razón, deberíamos llamar al *Fausto* la tragedia humana, cuya parte primera hemos visto y cuya parte segunda vamos a ver y que son la expresión de lo que puede y padece el hombre, de lo que es, en dos palabras: inteligencia y pasión, anhelo y acción.

Copiapó, noviembre de 1880.

MANUEL ANTONIO MATTA

FAUSTO
TRAGEDIA

[La versión de las dos partes del *Fausto* de Johann Wolfgang Goethe por Manuel Antonio Matta (Santiago de Chile, Imprenta, Litografía i Encuadernación «Barcelona», 1907), es una de las obras maestras de la traducción hispanoamericana que nunca había vuelto a reeditarse. Para esta edición, hemos modificado la transcripción de ciertos nombres de personajes, principalmente mitológicos, por otros más autorizados; nos hemos permitido también la corrección de algunos enclíticos demasiado fuertes para el oído actual; igualmente, hemos aligerado, o añadido, signos a una puntuación a veces inconsistente. Finalmente, hemos separado las escenas, de acuerdo a las ediciones modernas más confiables, para eliminar las arbitrarias numeración y separación, a veces erráticas, del traductor. Esta separación correcta la hemos ajustado también, en beneficio de los lectores, en las introducciones a los dos volúmenes en que se publica la obra en *El Manantial Oculto*.]

DEDICATORIA

Volvéis de nuevo, sombras vacilantes;
que ya mi turbia vista otra vez viera.
¿Hoy trataré de asiros como enantes?
¿Delirio tal, mi corazón altera?
¡Ya os apiñáis! Y os veo, volteantes,
de entre el vapor y niebla, salir fuera;
mi pecho aspira, al hechicero aliento
que a vos os mece, juvenil contento.

Trasuntos me traéis de alegres días
y muchas gratas sombras reaparecen.
Como casi extinguidas melodías
amor primero y amistad parecen;
renuévase la pena; las sombrías
querellas del vivir incierto crecen
y nómbrenme los buenos que siguieron
a la suerte falaz y ya murieron.

No escuchan, no, mi subsiguiente canto
las almas que el primero me han oído;
deshecho está todo amical encanto
y el eco primero ¡ay! desvanecido.
Ignota turba me oye; y mi quebranto
acrecienta, su aplauso repetido;
los que, con mi cantar, gozaron antes
si viven, andan, por el mundo errantes.

Siento, por ese ledó y grave coro
de espíritus, anhelo vehemente;
mi canto suave flota con sonoro
murmurio que las harpas eólicas miente.
Estremézcome, el lloro sigue al lloro
y el fuerte corazón muelle se siente.
¡Miro lejos de mí cuanto poseo
y lo que huyó, realidad lo creo!

PRÓLOGO EN EL TEATRO

El Director, El Poeta, El Gracioso

EL DIRECTOR

Vosotros que me habéis fieles sacado,
tantas veces, de apuros y de penas
decidme si esperáis que en Alemania,
feliz éxito logre nuestra empresa.
Agradar a la turba yo deseo,
y mucho, porque al fin nos alimenta.
Ved, ábrese el proscenio y están todos
esperando anhelantes una fiesta;
quietos se sientan y enarcado el cejo,
en pasmarse de todo, no más piensan.
Yo sé bien cómo al público se agrada
y así nunca, como hoy, me confundiera.
A lo mejor no están acostumbrados,
es cierto, mas de libros tienen llena
la memoria; ¿qué hacer para que todo
significante y agradable sea?
Yo quiero ver la turba, como un río,
precipitarse contra nuestras puertas,
y en repetidas y furiosas olas
penetrar solamente a viva fuerza;
que desde mediodía griten, riñan
para llegar de la oficina cerca,
y como en las hambrunas, por pan, todos,

por boletos, se ataquen y se hieran.
El poeta solo hace estos milagros;
¡házmelos, pues, amigo, hoy mismo!

EL POETA

¡Deja!
No me hables de esa turba pintorreada
a cuya vista el numen se nos niega;
ocúltame esa masa bullidora
que en su recial nos hunde con violencia.
No; llévame a la atmósfera tranquila
donde halle goces puros el poeta;
do, del amor y la amistad, las manos
divinas nuestra dicha guardan, crean.
¡Ay! lo que en lo más íntimo del pecho
allí nos brota y que balbucía apenas
nuestro labio con bueno o mal suceso,
lo traga, del presente, la violencia,
y solo, transcurridos muchos años,
aparece en su forma más completa:
para el momento es todo lo que brilla;
mas la hermosura real, intacta queda
a la posteridad.

EL GRACIOSO

¡Si esa palabra
nunca, jamás oyese mis orejas!
Si de posteridad también yo hablase,
¿quién mis contemporáneos divirtiera?
Y eso nos piden. Al fin, siempre es algo,
de bonitos muchachos la presencia.
El que sabe expresarse dignamente,
el capricho del pueblo, nunca prueba

y una gran multitud exige siempre
para más cierto estar de conmoverla,
así, tened coraje y mucho tacto;
mostrad la fantasía y junto a ella
también todos sus coros; sentimiento,
razón, gusto, pasión, grandes ideas;
mas, de mezclar un poco de locura,
no os olvidéis, por nada de esta tierra.

EL DIRECTOR

Y yo, amigo, os encargo sobre todo
que no falte el embrollo y peripecias.
Vienen para mirar; solo eso gustan
y si tanto a sus ojos se presenta
que se queden, al verlo, estupefactos,
está todo ganado y con certeza
sois un hombre aplaudido y victoriado.
La masa ante la masa solo ceja
y al fin cada uno quiere atrapar algo.
Quien mucho trae, mucho también lleva
y así vuelven contentos a sus casas.
Si les dais una pieza, dadla en piezas,
que es seguro el buen éxito y tan pronto
como se fabricó, se representa.
¡De qué sirve que hagáis un buen conjunto
si el público lo rompe y pisotea!

EL POETA

¡Ah! ¡No sabéis cuán duro es tal oficio!
¡Cuán poco al verdadero artista sienta!
Para vosotros lo importante es, creo,
ensuciar a destajo muchas resmas.

EL DIRECTOR

Ese reproche en nada a mí me hiere;
quien anhela obrar bien, tan solo piensa
en encontrar los útiles mejores.
Mirad que no es muy dura la faena
y piense para quienes hoy se escribe.
Si a éste, el hastío lo hace salir fuera,
el otro, de comer, viene repleto
y lo que es aun peor, muchos nos llegan
de los mismos cafés y salones
en que saboreaban las gacetas.
Solo por pasatiempo, como a máscaras,
vienen: la novedad no más alienta
sus pasos; las señoras y sus trajes
dan que reír y gratis representan.
¿A qué estarse en poéticas alturas?
¿Tanto os agrada ver la sala llena?
Observad vuestro público; una parte
es hartó fría y la otra, bien grosera.
Este la hora del juego solo aguarda;
el otro, con impúdicas ramera,
se promete una noche de lujuria:
¿para eso atormentáis las musas bellas,
pobres locos? Dad más y más os digo
y así veréis que al blanco no se yerra.
A todos confundid, que contentarlos
es hoy difícilísima tarea...
¿Qué os sobrecoge? ¿Es éxtasis o angustia?

EL POETA

¡Búscate otro esclavo que te obedezca!
¡Quieres que el más augusto y gran derecho,
el derecho del hombre, que al poeta

dio la naturaleza, por ti ultraje!
¿Con qué, a mover los corazones, llega?
¿Con qué logra vencer los elementos?
¿No es por esa armonía que se encierra
en su pecho y que al mundo todo rige
y en sus propias entrañas encadena?
Cuando naturaleza indiferente
devana el hilo de largura eterna;
cuando todos los seres en confusos
y discordantes grupos se atropellan,
¿quién hace que vivientes se separen
las filas y que rítmicas se muevan?
A la gran comunión, unión de todos,
¿quién llama al individuo y lo concierta
en el coro magnífico? ¿Quién hace
rugir, de las pasiones, la tormenta?
¿Quién, lucir el crepúsculo a los tristes?
¿Quien, de más rozagantes flores, siembra
los pasos de la amada? ¿Quién, las hojas
para orlar toda prez, teje en diademas?
¿Quién afianza el Olimpo, quién convoca
a los dioses? ¡Tan solo en el poeta
todo el poder del hombre se descubre!

EL GRACIOSO

Hoy hay en qué emplear toda esa fuerza.
Usad, pues, de esas grandes facultades
y tejed la poética materia
como lance de amor. Sin preverlo,
se ven, se sienten, se hablan, se requiebran
y se enamoran; crece la esperanza,
se atacan y extasían; después llega
el pesar, y antes que uno se aperciba,

se encuentra haber hecho una novela.
Una obra de ese género nos basta.
La vida humana asid con fuerza
que aunque todos vivimos, casi nadie
la conoce y por esto es que interesa.
Con figuras confusas, resaltantes,
con mucho error y gotas muy pequeñas
de verdad se compone un buen brebaje
que a todos refrigere y fortalezca.
Entonces, ver podréis la flor y nata
de nuestra juventud que mira atenta
una revelación en cada frase:
y que en ella también, las almas tiernas
hallan su melancólico alimento.
Y en fin que palpitar en vuestra escena
ve cada cual lo que en su pecho abriga.
Todos tan fácilmente lagrimean
como ríen y el estro vigoroso
admiran o con sombras se contentan,
para el hombre avezado nada hay bueno;
pero el novato, gratitud eterna
guarda.

EL POETA

Volvedme entonces esos tiempos
en que yo mismo, aun nuevo en la existencia,
vivía; cuando alegres las canciones
brotaban sin cesar; cuando, entre nieblas
velado el universo, yo veía
en cada brote, maravillas nuevas,
y cogía, en los campos, a millares
las gayas flores de perfume llenas.
¡Nada tenía y nada me faltaba!
Solo, de la verdad, el ansia intensa

y sed de devaneos mi alma henchían.
Mi vigor juvenil, mi dicha inquieta
con sus vagos pesares y esperanzas,
devolvedme y con ellos dadme fuerza
de odiar y amar: ¡mi juventud volvedme!

EL GRACIOSO

Pero eso está demás, amigo; de ella
habrías menester si combatieses;
o cuando lindas niñas, con estrechas
caricias, se colgaran de tu cuello;
o si difícil de alcanzar la meta,
el premio te mostrasen muy distante;
o hubieses de pasar noches enteras
en danzas y festines. Vuestra lira
tañer siempre con gracia y con destreza,
dirigirse al objeto ya propuesto
por extraviadas y gustosas sendas:
tal es vuestro deber, viejos señores,
y no por eso menos se os respeta.
La vejez no nos vuelve, como dicen,
niños, sino que niños nos encuentra.

EL DIRECTOR

¡Basta ya de palabras! ¡Vengan actos!
Mientras os decís cosas lisonjeras
puede hacerse algo de útil. ¡Ea! ¡Al grano!
¡Hechos! que es lo que importa. ¿Qué nos media
tanto charlar de inspiración? No viene
jamás a quien vacila. ¿Sois poetas?
Pues bien, haced venir la poesía.
Sabéis lo que queremos; se desean
licores fuertes y hechos al instante:
hacedlos pues; lo que hoy hecho no sea

mañana no se hará; día perdido
no se cobra; por eso, con resuelta
decisión se ha de hacer y sin demora
y sin ningún temor, lo que se pueda.
Todos gustan, sabéis, en Alemania
ostentar sus recursos en la escena;
así, no seáis corto en la tramoya.
Emplead luces grandes y pequeñas;
los astros prodigad y no me falten
agua, fuego, peñascos, aves, fieras:
mostrad, en la estrechez de mi proscenio,
toda la creación, y con no presta
marcha, bajad desde los cielos altos,
al infierno, pasando por la tierra.

PRÓLOGO EN EL CIELO

*El Señor, las Dominaciones celestiales, después Mefistófeles.
Los tres arcángeles se adelantan.*

RAFAEL

En su prescrita carrera,
se acuerda el sol al concontento
que va, de esfera en esfera,
sonando en el firmamento.

A tal vista, el ángel cobra,
sin comprenderla, energía;
bella, la inescrutable obra,
bella es como el primer día.

GABRIEL

¡Rápida gira en su eterna
órbita, la tierra hermosa,
y luz del Edén alterna
con la noche pavorosa!

El mar espumeando toca
la piedra hincada en el suelo,
y arrebatada mar y roca.
el curso eterno del cielo.

MIGUEL

Se desata furibundo
huracán en mar y tierra

y al estremecido mundo
cadena de terror cierra.

Allí, llamas que devoran
muestran, del rayo, el camino:
¡mas tus ministros adoran
Señor, tu día divino!

LOS TRES

A tal vista el ángel cobra,
sin comprenderte, energía
y toda tu sublime obra,
bella es como el primer día.

MEFISTÓFELES

Pues qué, Señor, a mí otra vez te acercas
y quieres preguntar cómo nos vaya;
pues que otros tiempos, con placer, me has visto,
héteme aquí, metido en tu comparsa.
Perdona que no diga grandes frases
ni aun cuando el auditorio me silbara;
y a fe, mi *pathos* te daría risa
si ya no la tuvieses olvidada.
Yo nada sé decir de astros ni mundos;
sí, de cómo el mortal vive y se afana:
aqueste dioscecillo es siempre el mismo;
de su simpleza, no ha perdido nada.
Viviera algo mejor si una apariencia
de la celeste luz no le otorgaras.
Él la llama razón y la usa solo
para llegar a ser, con menos maña,
más bestial que las bestias. Se me antoja,
sea esto con perdón de vuestra gracia,

el hombre, diosecillo de la tierra;
a la ágil y monótona cigarra
que vuela y brinca, brinca y vuela y siempre
el mismo tono entre la yerba canta.
Y aun no vive así el hombre que él se place
en meter su nariz en las cloacas.

EL SEÑOR

¿Nada más dices? ¿Siempre acusaciones?
¿Y siempre con que bien no encuentras nada,
en la tierra?

MEFISTÓFELES

Señor, yo como siempre,
la encuentro mal, muy mal y a tanto alcanza
que me da grima atormentar los hombres
y más mal añadir a sus desgracias.

EL SEÑOR

¿Sabes de Fausto?

MEFISTÓFELES

¿Del doctor?

EL SEÑOR

¡Mi siervo!

MEFISTÓFELES

A fe que sirve con maneras raras.
Con nada de terrestre se alimenta.
Muy alto sube, de su anhelo en alas,
y aunque casi conoce su locura
exige, de la bóveda estrellada

los más lucientes astros, y del mundo
los más grandes placeres; y no basta
todo cuanto le cerca y cuanto mira
a apaciguar sus impetuosas ansias.

EL SEÑOR

Sí, incierto como está, bien no me sirve,
pronto pienso elevarlo a luz más clara.
Viéndolo verdear, el jardinero
sabe que el arbolillo se engalana,
venido el tiempo, con su flor y fruto.

MEFISTÓFELES

Apostemos, y gano la parada,
de que mío será si me dais venia
para que yo obre a mi gusto y a mis anchas.

EL SEÑOR

Séate permitido mientras viva,
¡el hombre yerra en tanto que se afana!

MEFISTÓFELES

Muchas gracias, pues nunca entre los muertos
anduve con placer; y más me agradan,
mucho más, los carrillos bien lozanos.
En esto, como al gato con las ratas,
me sucede: cadáveres no aprecio.

EL SEÑOR

Doite el permiso. De su luz innata
descarría ese Espíritu; y si puedes
arrástralo al camino porque marchan
tú y los tuyos. Si no, has de confesarme,
con voz humilde y con la frente baja,



que siguió un hombre justo el buen sendero,
a pesar de sus dudas y sus ansias.

MEFISTÓFELES

¡Muy bien! Que a fe no esperaremos mucho.
No temo por mi apuesta y si se gana,
espero otorgues entonar mi triunfo
y festejarlo cual mejor me plazca.
¡Ah! ¡El polvo ha de comer y con delicia,
cual mi prima la sierpe celebrada!

EL SEÑOR

Ve al mundo cuando y como te parezca.
Jamás aborrecí los de tu laya.
De todos los espíritus que niegan
tú eres, quien a mí, menos me cansa.
La actividad del hombre fácilmente
se adormece, y con gusto él se entregara
a reposo sin fin, si no le diera
socio cual tú que me lo aguije y haga
crear, si es necesario, como un Diablo.

(A los arcángeles.)

¡Y vos, de Dios, hechuras soberanas,
regocijáos y ensalzaos gozosos
la belleza inmortal que os entusiasma!
Lo que ha de ser, lo que obra y vive siempre,
en amorosos nudos os enlaza
y da vida en estables pensamientos
a lo que flota en apariencia vaga.

(Ciérrase el Cielo y los arcángeles vanse por distintos lados.)

MEFISTÓFELES, *solo*.

Me gusta ver, de cuando en cuando, al viejo
y no pienso en romper. No es poca gracia
cómo un Señor tan alto al Diablo mismo
humanamente así lo escucha y habla.

PRIMERA PARTE

NOCHE

*En una cámara gótica, estrecha y de altas bóvedas.
Fausto, inquieto, sentado delante de su atril.*

FAUSTO

¡Ay, la filosofía,
medicina y también jurisprudencia
y a más teología,
con ardor he estudiado y con paciencia!
Y heme aquí, pobre loco,
tan sabio como antaño:
por doctor y maestro conocido
y sabiendo tan poco
que a mis simples discípulos engaño,
tiempo ha, con palabras sin sentido
y veo que no hay nada
en todo el humo que llamamos ciencia,
y esto me martiriza y anonada.
Más que todos los frailes, en conciencia
puedo decir que sé; más que escritores
y clérigos, maestros y doctores.
Ni las dudas, ni escrúpulos me aquejan;
ni infierno y diablo temo
y vivo en tal extremo
que todos los placeres se me alejan.
Saber nada completo me imagino
ni que algo sea digno de enseñarse;
tampoco creo que, del hombre, el sino

pueda jamás cambiarse.
Y vivo así, sin goces y sin bienes,
sin honores ni títulos del mundo:
¡no viviría tanto un perro inmundo!
Por eso, me he entregado
a la magia, anheloso
por ver, de boca y acto de algún sabio
espíritu, explicado
tanto y tanto secreto misterioso;
a fin de que no más mi torpe labio,
con dolor y fatiga,
lo que no sabe diga:
observar el arcano tan profundo
que así mantiene al mundo;
ver toda actividad y todo germen
pasar todas sus fases
y no enredarme más en huecas frases.

Si tú, luna serena,
que tantas noches lúgubres me viste
velando siempre triste,
por la postrera vez vieras mi pena.
Melancólica amiga
siempre me apareciste
para aliviar un tanto mi fatiga
¡Oh, si de las montañas, en la altura,
pudiera yo gozar tu lumbre pura;
flotar en las laderas
del monte, con espíritus; praderas
correr, besadas de tu tibia lumbre;
de toda pesadumbre
del saber, descargado contemplarme
y en tu rocío, con placer, bañarme!

¿Y en esta cárcel seguiré viviendo?
Maldecido agujero tan oscuro
do el sol no logra entrar sino rompiendo
el vidrio pintorreado.
Preso entre un doble muro
do libros y papeles polvorientos,
sucía comida de gusano inmundo;
de vasos y de cajas circundado
y de viejos y mohosos instrumentos,
—herencia que mis padres me han dejado—
¡y este es tu mundo! ¡Llámase esto mundo!

¿Y aun osas preguntar por qué en tu seno
palpita el corazón de angustia lleno?
¿Por qué, suma tristeza,
vaga y desconocida
embaraza tu vida?
En vez de la vital naturaleza,
en la cual crió Dios a los mortales,
tú, entre humo y pudrición, solo te asientas
en medio de esqueletos de animales
y humanas osamentas.

¡Ea!, ¡huye, vuela a la anchurosa tierra!
¿Y no te bastará la compañía
de este libro que encierra,
de la magia, los grandes pensamientos?
De los astros sabrás de fija vía;
de la naturaleza
comprendiendo después, los elementos,
con nuevo brío, al punto despertando.
Todo lo entenderás, como cuando
un espíritu al otro a hablar empieza:
nunca el sentido literal y frío

te explicará los signos consagrados.
¡Espíritus que andáis en redor mío
prestad oído pío,
si vos los escucháis, a mis llamados!

(Abre el libro y mira el signo del Macrocosmos).

Corren, al verlo, en ímpetu violento,
mil delicias por todos mis sentidos.
Nuevo, santo placer resbalar siento,
mis nervios decaídos
y venas fomentando.
Fue un Dios quien estos signos escribiera,
que esta mi inquietud fiera
ya van apaciguando,
¿y convierten mi angustia en alegría?
¿Y que, con un instinto misterioso,
me revelan, del mundo, la energía?
¿Soy un Dios? ¿Que ya así tan claramente
contemplo en este pliego luminoso,
obrando ante mi mente
a la naturaleza creadora?
Lo que el sabio dijera, entiendo ahora:
«No está, el mundo de Espíritus, cerrado;
ciego, el sentido, el corazón, sin brío,
tienes. Ea, tu pecho acongojado
baña, mortal, del alba, en el rocío!»

(Mira el signo.)

A formar un conjunto,
cómo todo se agita
y unido, al mismo punto,
cómo se precipita.
Cómo las fuerzas célicas, volando,
las doradas redomas se van dando
y al mundo descendiendo desde el cielo,
en balsámico vuelo,



a todo prestan luces y armonía,
y todo en ellas bebe la alegría.

¡Qué visión! ¡Mas visión vacía y vana!
¿Dónde, naturaleza soberana,
dónde podré yo asirte a ti, infinita?
¿Dó, tu pecho y la eterna y exquisita
fuente de toda vida
que halagan tierra y cielo
y que al ánima triste da consuelo?
Esa fuente de vida y de contento
solo a mí se me esconde
aumentando mi sed y mi tormento.

*(Despechado hojea las páginas del Libro y mira el
signo del Espíritu de la Tierra.)*

¡Oh!, ¡cuánto es este signo diferente!
Ya te me acercas, genio de la Tierra.
Ya siento que mis fuerzas se duplican,
que mis venas, con sangre más ardiente,
todas se vivifican.
Tengo valor para arrostrar la guerra
de aqueste mundo y soportar paciente
las dichas y desdichas de su suelo;
y afrontar la borrasca, sin recelo
el naufragio y sus ayes contemplando...
Sobre mí se está el techo abovedando...
¡Su luz, la luna oculta,
ya vacila la lámpara, fenece
y todo en las tinieblas se sepulta!...
En torno de mis sienes,
rayos rojos serpean; ¡bajar siento
misterioso pavor que me estremece!
Sí; ya sé, eres tú, Espíritu que vienes

a mi llamada. ¡Muéstrate al momento!
¡Ay!, ¡qué dolor mi corazón lacera!
A nuevo sentimiento
se disponen ya todos mis sentidos.
¡Tuyo soy con el alma y pensamiento!
¡Descúbrete! ¡Descúbrete aunque muera!

*(Agarra el Libro y enuncia de un modo misterioso el
signo del Espíritu. Una llama roja estalla y en ella
aparece el Espíritu.)*

EL ESPÍRITU

¿Quién me llama?

FAUSTO, *vuelta la cabeza.*
¡Espectáculo horroroso!

EL ESPÍRITU

A mi pesar me atrajo tu potencia
y largo tiempo, ansioso
te alimentaste en mi esfera y ora...

FAUSTO

¡Ah!, ¡soportar no puedo tu presencia!

EL ESPÍRITU

Anhelante poco ha me suplicaste
por contemplar mi faz, oír mi acento.
A tu súplica, al fin, me doblegaste
y cuando me presento,
tú te amedrentas. ¡Genio sobrehumano!
¿En dónde está, de tu alma, el ardimento?
¿En dónde está ese pecho que creaba
y escondía en sí mismo todo un mundo,
y que, henchido de gozo soberano,

a nosotros, osado, se igualaba?
¿Dónde estás, Fausto, cuyo gemebundo
eco por mi presencia ansiaba tanto?
¿Eres tú, ese gusano vil, inmundo,
sobrecogido, a mi hálito, de espanto?

FAUSTO

Tú no me harás cejar, llama inconstante.
¡Fausto soy, Fausto soy, tu semejante!

EL ESPÍRITU

Sin cesar, en las olas de la vida,
por todas partes vago
y por el torbellino
de los sucesos, hago
mi tela y mi camino.
Muertes y nacimientos,
olas de eterno mar y vida ardiente
son los hilos que en raudos movimientos
yo tejo y con que a Dios hago el hermoso
manto siempre viviente,
del tiempo, en el telar estrepitoso.

FAUSTO

¡Cuán cerca a ti me siento,
a ti que con tus alas
activo siempre el mundo circunscribes!

EL ESPÍRITU

Al Espíritu solo que concibes,
no a mí, reptil, te igualas. (*Desaparece.*)

FAUSTO, *aterrado.*

¿A ti no? ¿Y a quién pues? Siendo reflejo

del mismo Dios, ¿yo a ti no me asemejo?
(*Golpean en la puerta.*)

¡Ay! ¡Infierno! Mi fámulo es quien llama...
¡Que así mi más gran dicha se destruya!
¡Que tan bella visión, venga un imbécil
a borrar!

(*Wagner entra, llevando una lámpara en la mano, y en traje y con gorro de dormir. Fausto se da vuelta disgustado.*)

WAGNER

Declamabais vos, sin duda,
algún trágico griego y yo me vine,
por eso; pero sírname de excusa
mi ansia de cultivar arte tan serio
que es hoy, dicen, origen de fortuna.
Muchas veces oí que un comediante,
buenas lecciones puede dar a un cura.

FAUSTO

Si es este comediante, como vemos...

WAGNER

Siempre encerrado un hombre, ¿podrá nunca
mirando al mundo solo por antejo,
llegar a persuadirle su conducta?

FAUSTO

Si no lo estáis, jamás podréis hacerlo;
si no sentís innatas y profundas
emociones, jamás veréis que en otros,
vuestras palabras persuasión infundan.
Alzando con esfuerzo las migajas

de más alto festín, tal vez resulta
algo y tal vez la llama del rescoldo,
a fuerza de soplidos, al fin suba.
Y con esto, si os cuadra, los aplausos
de niños y de monos se aseguran;
pero jamás conmoveréis las almas
sino con voces que del alma fluyan.

WAGNER

La buena elocución, yo sé que siempre
del orador, produce la ventura.

FAUSTO

¡Buscad prez más honesta! Para locos
son esos cascabeles. Pues, sin muchas
artes, por sí tan solo se revelan
razón y buen sentido; si hay alguna
verdad que proclamar, ¿no habrá de hacerse
sin correr tras de voces y de bulla?
Todos esos discursos tan vistosos
en que hacéis relumbrar, con tanta industria,
los juguetes humanos, son cual brisas
del otoño que estériles susurran
entre las secas y amarillas hojas.

WAGNER

¡Pero, ay, mi empeño aumenta mis angustias!
¡Tan largo el arte y el vivir tan breve!
Los medios adquirir que nos ayudan
a llegar a las fuentes, ¡cuánto cuestan!
Y antes que a la mitad del viaje suba,
agoniza y se muere un pobre diablo.

FAUSTO

¿Esperas encontrar la fuente pura
que sacie toda sed, en pergaminos?
Si de tu propio pecho no es que surja,
jamás hallar esperes refrigerio.

WAGNER

¡Perdón! De ello, placeres nos redundan:
el transportarnos a épocas antiguas,
ver cómo piensa el sabio y más ver gusta
los grandes adelantos que hemos hecho.

FAUSTO

Sí, como de aquí al cielo. ¡Amigo, escucha!
El pasado es un libro incomprensible:
lo que tal o cual hombre se apresura
a apellidar Espíritu del Tiempo
no es más que el suyo propio que trasunta
la época; mal o bien, según sus fuerzas;
y a fe que, a veces, eso nos repugna
tanto, que es de correr por no mirarlo.
Todo ello es solo confusión inmundas
y cuando más un diálogo de aquellos
en que máximas graves acumula,
cual a sus monos sienta, el titirero.

WAGNER

Saber algo del mundo a todos gusta,
del corazón y espíritu del hombre.

FAUSTO

¡Lo que llaman saber! ¿Quién pudo nunca
dar al niño su nombre verdadero?
Los pocos que tuvieron ciencia alguna;

los que sus sentimientos y visiones,
imprudentes, mostraron a la turba,
en la cruz perecieron o en la hoguera.
Es tarde y menester que se interrumpa
nuestro coloquio, amigo, por ahora.

WAGNER

Yo trasnochara por seguir consulta
tan útil para mí; y hasta mañana,
que es Pascua, guardaré varias preguntas.
Mucho sé con mi empeño, mas quisiera
todo, todo saber cuanto se estudia. (*Vase.*)

FAUSTO, *solo*.

Nunca, en el hombre, la esperanza acaba
si en fútiles ideas se complace;
con mano ansiosa tras tesoros cava
y un gusanillo vil lo satisface.

¿Resonar pudo aquí tal voz humana,
aquí donde ese Espíritu inefable
me otorgó su presencia soberana?
Mas ¡ay! por esta vez el alma mía
te debe gratitud, oh miserable.
A la desesperación que destruía
mis fuerzas, me arrancaste en ese instante.
Era la aparición ¡ay! tan gigante
que yo ante ella pigmeo me sentía.

Yo, que de Dios reflejo,
miraba ya el espejo
de la eterna verdad y me gozaba,
del cielo, en el fulgor y la belleza,
y ya en mí lo terrestre despojaba.

Yo más que un querubín que pretendía,
de la naturaleza,
las venas recorrer y en mi energía
creadora sentir goce divino,
¡oh!, ¡cómo tanta audacia ora se espía!
Lloroso, me desvía
una palabra-trueno, del camino.

¡Cierto, no soy, no soy tu semejante!
Si yo tuve poder para atraerte
ninguno tuve para retenerte.
En ese grato instante
tan grande y tan pequeño me sentía.
Mas me arrojaste, con tu mano fría,
al humano destino.
¿Quién hay pues que me instruya?
¿Qué es preciso que yo huya?
¿Debo a este impulso obedecer acaso?
¡Ay, acciones y cuitas no hacen sino
embarazar, de nuestra vida, el paso!

Lo grandioso que el alma en sí recibe
cada vez más, en lodazal inmundo,
se hunde y en él expira.
Si lo bueno alcanzamos en el mundo,
a lo mejor que el corazón concibe
llamamos descontentos,
error, sombra, mentira.
Los nobles sentimientos
que nos dieron la vida y la engrandecen,
en el tumulto terrenal, perecen.

La fantasía, en atrevido vuelo
y llena de esperanza,

rauda a la eternidad tal vez se lanza:
pero ¡ah! cuando, del tiempo, el torbellino
sus dichas arrebató, una por una,
se amolda a campo estrecho.
La cuita, en lo más íntimo del pecho,
se anida y, sin cesar, penas secretas
acariciando, todo goce mata;
y siempre otras caretas
cogiendo, nos retrata
a la vista, el hogar, Corte, hijo, esposa,
fuego, daga o bebida venenosa.
¡Mortal, ay de ti triste!
Lo inerme te da espanto
y siempre habrás, lo que jamás perdiste,
de lamentar en congojoso llanto.

¡Yo no soy, no, a los dioses semejante!
Demasiado lo siento:
al gusano lo soy que el caminante
huella, mientras hambriento
buscaba en el vil polvo su alimento.

De estos muros y de esta barahúnda,
¿no es polvo, polvo todo lo que salta?
¿Aquí la pudrición no me circunda,
agriando sin cesar mis duros males?
¿Podré encontrar aquí lo que me falta?
En millares de viejos pergaminos,
acaso he de leer que los mortales
siempre tuvieron desdichados sinos,
y por excepción rara,
¿uno que otro feliz, tal vez se hallara?
¿Qué me quieres con tales
muecas, cráneo sombrío?

Tal vez que tu cerebro, como el mío,
la luz y la verdad buscando ansioso,
se descarrió por infernal vacío
y la verdad no hallaste ni el reposo.
Vos me mofáis exactos instrumentos:
vuestra forma despierta
placer en nuestros ojos:
debíais ser la llave de la puerta,
y a pesar de vuestro arte y mis tormentos,
no abrirme los cerrojos.
No, la naturaleza no consiente
que, a la luz, se desvelen sus arcanos;
y lo que ella no ostente,
¡oh, jamás, se lo arrancan otras manos!
Ahí estáis, siempre, muebles ya en desuso
que, por paternos, guardo solamente,
sin serme de algún uso.
Harto ya estás, roldana ennegrecida,
con la llama frecuente
que alumbra los afanes de mi vida.
Cuánto mejor no fuera haber gastado
lo poco que tenía,
que no con ello, verme, así, agobiado.
Conquistate, tu herencia, cada día,
para que tú la goces, que sin eso
cuanto el hombre posea,
le será grave peso.
Lo que el instante crea,
es también lo que él mismo siempre emplea.

Pero, ¿por qué allí se clava el ojo mío?
¿Es ese frasco, imán de mi pupila?
¿Por qué, tan de repente

me inunda luz tranquila,
como en bosque sombrío
el brillo de la luna refulgente?

¡Ven a mis manos, pomo, ven tesoro!
Con pío sentimiento
en ti respeto, adoro
el arte y el humano entendimiento.
Esencia de recóndito beleño
y de cuanta sutil y matadora
fuerza, concede ahora
un bálsamo a tu dueño.
Al verte, mi dolor ya se aminora;
mi inquietud, al asirte, ya decrece
y de mi alma, el torrente turbulento,
se aplaca y desaparece.
Al alta mar ya arrebatarme siento;
a mis pies resplandece
vívido su cristal y a nueva playa,
un nuevo día, convidando, raya.

Un ígneo carro, con ligero vuelo,
se cierne sobre mí. Siento energía
para cruzar el cielo
y para remontar, por nueva vía,
a esas nuevas esferas
de pura actividad. ¿Tan alta vida,
deleite tan divino
merecerás, insecto vil, mezquino?
Ya, sin vacilaciones,
abandona la luz apetecida,
y las puertas desquicia ante las cuales
huyen amedrentados los mortales.
Tiempo es ya de mostrar con las acciones

que el hombre a la deidad en nada cede;
que sin temblor ni miedo, llegar puede
a la caverna oscura
en la cual a sí propia se tortura,
la humana fantasía,
avanzarse a la estrecha galería
por cuyo hondo agujero
lanza sus llamas al infierno entero;
y ese paso efectuar con sangre fría
y el alma sosegada
aun cuando nos hundamos en la nada.

¡Oh copa de cristal, deja el arcano
de estuche enmohecido
donde hace tantos años que te olvido!
En tiempo ya lejano,
en las paternas fiestas tú brillabas
y al más mohíno huésped alegrabas,
pasando alrededor, de mano en mano,
tu artística riqueza,
por mil bellos dibujos realzada;
la obligación, del huésped respetada,
de explicar con presteza
en rimas tus figuras
y de un trago vaciarte,
me hacen hoy recordar las noches puras
de juventud. Amigo, a quien pasarte,
hoy no tengo y tampoco mi agudeza
haré ver ensalzando tu belleza.
El negruzco licor de que está lleno
tu cristalino seno
pronto embriaga: yo mismo, con cuidado
lo prepararé y también lo escojo ahora,
cual saludo solemne y respetado.

¡Con toda mi alma, a la naciente aurora,
mi último trago sea consagrado!

(Lleva la copa a sus labios.)

Tañido de campanas y cantos.

CORO DE LOS ÁNGELES

¡Cristo resucitó!
¡Felices los mortales
a quienes, con fatales
pecados eternos
Adán aherrojó!

FAUSTO

¿Qué sorda voz, qué tono melodioso
la copa me arrebató de los labios?
¿Anunciáis, con acento estrepitoso,
oh campanas sonoras,
de Navidad las jubilosas horas?
Vosotros Coros, ¿entonáis los sabios
cantares de consuelo
que, el horror de la muerte atravesando,
entonaron los Ángeles del Cielo
nueva alianza anunciando?

CORO DE LAS MUJERES

Con ámbar y con mieles,
su cuerpo embalsamamos
y en el sepulcro, fieles
también lo recostamos;

en lino lo envolvimos
puro como alelí.
¡Cuando a verle, ¡ay!, venimos
ya Cristo no está aquí!

CORO DE LOS ÁNGELES

¡Cristo resucitó!
¡Feliz el alma amante
que la prueba constante,
saludable, angustiante,
por siempre resistió!

FAUSTO

¿Qué me queréis, oh trinos celestiales,
a mí, en el polvo hundido?
Buscad otros más lánguidos mortales:
la nueva, bien he oído,
mas fe no tengo y el milagro ha sido
de la fe, siempre el hijo idolatrado.
No soy ya tan osado
que aspire a esas esferas
do retine el mensaje sacrosanto.
Y sin embargo, desde mis primeras
auroras, dominado de este canto,
a la vida, por él, volverme siento.
Otro tiempo, amoroso
el cielo me besaba
durante el santo día de reposo:
de las campanas, al sonoro acento
mi alma en presentimientos, se inundaba
y en ferviente oración se embelesaba:
un celestial, incomprensible anhelo
a los bosques y prados me impelía
y, sumergido en ardoroso duelo,
para mí, levantarse un mundo vía.
Este canto anunciaba
los bulliciosos juegos juveniles
y las alegres fiestas del estío;
y hoy, de los sentimientos infantiles,

el fiel recuerdo, traba
el último y más grave paso mío.
¡Seguid, celeste canto
henchido de dulzura y de zozobra!
¡Mis ojos baña el llanto
y la tierra de nuevo me recobra!

CORO DE LOS DISCÍPULOS

Al cielo, el enterrado
ya remontó glorioso
y vive, majestuoso
en olas engolfado
de goce creador;
nosotros, en el suelo
para más desconsuelo,
¡ay! tras ti nos quedamos;
por ti solo anhelamos,
y sin cesar lloramos
¡ay!, tu dicha, Señor.

CORO DE LOS ÁNGELES

¡Cristo resucitó
de entre las sepulturas!
¡Romped las ligaduras
con que el mundo os ató!
Los que vais ensalzando
su vida y su pasión;
los que amor mostrando,
en santa comunión
hermanos os llamáis;
los que su fe enseñando
por los caminos vais,
¡regocijaos! Dios
bendiciones os da.

¡El maestro, junto a vos,
con vosotros está!

DELANTE DE LA PUERTA DE LA CIUDAD

Salen paseantes de toda clase.

ALGUNOS APRENDICES

¿Por qué para allá?

OTRO

Así vamos
a donde hemos convenido.

LOS PRIMEROS

Si para allá vais, nosotros
queremos ir al molino.

UNO DE LOS PRIMEROS

Mejor es ir a la Fonda
del Agua.

SEGUNDO

Por lo bonito
que es el viaje.

LOS SEGUNDOS

Y tú, pues, ¿qué haces?

UN TERCERO

Lo veis, a los otros sigo.

UN CUARTO

Vamos a Burgdorf que os juro
tendremos trato exquisito;
las más gentiles muchachas,
y de beber, lo más rico.

UN QUINTO

Siempre ansioso. ¿No escarmientas
con los golpes recibidos?
Yo no iré porque da miedo
a mis lomos ese sitio.

UNA CRIADA

¡No, no, a la ciudad me torno!

OTRA

Deja arranques repentinos,
allí cerca le hallaremos.

LA PRIMERA CRIADA

¿Y con ello qué consigo?
Él irá siempre a tu lado
y bailes y regocijos
han de ser para ti todos.

LA SEGUNDA CRIADA

Con otro, según él dijo,
debe estar en compañía.

UN ESTUDIANTE

¡Por vida del basilisco!
¡Qué garbo el de esas muchachas!
¡Sigámoslas, buen amigo,
cerveza y tabaco fuertes

y una criada de domingo
son todo, todo mi gusto!

UNA NIÑA BURGUESA
¡Mira qué graciosos chicos!
Es por cierto una vergüenza
que pudiendo los más finos
tratos disfrutar, con criadas
gasten su tiempo más lindo.

EL SEGUNDO ESTUDIANTE, *al primero*.
Aguarda, que allá dos vienen
con arrogantes vestidos;
mi vecina es una de ellas
y yo mucho me le inclino.
Con ellas nos juntaremos
al fin que el rumbo es el mismo

EL PRIMER ESTUDIANTE
¡No, hermano! No me acomodan
cumplimientos ni remilgos.
¡Pronto, que se va la caza!
¡Las manos, amigo mío,
que mueven la escoba el sábado
son también las que el domingo
te acarician con más gracia!

UN BURGUÉS
No me cuadra, os lo repito,
el nuevo burgomaestre;
lo hinchará más el oficio,
¿qué ganará el pueblo en tanto?
¿Los males envejecidos
no aumentarán cada día?

Mucho más que antes, sumisos
hemos de ser y los pagos
serán más, si no los mismos.

UN MENDIGO, *canta*.

*Caballeros y damas hermosas
que admiráis con tal lujo y beldad,
a mis penas, miradas piadosas,
a mis penas, alivio otorgad.*

*Que no en vano yo eleve mi queja,
es dichoso quien sabe hacer bien;
y este día que todo festeja
séame de abundancia también.*

SEGUNDO BURGÚÉS

Nada es mejor y más grato
que, en nuestros días festivos,
hablar de la guerra y lances
que ocupan los enemigos
pueblos, allá en la Turquía.
En la ventana, tranquilo
se bebe un trago, mirando
deslizarse por el río
los pintorreados bateles;
y luego que ha anochecido,
vuelve uno alegre a su casa
bendiciendo los benignos
frutos de la paz fecunda.

EL TERCER BURGÚÉS

¡Muy bien hablado, vecino!
Ande el mundo como quiera
y si otros, enfurecidos,

se persiguen y se matan,
en casa estemos tranquilos.

UNA VIEJA, *a las niñas burguesas.*

¡Oh!, ¡qué lujo y qué belleza!
¿A quién no veréis rendido?
¡Mas, por Dios, no tanto orgullo!
Yo, vuestros deseos vivos,
satisfacer, puedo pronto.

LA NIÑA BURGUESA

Sigamos nuestro camino,
Ágata. De tales brujas
mucho en público me cuido;
aunque esa misma, en la noche
de San Andrés, mirar me hizo
en cuerpo y alma, a mi amante
futuro, por cierto, lindo.

LA OTRA NIÑA BURGUESA

Soldado, junto con otros,
en su cristal, yo vi el mío,
yo lo busco en todas partes
y en vano miro y remiro;
parece que el muy ingrato
no quiere verse conmigo.

CANCIÓN DE LOS SOLDADOS

*De plaza, el fuerte
antemural
y los desdenes
de la beldad,
con todo arrojo
se han de atacar.*

*Grande es la pena
pero el prez, más.*

*Suenen las trompas
con eco igual
ruina anunciando
goces y amar.
¡Ea! ¡al asalto!
¡Corred, volad!
¡Viva la vida
del militar!
¡Niñas y plazas
se rendirán!*

*Grande es la pena
pero el prez, más.
Y los soldados,
así, se van.*

Fausto y Wagner entran.

FAUSTO

De la grata primavera
al dulce hálito benigno,
libres ruedan, sus raudales,
los torrentes y los ríos.
De los montes escabrosos,
a los más ásperos sitios,
huyendo se fue el invierno
y desde allí, amortecido,
por sobre los campos sopla
su hielo pero sin bríos.
El sol, nieves, ya no sufre,
y todo, con regocijo,

se afana por nuevas formas
y por colores más vivos.
Y reemplazar a las flores,
pueden hombres bien vestidos.

Desde aquí vuelve tu rostro,
al pueblo, y en torbellino,
ve cómo se precipita,
buscando el sol, el gentío
por las huecas, toscas puertas.
Con alegría y bullicio,
la Resurrección celebran,
y a la verdad, ellos mismos
son también resucitados;
pues de los cuartos sombríos
de sus húmedas moradas,
de los lazos de su oficio,
de la opresión de sus techos,
del tedioso desaliño
de sus calles y del grave
silencio de santos ritos,
salen a la luz del día.
Mira, con qué regocijo,
la multitud ondulante,
en multiplicados giros
por los campos se derrama.
Ve cuántos arrastra el río,
jubilosos barquichuelos
y cómo se aleja hundido
ese último con su carga.
En los lejanos caminos
aun de los montes se nota,
de muchos trajes, el brillo.
¡Cómo cantan los aldeanos!

Este sí que es paraíso
del pueblo; todos se alegran,
todos, los grandes y chicos:
¡me siento hombre y aquí puedo
serlo también!

WAGNER

Señor mío,
pasear con usted, por cierto
que es honra y es beneficio;
pero yo no me perdiera
por entre ese remolino;
pues de lo grosero y brusco
soy declarado enemigo.
No puedo sufrir sus juegos
ni esos diabólicos gritos
en que furiosos prorrumpen
cual si fuesen poseídos;
¡y eso es lo que llaman canto,
lo que llaman regocijo!

CAMPESINOS BAJO LOS TILOS, *baile y canto.*
Dispuesto para el baile,
alegre el corazón,
con su más rico traje
estaba ya el pastor.
Y todos, como locos,
en círculo veloz,
bailaban en los tilos,
jeh!, jeh!, joh!, joh!
¡del buen violín, al son!

Entraba muy de prisa
y con el codo dio

*a una muchacha y ella
dijo de mal humor:
«¡Oh!, ¡vaya qué torpeza!
¡Qué ruda inatención!
¡Vaya un mozuelo tosco!
¡Eh!, ¡eh!, ¡oh!, ¡oh!
¡Muy mal criado sois!»*

*Mas no paraba un punto
la ronda tan veloz;
flotando los vestidos
en vuelco volador.
Ardientes, colorados,
todos en gran unión
al fin se reposaban,
¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, ¡oh!, ¡oh!
¡del baile y del calor!*

*¡No tanta confianza!
De cuanto engañador,
no lloran mil doncellas,
promesas; tal no soy.
Pero él la requería
tenaz siempre de amor,
se oyó entonces en los tilos
¡eh!, ¡eh!, ¡oh!, ¡oh!
¡más grita y confusión!*

UN VIEJO CAMPESINO

Es usted señor muy bueno
porque aunque tan erudito
no cree, de su persona,
el contacto nuestro, indigno.
Este hermoso jarro tome

que con fresco y exquisito
licor hemos preparado
y permita a mi cariño
desearle que no solo
dé a su sed algún alivio
sino que todas las gotas
que contiene, a su destino,
en tantos días se añadan.

FAUSTO

¡A vuestra salud, amigos,
con gozo y gratitud bebo!

(El pueblo se junta en círculo, alrededor de él.)

EL VIEJO CAMPESINO

Muy bien hace, señor mío,
en andar entre nosotros
en días de regocijo,
pues bien nos acompañasteis
otros días de peligro.
Muchos hay que a su buen padre
deben el estar hoy vivos,
libertados de la fiebre
por su cuidados prolijos.
Entonces usted, bien joven,
con él iba compasivo
a casa de los enfermos
y aunque fuesen infinitos
los muertos, salisteis siempre
sin el más leve perjuicio;
que de lo alto bajó ayuda
a quien aquí daba auxilios.

TODOS LOS CAMPESINOS

¡Viva, viva muchos años
el hombre tan compasivo
y dar pueda largo tiempo,
a sus prójimos, alivio!

FAUSTO

Postraos ante él que solo
enseña a prestar auxilio
y que envía, desde lo alto,
fortaleza en los conflictos.

(Sigue adelante con Wagner.)

WAGNER

Al ver la reverencia de esta turba,
oh grande hombre, qué gozo sentir debes.
¡Oh, mil veces feliz quien, por sus dones,
un galardón tan bello y justo obtiene!
El padre su hijo te presenta y todos,
su diversión dejando, a ti se vuelven;
si tú pasas, se forman en hileras
dando al aire sus gorros; reverentes
para contigo, ¡ya tan solo falta
que como al Sacramento se prosternen!

FAUSTO

A esa piedra subamos y un momento
ahí descansaremos. Cuántas veces
¡ay! sollozando, solo y pensativo
tras de ayuno y de rezo aquí sentéme:
y firme en mi fe y lleno de esperanza
creía, el fin de la terrible peste,
alcanzar del Señor del firmamento,
en fuerza de mis lágrimas fervientes.

Cual mofa oigo el aplauso de las turbas,
¡oh! si tú, en mi interior, leer pudieses,
verías cuán indignos, padre e hijo,
han sido de la fama que aquí tienen.

En inquirir las fuerzas ignoradas
de la naturaleza, activo siempre
se ocupaba, a su modo, el padre adusto.
Trabajando en sus hornos con la gente
que le seguía, en preparar los mixtos
que infalibles, las fórmulas prometen.
Primero, un *león rojo*, novio osado
que después en *el baño transparente*
con *el lirio* se casa y luego juntos
van de *cámara en cámara* perennes
siguiéndoles matices brilladores;¹
he ahí la medicina con que siempre
morían los enfermos sin que nadie
¿quién sanó? preguntará. De esta suerte,
fuimos para estos valles y estos montes
un más terrible azote que la peste.
Yo mismo, yo di a muchos el veneno;
ellos, todos murieron tristemente
y yo aún existo para ver la fama
que el asesino temerario obtiene.

WAGNER

¡Y eso pues te apesara! Lo bastante
hace un buen hombre cuando el arte ejerce
como de sus maestros lo aprendiera.
Si al padre, joven, honras como debes

¹ Jerga de alquimistas.



de él mucho aprenderás y cuando, tú, hombre,
con tus esfuerzos, el saber aumentes,
podrá tu hijo alcanzar mayor altura.

FAUSTO

¡Feliz, feliz quien esperar aún puede
boyar en este piélago de errores!
Lo que útil le será, es justamente
lo que el hombre no sabe y sabe solo
lo que no necesita ni apetece.
Mas no tan bello instante entristezcamos
con tales quejas. Mira cómo verdes,
al crepúsculo, brillan las cabañas.
El día ceja, se retira, muere
y va a llamar un mundo a nueva vida.
Si vigorosas alas yo tuviese
con qué seguir mi anhelo, remontara,
viera entonces, en crepúsculo perenne,
a mis pies quieto el mundo; las llanuras,
sosegadas; los montes, refulgentes,
y deslizando su raudal dorado,
el arroyuelo límpido y alegre
entonces, nada, a mí vivir divino,
serían las quebradas y paredes
de estos montes. Mi vista ya, admirada
ve las olas del mar que se estremecen.
Pero ya la deidad huye, se oculta
y yo aún sigo anheloso, su esplendente
y eterna luz: delante, veo solo
el día; noche, tras de mí. Qué alegres,
por sobre mi cabeza, un firmamento,
bajo mis pies, un piélago se extiende
bello, pero ¡ay! ensueño fugitivo.
A las alas de Espíritu potente

¡ay! ¡no se agregan corporales alas!
Y sin embargo, tal deseo siempre
aguija el corazón cuando armoniosa,
con su canto, la alondra nos conmueve;
cuando, por sobre selvas elevadas,
en el azul, el águila se cierne;
y cuando, por los lagos y llanuras,
hacia su hogar las grullas raudas vuelven.

WAGNER

Nunca tuve capricho semejante,
entre los muchos que atacarnos suelen.
Las campiñas y bosques, pronto cansan.
No envidio al ave el vuelo. Los placeres
del espíritu, yendo de hoja en hoja,
de libro en libro, son qué diferentes.
Ellos infunden grata y nueva vida;
la fría noche entibian y embellecen
y al extender un noble pergamino,
el cielo sobre ti, ledó descende.

FAUSTO

Un deseo tan solo tú conoces,
¡oh! ¡nunca el otro a conocer empieces!
Dos almas ¡ay! dos viven en mi pecho
y ambas, violentas, separarse quieren
con sus groseros órganos, intenta
una, firme en el suelo sostenerse,
y la otra, se levanta de entre el polvo
a las regiones límpidas del éter.

Si en el aire hay Espíritus que rijan
la esfera de la tierra y la celeste,
¡dejad las nubes de oro y conducidme

a otra vida, otro mundo, otros placeres!
Si yo un manto encantado poseyera
que a remotos países, de repente
me trasladara, ¡oh!, para mí valdría
más que todos los mantos de los reyes.

WAGNER

No así llames la banda conocida
que a nuestro alrededor revuela siempre
tendiendo por doquier, activa, astuta,
a los mortales, peligrosas redes.
Del norte llegan y sus finas lenguas
en ti ensangrientan y cortantes dientes;
también del este acorren y quemantes,
con tus mismos pulmones se mantienen;
cuando el sur, del desierto, los arroja,
con mil ardores ciñente las sienes;
del ocaso también llega el enjambre
y aunque al principio alivie y refrigere,
un instante después, irresistible
hombres sofoca, campos y vergeles.
Nos oyen porque son al mal muy prontos;
y porque nos engañan, obedecen;
del cielo se nos fingen enviados
y cual ángeles hablan cuando mienten.
Pero vamos. La noche se adelanta;
el aire está ya frío y se oscurece:
de noche es cuando agrada más la casa.
Mas, ¿qué es lo que pasmado te detiene?
¿Qué miras, pues?

FAUSTO

¿No ves un perro negro
que en la siembra y barbecho se revuelve?

WAGNER

¡Mucho ha lo vi! ¡Nada le encuentro raro!

FAUSTO

¡Míralo bien! ¿Qué cosa te parece?

WAGNER

¡Un perro nada más que a su amo busca!

FAUSTO

¿No ves, cómo en sus círculos de sierpe,
cada vez más, aquí se va acercando?
Y chispas, si mis ojos no me mienten,
saltan en su camino.

WAGNER

Veo solo
un perro negro y lo demás ser debe
ilusión de tu vista.

FAUSTO

Mas yo juzgo
que, con círculos mágicos, nos viene
cada vez más, los pasos amagando.

WAGNER

Yo lo veo que tímido va y vuelve
porque halla, en vez de su amo, dos extraños.

FAUSTO

Ya el círculo se cierra: aquí le tienes.

WAGNER

Ya vez; en él, espíritus no habitan.



Beltrame et l'abbé.

Engraving de Ch. Mille, à Paris

Como todos los perros, sobre el vientre
y coleando, acuéstase en el suelo.

FAUSTO, *al perro*.

Ven, acércate acá. Conmigo vente.

WAGNER

Es buen perro; te aguarda si te paras;
si le hablas, listo al punto se te ofrece;
te podría traer lo que perdieras
y dentro el mar por tu bastón meterse.

FAUSTO

¡Es cierto! De espíritus no hay visos:
¡todo es habilidad!

WAGNER

Un perro puede
merecer la afección de un hombre sabio
y este, la tuya, bien tal vez merece.

(Entran por la puerta de la ciudad.)

CUARTO DE ESTUDIO

Fausto entra con el perro.

FAUSTO

En tinieblas hundido
está el campo y el prado;
cierto terror sagrado,
con mil presentimientos confundido,
hacia el bien mi alma agita.
Quietos duermen los ímpetus bestiales
y mi pecho palpita
solo de amor a Dios y a los mortales.

¡Ya tu inquietud, oh perro, mi ira enciende!
¿Qué roes en el quicio?
Tras la estufa te tiende
que es mi mejor estrado, sin bullicio
ya que pues, con tus saltos y carreras,
no ha mucho mi vista distrajerás.
Me plazco en recibirte con agrado
pero cual huésped cómodo y callado.

Cuando la amiga lámpara, su lumbré
lanza de nuevo en nuestro cuarto estrecho,
claros entonce, el corazón y el pecho
que a sí bien se conocen, resplandecen.
De nuevo la razón a hablar empieza;
esperanzas, de nuevo, reverdecen
y el alma en sed ardida
anhela por las fuentes de la vida.

¡No gruñas, perro! A los sagrados trinos
que inundan toda mi alma, no convienen
tus compases ferinos.
Muy hecho a ver, los hombres ya me tienen
que los que no comprenden menosprecian
y que si quizá aprecian,
del bien y la belleza, los destellos,
de mala gana lo hacen;
¿refunfuñar pretendes, tú como ellos?

¡Pero, ay de mí, ya siento,
a pesar de mi esfuerzo, que no fluye,
de mi pecho, la calma ni el contento!
¿Pero por qué concluye
tan pronto ¡ay! el torrente
dejándonos con sed aun más ardiente?
Harto yo lo he probado, mas podemos
esta falta sanar, pues aprendemos
lo que el confín del mundo sobrepasa
a apreciar, y el deseo nos abrasa
de la revelación que no fulgura
nunca más que en el Nuevo Testamento.
Respetuosos abramos
el sacro original en el momento
y su decir, con la intención más pura,
a mi querido idioma traduzcamos.
(Abre un volumen y se prepara a hacerlo.)

Escrito está que: «¡El VERBO al principio era!»
Pasar de aquí yo no oso,
¿quién me habrá de ayudar? Jamás pudiera
al verbo, yo, creer tan poderoso.
De otro modo más claro y conveniente
se debe traducir si bien me inspira

hoy en esto mi mente.
Escrito está: «¡Al principio era el SENTIDO!»
El primer paso mira;
apresurada, no tu pluma sea.
¿Pero quien todo lo hace y todo crea
es acaso el sentido?
Debe ser: «¡Al principio era la FUERZA!»
Pero mientras lo escribo
algo me dice que esto no es exacto.
¡Me inspira el cielo!, claro lo concibo,
puedo escribir: «¡Era al principio el ACTO!»

Si este mi cuarto he de partir contigo
deja, perro, aullido y movimiento.
Tan fastidioso amigo
ya aquí más no consiento.
De mi cuarto pues sal, aunque no fuera
así tratarte, nunca mi deseo,
¡ve! franca está la puerta, a tu carrera.
Pero, ¿qué es lo que veo?
¿Naturalmente, acaso, esto acontece?
¿Es una realidad? ¿Es devaneo?
¿Cómo el perro se alarga, cómo crece!
¡Ya alzándose cual cerro,
figura no es de perro!
¿Qué espíritu, qué espectro traje a casa?
Con su hocico tremendo
y sus ojos de brasa,
ahora un hipopótamo parece
mas, tal prole, al horrendo
conjuro salomónico obedece.

ESPÍRITUS EN EL CORREDOR

¡Está preso dentro

uno de nosotros;
mas no entre ninguno!
Cual la trampa, el zorro
teme, así los lazos,
un viejo demonio.
Para que se libre
de su prisión, pronto
volad sin descanso,
revolad en torno:
¡ese, muchos bienes
hanos hecho a todos!

FAUSTO

Para esto es lo más seguro
el cuaternario conjuro:
Salamandra resplandezca;

la Ondina tiemble y tirite
el Silfo desaparezca;
el Kobold ágil se agite.

¡Quien, de los elementos,
no sabe la propiedad,
los espíritus violentos
no dobla a su autoridad!

¡En la llama desaparece,
Salamandra!
ruidosa te desvanece,
Ondina!

¡En celajes resplandece,
Silfo!

¡Ven pronto, me fortalece,
Incubus, Incubus!
¡Y vencedor aparece!

No es de los que yo he creído,
el que en la bestia se esconde.
Tranquilo está y aún responde
con colérico gruñido.
Como nada he conseguido
contra ti, diré al presente
un conjuro más potente.

¿Vienes del infierno? Llega
y ve, pues, esta señal
ante la cual se doblega
toda la tropa infernal.
Ya eriza el crin; se refriega.
¿Puedes leerlo miserable?
¿Al que nunca fue engendrado
y que por siempre, inefable
en los cielos derramados
herido fue y traspasado
por la mano más culpable?

Tras la estufa se va hinchando;
un elefante está ya hecho,
ya a una nube semejando,
a reventar va tal vez.
¡No te enalces hasta el techo!
Postra, postra tu altivez
delante tu soberano
que no te amenaza en vano.
¡Con el hierro sacrosanto
yo te marcaré en la frente
y no aguardes entre tanto
la luz tres veces ardiente
ni mi más potente encanto!

(Mefistófeles, que al caer la niebla, sale de detrás de la estufa, en traje de estudiante ambulante.)

MEFISTÓFELES

¿Por qué tanto bullicio?

¿Qué puedo hacer, señor, en su servicio?

FAUSTO

¡Tal era, pues, del perro, la pepita!

¿Un estudiante en viaje?

¡Vaya! ¡Es un caso que a reír incita!

MEFISTÓFELES

Me humillo ante tan alto personaje.

¡Usted me ha hecho sudar terriblemente!

FAUSTO

¿Cómo te llamas?

MEFISTÓFELES

Creo bien pequeña
tal pregunta para hombre que desdena
la palabra y que evita diligente
toda vana apariencia
y se hunde, de los seres, en la esencia.

FAUSTO

En vosotros, el nombre claramente
lo que sois nos anuncia:
todo está averiguado
cuando Luzbel, espíritu malvado,
padre de la mentira se os pronuncia.
¿Quién eres?

MEFISTÓFELES

Una parte de esa fuerza
que el bien siempre produce
cuando solo en el mal siempre se esfuerza.

FAUSTO

¡No sé a qué tal enigma nos conduce!

MEFISTÓFELES

Yo el Espíritu soy que siempre niega
y con razón, pues todo cuanto llega
en el mundo a nacer, no vale nada;
y mucho mejor fuera
que nada en él naciera.
Lo que en su pensamiento,
perdición o pecado llama el hombre
aquello a que vos dais, de mal, el nombre
es mi propio elemento.

FAUSTO

¿Llámaste parte y yo te veo entero?

MEFISTÓFELES

Sí y hablándote así, soy verdadero.
Mientras el hombre, ciego considera
esta vil, deleznable loquería,
conjunto lleno de arte,
yo no soy más que parte de la parte
que en sí, al principio, todo reunía:
parte de aquella noche
de que nació la luz, luz altanera
que a su madre persigue
denegándole el rango y el espacio
y que borrar del todo no consigue



Belshazzar and the King

Ch. M. de la Tour, a Paris.

porque fija en los cuerpos permanece;
de los cuerpos, la luz se desparrama;
ella también los cuerpos embellece
y un cuerpo la detiene en su carrera;
así espero que pronto la alabada
luz que aquí reverbera,
con los cuerpos, acabe en polvo, en nada.

FAUSTO

¡Tus muy dignas tareas ya comprendo!
El conjunto del mundo no pudiendo
aniquilar, tu habilidad te dice
hacerlo poco a poco!

MEFISTÓFELES

Y aun así casi nada se adelanta.
El ALGO que a la NADA contradice,
este grotesco mundo,
sin cesar firme aguanta
los ataques y lazos en que abundo,
después de la borrasca y los furores
que en su regazo encierra;
después de olas, incendios y temblores
tranquilos permanecen mar y tierra
y no hay cómo destruir esa maldita
ralea de los hombres y animales.
¡Cuántos maté! Mas siempre, con mayores,
nuevas fuerzas, la vida precipita
constante sus raudales.
¡Es de perder el juicio!
En el aire, en la tierra y en el agua,
se despliegan mil gérmenes vitales:
lo húmedo y seco, lo caliente y frío,
todo les es propicio;

y donde retirarme yo no hallara
si el fuego, como mío,
desde antes, previsor no me guardara.

FAUSTO

Así, a la siempre activa, bondadosa
y creadora potencia,
oponerse en vano osa
tu yerta mano, con tu inútil ciencia.
Ya tratar debería, en otra cosa,
el gran Hijo del Caos de emplearse.

MEFISTÓFELES

Podrá otra vez, semejante asunto,
más a nuestro sabor, dilucidarse.
¿Yo no podría retirarme al punto?

FAUSTO

No sé a qué, con tal duda, te refieras,
ya ahora sé quién eres; tus visitas
hazme pues cuando quieras.
Ventana y puerta tienes expeditas
y aún te es la chimenea suficiente.

MEFISTÓFELES

Te lo confieso, hay cierto inconveniente
que me lo estorba un tanto:
esa figura que al umbral pintaste...

FAUSTO

¿El pentagrama, acaso, te da espanto?
Si te impide salir, ¿cómo es que entraste?
¿Cómo, Hijo del Infierno, te engañaste?

MEFISTÓFELES

No está, como lo ves, bien dibujado;
el ángulo exterior está algo abierto.

FAUSTO

¡Entonces, sin saberlo, se ha acertado!
¿Y así también es cierto
que, sin yo pretenderlo, te he apresado?

MEFISTÓFELES

No observó nada el perro en su carrera
al entrar desde afuera.
Muy otro aspecto, ora el asunto gana,
ya no puede salir el Diablo fuera.

FAUSTO

¿Por qué no has de salir por la ventana?

MEFISTÓFELES

El Diablo y los Espíritus tenemos
algunas condiciones;
la salida ha de ser por donde se entra.
Entrar libres podemos
pero para salir, sierva se encuentra
ya nuestra voluntad.

FAUSTO

¿Obligaciones
el infierno también tiene y acata?
¿Entonces, celebrar uno bien puede
con vos una contrata?

MEFISTÓFELES

Y quieto gozará, sin menoscabo

lo que por las promesas se le cede;
no es fácil comprenderlo, pero cuento
ponerte más al cabo,
en otra conferencia.
Con encarecimiento
te pido ahora, de irme, la licencia.

FAUSTO

Aguárdate un momento,
tenemos que tratar más de un asunto.

MEFISTÓFELES

¡Oh! ¡déjame salir! Volveré al punto
y te satisfaré muy comedido,
a cuanto tú quieras.

FAUSTO

No te atraje con mañas lisonjeras,
tú, solo tú en la trampa te has metido.
Quien tiene al Diablo debe asegurarlo,
que de nuevo, no es fácil atraparlo.

MEFISTÓFELES

Pues que te place, quédome gustoso
aquí en tu compañía;
mas con la condición de que permitas
que, en este tiempo que nos fuera odioso,
yo te distraiga con la ciencia mía.

FAUSTO

Cuanto quieras hacer, te es permitido
con tal de que ello sea entretenido.

MEFISTÓFELES

Gozarás más, amigo, en este instante
que en un año monótono y cansado.
El canto delicado,
las bellas formas que tendrás delante
no, no son una vana hechicería.
Tu paladar, tu olfato, tus sentidos
serán todos hundidos
en goces, a porfía;
y por fin, en un dulce arrobamiento
sentirás elevarte.
¡Juntos estamos todos; sin más arte,
al punto, comenzad vuestro concento!

CORO DE LOS ESPÍRITUS

¡Despareced altas
y oscuras ojivas!
Del éter espléndido
las luces amigas
al punto penetren.
Su sombra mezuina
destrocen las nubes.
Ya hermosas titilan
mil soles y estrellas
de lumbre más tibia;
progenie celeste,
bellezas divinas,
deseos y anhelos
que todo lo animan;
volad vagarosas,
cruzad vuestras filas;
los mantos flotantes
cubran las campiñas
y las enramadas

donde se extasían
amantes dichosos
con tiernas caricias.
¡Como hojas y brotes
graciosos se apiñan!
Los dulces racimos
solos se deslizan,
de parra cargada
al lagar que envía
vinos espumosos
en ondas continuas
que por entre perlas
raudas precipitan
su curso y bien pronto
tras sí las colinas
ya dejan, se ensanchan
cual lagos rebrillan
y aumentan los goces.
Embriagan delicias
las aves sedientas;
a espléndidas islas
que flotan en la agua
como navecillas
y al sol se adelantan;
allí de alegría
hinchidos mil coros
ya bailan, ya trinan
y en rondas graciosas,
por verdes campiñas,
dispersos o juntos,
mil cruzan y giran.
Algunos se suben
a las verdes cimas;
el lago otros cruzan,

y algunos arriba
de todo se ciernen.
Alegre la vida
a todos inunda
en nuevas delicias.
Y todo es amores
y dicha infinita.

MEFISTÓFELES

¡Duerme! Con vuestro canto,
amiguitos, lo habéis adormecido.
Vuestro deudor, por tanto,
me digo, de concierto tan cumplido.
¡Tú no eres todavía
el hombre que del Diablo se haga dueño!
Hundid su fantasía
en el mar de dulzura
del más variado y placentero ensueño.
Pero, para romper esa figura
del umbral, un ratón yo necesito.
No he de tardar en mis conjuros mucho
porque vendrá a mi grito
este que por aquí roer escucho.

El señor de ratones y de ratas,
de moscas, ranas, chinches y serpientes
manda que te presentes
y ese dintel me roas, cual si fuera
hojaldre de pastel, en un instante.
¡Ya estás aquí! ¡No es obra duradera!
La punta que me impide salir fuera
es la que está adelante.
¡Vaya, otra dentellada y acabamos!

Sigue, Fausto, soñando delirante
hasta que a vernos otra vez volvamos.

FAUSTO, *despertando*.

¿De nuevo fui burlado?

¿Huye la ilusión que poderosa
me había, en sueño, al Diablo dibujado
en la forma de un perro cariñosa?

CUARTO DE ESTUDIO

Fausto y Mefistófeles.

FAUSTO

¿Llaman? ¡Adentro! ¿Quién vendrá, a mi asilo,
de nuevo a perturbarme?

MEFISTÓFELES

¡Yo soy!

FAUSTO

¡Adentro!

MEFISTÓFELES

¡Por tres veces dilo!

FAUSTO

¡Adentro!

MEFISTÓFELES

Eso al fin es agradarme.
¡Los dos nos hemos de entender, espero!
Aquí, para quitar tus sinsabores,
me tienes elegante caballero,
con traje muy bordado de colores,
con la capita de crujiente seda,
con la pluma de gallo en el sombrero
y a mi cinto, una daga bien cortante.
El consejo mejor que darte pueda

es que hagas tú lo mismo en el instante
a fin, que, de tus trabas desprendido,
lo que es la vida sientas.

FAUSTO

Con cualquiera vestido,
siempre han de acongojarme las violentas
penas de este vivir estrecho, inútil.
Muy viejo soy, muy viejo
para que me contente juego fútil;
muy joven, para estar ya sin deseos.
¿Qué puede darme el mundo?
Nunca satisfacerás tus devaneos,
¡jamás!, es el cantar nauseabundo
que mientras existimos,
más fuerte cada vez, sin cesar oímos.
Al alba me despierto con espanto
y siempre debería
correr mi largo llanto
al ver un nuevo día
que en toda su carrera
no habrá, no, de cumplirme ni un deseo,
ni uno solo siquiera;
y al contrario, implacable
deshace mi más grato devaneo
y sofoca insaciable
la creación que bulle dentro el pecho,
y cuando las tinieblas ya se aumentan
apesarado extiéndome en el lecho.
Y aun allí, paz no encuentro
que ensueños espantosos me amedrentan.
El Dios que abrigo dentro
y mi interior aflige,
el que con su potencia

mis fuerzas todas rige,
con el mundo exterior no puede nada;
y así me es una carga la existencia
y carga tan pesada
que anhelo por morir y odio la vida.

MEFISTÓFELES

La muerte sin embargo
no es nunca para el hombre bienvenida.

FAUSTO

Venturoso es aquel a quien con gloria,
ella, tras la batalla,
ciñe el sangriento lauro de victoria;
aquel a quien, tras danza y alegría,
de una mujer, entre los brazos halla.
Ojalá ya estuviese sumergido,
sin vida, en el Espíritu Supremo.

MEFISTÓFELES

Alguien conozco yo que no ha bebido,
a pesar de deseo tan extremo,
muy pocas noches ha, cierto brebaje.

FAUSTO

Así, por lo que escucho,
te gusta el espionaje.

MEFISTÓFELES

Omnisciente no soy; pero sé mucho.

FAUSTO

Si de ese acto violento
me retrajo voz dulce y conocida;

si los ojos, de tierno sentimiento
me mintieron alegres otra vida,
maldigo cuanto al alma
falaz, de encantos, llena
y en esta gruta odiosa
con arteros amaños encadena.
Ante todo, ¡maldita siempre sea
la opinión orgullosa
que al impotente espíritu recrea!
Maldito el tornasol de la apariencia
que el sentido oscurece.
Maldito todo cuanto la existencia,
en sueños, embellece
con la ilusión de fama y de renombre.
Maldita la riqueza
y el arado y el hombre
y el niño y la belleza.
Mammón maldito sea cuando anima
con sus tesoros a acto valeroso
y cuando nos arrima
muelles cojines a letal reposo.
¡Maldito sea el jugo de las uvas!
Y maldito el anhelo
de ese amor que lanza
al infinito el vuelo.
¡Maldita la esperanza!
¡Maldita la creencia!
¡Y ante todo, maldita la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible*.

El mundo hechicero
tú has, ¡ay!, destruido
con golpe grosero
helo ya caído.

¡Un semidios lo hizo!
Sus ruinas llevamos
y ¡ay! ¡ay! tanto hechizo
deshecho lloramos.

Pero más hermoso
de nuevo lo eleva
mortal poderoso;
y dulce otra nueva

mejor vida empieza
con otros encantos,
con otra belleza
y más gratos cantos.

MEFISTÓFELES

Ya oyes cómo los míos
te aconsejan prudentes,
más goces y más bríos.
De esa tu soledad, en que dormitan
tu savia y tus sentidos prepotentes,
al mundo, al ancho mundo, ellos te invitan.

Cesa pues de jugar con la violenta
ansia que roedora,
cual buitre, de tu vida, se alimenta.
La peor compañía
te hará ver, a fe mía,
que con los otros, hombre también eres,
mas no, por eso, entiendo
que hayas con ellos de seguir viviendo.
Como yo no soy noble, por ahora
no intento introducirte a sus placeres;
pero junto conmigo

llevarás, cierto, vida encantadora
si como lo deseo, obrar consigo.
A mí, tu esclavo, di tus intenciones:
¡manda sin embarazo!

FAUSTO

¿Con cuáles condiciones?

MEFISTÓFELES

¡Para eso tienes un bien largo plazo!

FAUSTO

No; yo sé bien que el Diablo es egoísta
que, por amor de Dios tan solamente,
no tiene mano lista
en ayudar la gente.
Dime tus condiciones al instante
que peligros y enojos
trae a la casa, siervo semejante.

MEFISTÓFELES

Yo, pues, a tu servicio *aquí* me obligo;
para mí tus antojos
serán mandos supremos
con tal que cuando *allá* nos encontremos,
lo mismo hagas conmigo.

FAUSTO

Poco el *allá*, bien poco a mí me importa;
no me cuido si el mundo, de su ruina,
otro después aborta.
El sol que reverbera,
con su luz ilumina
todos mis sufrimientos;

de estos, pudiendo estar yo dividido,
suceda lo que pueda o lo que quiera.
No me tomo el trabajo
de investigar si se ama o se aborrece
después de haber vivido,
o si hay en esa esfera,
un *arriba* y *abajo*.

MEFISTÓFELES

Con tales opiniones estás listo
así para obligarte.
Verás en estos días
cuánto te encanta mi arte,
dándote lo que nunca nadie ha visto.

FAUSTO

¿Qué cosa me darías,
tú, pobre diablo, dime?
¿Fue el espíritu audaz de los mortales,
en su arranque sublime,
comprendido jamás por tus iguales?
Mas sí, tienes manjar que nunca aburra,
oro que cual azogue se me escurra
siempre sin embarazo;
un juego en que jamás pueda ganarse;
una niña que, estando en mi regazo,
con dulces ojeadas, al vecino
ya logre conquistarse;
y ese de nuestro honor, placer divino
que pasa cual celaje reluciente;
muéstrame frutos que antes de cogidos
estén ya corrompidos
y árboles que retoñen diariamente.

MEFISTÓFELES

No me espanta el programa;
tus deseos podrán verse cumplidos.
Mas ya, mi amigo, la ocasión nos llama
a gustar algo bueno.

FAUSTO

De toda pena, acuésteme distante
aunque más sea en cabeza de cieno
y muérame al instante.
Si puedes, con tus artes, halagarme
de modo que yo sienta la alegría;
si puedes, con los goces, engañarme,
sea ese para mí, mi postrer día.
¡Tal propongo!

MEFISTÓFELES

¡Aceptado!

FAUSTO

¡Quede el pacto cerrado!
Si alguna vez, al tiempo yo dijera:
«¡Detente que tan bello y grato me eres!»
encadéname entonces, si lo quieres;
al punto, entonces, muera.
Suenen los esquilones
entonces plañideros;
libre tú quedarás de obligaciones
y entonces el reloj puede pararse,
caerse los punteros
y el tiempo para mí no más contarse.

MEFISTÓFELES

Reflexiónalo, mira que en olvido
no hemos de echarlo.

FAUSTO

¡El buen consejo alabo!
No me he, con ligereza, decidido.
De todos modos he de ser esclavo:
tuyo, o de cualquiera otro, no me cuido.

MEFISTÓFELES

Hoy mismo, diligente
en su grato festín quiero ocuparme
de mis obligaciones...
Pero antes, solamente
le ruego, quiera darme,
por si acaso, un parcito de renglones.

FAUSTO

¿Algo escrito me exiges, gran pedante?
¿Hombre no has conocido,
ni una palabra de varón constante?
¿Mi palabra enunciada no es bastante?
¿Yendo con ella mi vivir unido?
Ninguna fuerza pesa
sobre el curso incesante de este mundo,
¿y a mí ha de detenerme una promesa?
Pero este devaneo, en lo profundo
de nuestros corazones está hincado;
¿quién puede serle ajeno?
¡Oh! ¡Bienaventurado
quien tiene puro el seno
pues nada habrá jamás que lo atormente,
que siempre un pergamino aunque grosero
como un espectro a todos amedrente!
La palabra fenece con la pluma
y la cera y el cuero
rigen al mundo; en suma

qué prefieres, Espíritu maligno,
¿bronce, mármol, papel o pergamino?
¿Usaré en tal memoria
pluma, cincel o estilo?
¡Elige, pues, y dilo!

MEFISTÓFELES

¡Por qué de tu oratoria,
perder tanto calor y tanto brillo?
A nuestro fin se presta
cualquiera papelillo.
Mas, con una gotita de tu sangre,
será tu firma puesta.

FAUSTO

¡Basta! Si de otro modo
no lo quieres, iremos adelante.

MEFISTÓFELES

¡La sangre es especial, amigo, en todo!

FAUSTO

¡No temas que el convenio yo quebrante!
Afanarme con toda mi energía
es cuanto yo te ofrezco.
¡Oh!, mucho he pretendido en mi osadía
mas veo que a tus filas pertenezco.
El Espíritu airado
huyó de mi presencia
y la naturaleza se ha negado
a mi labio sediento.
Está, del pensamiento,
por siempre, roto el hilo,
y náuseas ya me causa toda ciencia.

De la sensualidad en las regiones,
demos quietud y asilo
a las ardientes, híbridas pasiones.
Con hechizado manto peregrino,
a nuestros ojos todo se presente.
Lancémonos, del tiempo, al torbellino,
y de los turbulentos
sucesos, nos arrastre la corriente.
Así pueden dolores y contentos
disgusto y confianza
cambiarse mutuamente:
¡siempre el hombre se esfuerza y nada alcanza!

MEFISTÓFELES

Ni medida ni lindes se te fijan.
Podrás, cuanto tu anhelo
y tu placer elijan,
asir por todas partes, en tu vuelo:
goza, pues, y no seas desdeñoso.

FAUSTO

Lo sabes; no pretendo la alegría,
la confusión yo anhelo,
el goce más punzante y doloroso,
el odio, el odio que ama todavía
y el sinsabor que el alma fortalece.
De toda ansia de ciencia,
mi pecho libertado,
a ninguna dolencia
debe quedar cerrado;
cuanto a la humanidad ha sido dado,
gozar quiero en mí mismo;
abarcas con mi espíritu la esfera
del cielo y el abismo;

los bienes y los males que ella siente
quiero también sentir de tal manera
que mi existencia propia,
de la del mundo, copia
se confunda y se iguale con la suya:
que cual ella también al fin reviente
y en légamo concluya.

MEFISTÓFELES

Oye la verdad pura
de mi larga experiencia.
En siempre masticar cosa tan dura,
nadie, desde que nace hasta que muere,
la vieja levadura
ningún mortal digiere.
Créeme, pues, amigo, esa existencia
de un Dios es solamente.
En la magnificencia
de la luz, él habita eternamente
y hanos dado a nosotros
la oscuridad sombría
mientras que afable os proveyó a vosotros
de la noche y el día.

FAUSTO

¡Más yo quiero!

MEFISTÓFELES

¡Comprendo! Sin embargo
una cosa, de angustia, me conmueve,
y es que el tiempo es muy breve
y el arte, el arte largo.
Quisiera que tomaras
con un buen profesor unas lecciones.

Por ejemplo: un poeta
que, tras de mil y mil meditaciones,
con las dotes más raras
te ciña la cabeza,
y así te otorgue, con afable mano,
del león, valor y porte;
del ciervo, la presteza,
el turbulento ardor del italiano
y la frialdad del norte.
Que el secreto te diga
de ser muy generoso
y al mismo tiempo astuto
y te introduzca en amorosa intriga,
según cierto estatuto,
teniendo el sentimiento más fogoso.
Si semejante sabio yo encontrara,
el señor Microcosmos lo llamara.

FAUSTO

¿Qué soy, pues, si jamás tocar me es dado
los dones celestiales
que sirven de diadema a los mortales
y tras los que se afanan encendidos
todos nuestros sentidos?

MEFISTÓFELES

Eres al fin... lo que eres,
en tu frente levanta
encrespada peluca de mil bucles;
pon en grandioso zócalo tu planta
y siempre quedarás lo que tú fueres.

FAUSTO

Conózcolo; yo en vano

haciné, con mil penas, en mi mente
todo el tesoro del ingenio humano
cuando agobiada doblase mi frente,
ninguna fuerza nueva brota dentro;
más alto, tras afán tan exquisito,
ni un ápice me encuentro;
y no más cerca estoy del infinito.

MEFISTÓFELES

Tú miras este asunto,
como se ve este asunto justamente:
pero vamos con tiento
a fin que no se ahuyente,
de la vida el contento.
¡Qué diablos!, pies y manos
rostros y muslos son tuyos ciertamente.
Y aquello en que mi gusto satisfago,
¿acaso es menos mío?
Si seis parejas pago,
¿de quién serán sus fuerzas y su brío?
Por las antiguas calles y modernas
puedo ir a mi albedrío
cual si tuviese veinte y cuatro piernas.
Por eso, pues, fiando en los sentidos,
echémonos al mundo.
El hombre que pretende
pesarlo todo en cálculo profundo,
semeja a un animal a quien un duende
burlándose, por yermos condujera,
mientras verdea en torno la pradera.

FAUSTO

¿Y cómo empezaremos?

MEFISTÓFELES

Partiendo con premura;
¡esta prisión dejemos!
¿Es vida ese fastidio y la tortura
que a ti y a tus discípulos inspiras?
¡A Wagner reservemos
tan miserables miras!
¿Qué sacas si ese cieno tú remueves?
Lo que sabes mejor, a alguno, alguno,
decirlo no te atreves.
Al caso: allí viene uno.

FAUSTO

¡No puedo recibirlo!

MEFISTÓFELES

¡Pobrecito! No es bueno despedirlo,
tras de tanto esperar, tan rudamente,
tu bata y gorro dame,
¡que el disfraz sentaráme,
creo, perfectamente! *(Se los pone.)*

Muy bien, amigo. Ahora
en mi ingenio confía.
Con un cuartito de hora
me basta y aun me sobra.
Está pues listo para poner en obra
nuestra gustosa y linda correría. *(Sale Fausto.)*

MEFISTÓFELES, *con el traje talar de Fausto.*

Mofa de la razón y de la ciencia,
la más sublime fuerza de los hombres:
del ángel embustero, los fantasmas
y engaños, tus ideas corroboren;

así, mío serás sin cargo alguno.
A un genio que aledaños no conoce
lo ha entregado al destino y en su vuelo,
dejará muy atrás todos los goces
del mundo. Por las pampas de la vida,
sin luz ni sombra, arrastrarélo entonces
y, atizando sus ansias insaciables,
verá flotar manjares y licores
que evitarán sus labios. Suplicante,
por refrigerio, en vano, dará voces
y aunque ya al Diablo no se hubiese dado,
tendría siempre que perderse el pobre.
(*Entra un estudiante.*)

EL ESTUDIANTE

Recién llegado aquí, vengo sumiso
a conocer, señor, y hablar a un hombre
que oigo a todos nombrar con reverencia.

MEFISTÓFELES

Me placen tan corteses atenciones.
Ya veis, soy hombre como tantos otros.
¿Tenéis hechos estudios anteriores?

EL ESTUDIANTE

Perdonadme. Yo aquí tan solo vengo,
con poco oro y resuelto aunque muy joven.
Mi madre no quería, mas yo ansiaba
poder recibir útiles lecciones.

MEFISTÓFELES

¡Pues bien, ya estáis en conveniente sitio!

EL ESTUDIANTE

Mas veo, es imposible me acomode.
Quisiera ya volverme; en estos muros,
estas salas no me hallo, que no hay donde
extenderse, no hay árboles ni verde;
y en verdad que, en los bancos y salones,
oído pierdo, vista y pensamiento.

MEFISTÓFELES

Con el tiempo entrará, todo, en el orden.
No toma el niño el pecho de su madre,
al principio, con gusto; mas conoce
luego que lo alimenta y se complace;
de la sabiduría, así, mayores
placeres mamaréis siempre.

EL ESTUDIANTE

Decidme
por favor, cómo mis intentos logre.

MEFISTÓFELES

Antes que prosigamos, explicaos;
¿cuál es la facultad que escogéis, joven?

EL ESTUDIANTE

Quisiera ser muy sabio; saber todo
cuanto la tierra y cielo nos esconden;
¡a la naturaleza unir la ciencia!

MEFISTÓFELES

En buen camino estáis; ¡mas no os estorben,
cuidad, otros asuntos!

EL ESTUDIANTE

Pondré alma y cuerpo para cumplir mis intenciones.
Mas tener gustaré, en días de fiesta,
alguna libertad y algunos goces.

MEFISTÓFELES

Emplead bien el tiempo porque vuela:
a saberlo ganar, enseña el orden
por eso os aconsejo que, ante todo,
a la lógica déis las atenciones;
allí se adiestra el alma y se reviste
de fuerzas e instrumentos superiores
para poder seguir, del pensamiento
la senda, sin que nunca en confusiones
os sumerjan sus mil encrucijadas.
Después os dirán sabios profesores
cuantas cosas precisas son en actos
que teníais por simples hasta entonces.
Con la fabricación de pensamientos,
como con el telar, sucede, joven:
solo un golpe sacude miles de hilos,
Va la devanadera, viene y corre;
los hilos se remueven invisibles
y a miles los reúne un solo golpe.
El filósofo viene y os demuestra
que debe ser así, según el orden:
así era el primero y lo segundo
y así tercero y cuarto se disponen;
y si primero ni segundo hubiese
no habría cuarto ni tercero entonces.
Esto, los estudiantes mucho admiran,
mas no llegan a hacerse tejedores.
Quien quiere conocer algo, que viva,
la costra del Espíritu antes rompe

y luego, cuando tiene entre sus manos
todas las partes ve, ¡misericordia doble!,
que falta solo el lazo que las une:
Encheiresin naturae, este es el nombre
que la alquimia le da, sin saber cómo,
mofando de sus propias prescripciones.

EL ESTUDIANTE

¡No os entiendo muy bien!

MEFISTÓFELES

Entenderéisme
pronto cuando sepáis, cual corresponde,
clasificarlo y reducirlo todo.

EL ESTUDIANTE

Siento tal confusión y tal desorden
cual sí, en mis sienes, rueda de molino
volteara.

MEFISTÓFELES

Después de estas lecciones,
luego la metafísica os ocupe.
Allí veréis cómo comprende el hombre
lo que jamás cupiera en su cerebro
y tendréis abundantes, lindas voces
para cuanto entra en él y cuanto no entra.
Ante todo, en este año, tened orden.
Cinco clases tenéis en cada día
y no faltéis, del esquilón, al toque.
Bien, antes repasad vuestros cuadernos
y así saber podréis, con muchos goces,
no decir nada que no esté en el libro.

Solícito escribid vuestras lecciones
como si el Santo Espíritu os dictara.

EL ESTUDIANTE

Jamás lo olvidaré; pues se conoce
cuánto pueden servir: lo que está escrito
por do quiera nos sigue sin errores.

MEFISTÓFELES

¿Cuál facultad escogeréis?

EL ESTUDIANTE

No creo
que la jurisprudencia me acomode.

MEFISTÓFELES

No critico, en verdad, tal lejanía
pues sé de lo que el ramo se compone.
Como una enfermedad, así se heredan
el derecho y la ley que siempre corren
de edad a edad y de este al otro pueblo.
La razón, en locura se corrompe,
el alivio, en dolor y ¡ay! de los nietos.
Nunca se hacen, jamás indagaciones
de derechos que nazcan con nosotros.

EL ESTUDIANTE

Aumentan mi despego tales voces.
¡Feliz, feliz el que de vos aprende!
¡Tal vez la teología me acomode!

MEFISTÓFELES

Os diré, por lo que hace a esta otra ciencia,
pues no quiero induciros en errores,



Whitcomb inv. et lithog.

Ch. Muller, Imp. Editeur à Paris.

que es muy difícil huir las sendas falsas:
que en ella mucho tósigo se esconde
y de la triaca apenas se distingue.
En esto es lo mejor oír lecciones
de uno solo y jurar por su maestro
a las palabras, ante todo, joven.
A ellas os aferrad, y de seguro,
que de la certidumbre, al templo noble
llegaréis.

EL ESTUDIANTE

¡Pero habrá, en cada palabra
alguna idea!

MEFISTÓFELES

¡Bien! Pero hay razones
para no atormentarse mucho en eso.
Si idea falta, viene pues de molde
a ocupar su lugar una palabra.
Bien, muy bien, con palabras se disputa:
con ellas, un sistema se compone;
en las palabras, fe puede tenerse
y, por más que haga, nunca podrá el hombre
una jota quitar a una palabra.

EL ESTUDIANTE

Con mis preguntas, pídoos mil perdones,
tal vez os importuno; mas querría
oír de vuestros labios superiores
sobre la medicina una sentencia.
Tres años se nos pasan tan veloces
y, ¡ay Dios mío!, ¡es el campo tan extenso!
Gran cosa pues será que nos apoyen
consejos respetables.

MEFISTÓFELES, *para sí.*

Ya me cansa
el tono grave, démosle razones
dignas del Diablo.

(En alta voz.)

De la ciencia médica,
el espíritu, fácil se conoce.
Escudriñáis el mundo, chico y grande,
para que todo al fin se desarrolle
como Dios quiera. Vano es afanaros
por más satisfactorias conclusiones;
cada uno solo aprende lo que puede
y aquel que ase el momento, ese es un hombre.
Tenéis buen personal, y de seguro
no os faltarán los bríos que todo osen
y una vez que confiéis en vuestras fuerzas,
confiarán los demás en vuestras dotes.
Sobre todo atended a las mujeres;
sus innúmeros ayes y dolores
fácilmente se entienden y se curan
y con un medio acierto, vuestro nombre
será una maravilla para todas.
Preciso es un diploma que os apoye
para obtener al punto confianza
en vos y en vuestras sabias prescripciones;
ponderad vuestras artes y el saludo
dirigid con las gracias y primores
de muy antiguo amigo; ciudad luego
que suavemente el pulso se les tome
y mirad con malicia y fuego cuando
sus caderas toquéis, por ver sus goznes.

EL ESTUDIANTE

Me parece mejor esto con mucho;
siquiera bien se sabe el cómo y dónde.

MEFISTÓFELES

La teoría es gris y solo el árbol
dorado de la vida es verde, joven.

EL ESTUDIANTE

Os lo juro, yo estoy cual si soñara.
¿Podré esperar que en otras ocasiones
a oír yo vuelva ciencia tan profunda?

MEFISTÓFELES

¡Lo que uno sabe a todos corresponde!

EL ESTUDIANTE

Casi me es imposible retirarme;
pero antes, os suplico por los dioses,
que en mi álbum, venerable un testimonio
os dignéis escribir.

MEFISTÓFELES

¡De mil amores!
(*Escribe y se lo devuelve.*)

EL ESTUDIANTE, *leyendo.*

«Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum».
(*Saludando con reverencia cierra la puerta
y vase.*)

MEFISTÓFELES

Sigue el viejo proverbio y de la sierpe
mi comadre, las sólidas razones:

estoy seguro que esa semejanza
con Dios te ha de costar buenos dolores.
(*Entra Fausto.*)

FAUSTO
¿A dónde ya hemos de ir?

MEFISTÓFELES
A donde quieras
del mundo hemos de ver así las altas
como ínfimas esferas.
¡Con qué gusto y provecho bien extraños
tendrás estas lecciones!

FAUSTO
A pesar de mis años,
el arte de vivir yo no poseo.
Bien no saldrá el primer ensayo, creo.
Jamás pude holgado
sentirme en las brillantes reuniones;
chico ante otros me veo
y siempre he de sentirme embarazado.

MEFISTÓFELES
En eso la medicina no es escasa:
ten confianza, coraje
y sabrás todo el arte de la vida.

FAUSTO
¿Y cómo, de la casa,
será nuestra partida?
¿Dónde están tus caballos, carro y paje?

MEFISTÓFELES

Extendido, este manto
por el aire nos lleva;
pero para este viaje
que a muchos diera espanto,
creo, no traerás mucho equipaje.
Con un poquito de aire incandescente
que yo hago, sin cansar mano ni mente,
de tierra nos eleva
y la atmósfera, rápidos cruzando,
te iré felicitando
por verte comenzar tu vida nueva.

BODEGA SUBTERRÁNEA DE AUERBACH, EN LEIPZIG

Alegres bebedores.

FROSCH

¿Nadie bebe? ¿Nadie ríe?
¡No me pongáis esa cara!
Estáis hoy callados, lacios
cual montón de húmeda paja.

BRANDER

Tuya es la culpa que no haces
ni una sandez, ni una chanza.

FROSCH, *vaciándole un vaso de vino en la cabeza.*
¡Ahí tienes las dos!

BRANDER

¡Puerco!

FROSCH

¡Eso era lo que anhelabas!

SIEBEL

Fuera al punto quien se enoje.
Cantad con todas las ganas,
bebed, gritad. ¡Hola! ¡Oh! ¡Hola!

ALTMAYER

¡Ay de mí! ¡Un algodón traigan
que me parte las orejas!

SIEBEL

En el sonar las murallas,
se nota toda la fuerza
de un buen bajo.

FROSCH

Fuera salga
quien por algo se enojare.
¡Ta-ra-ra-ra!

ALTMAYER

¡Ta-ra-ra!

FROSCH

¡Buenas están las gargantas!

(*Canta.*)

*El Santo Romano Imperio,
¿cómo diantres se sostiene?*

BRANDER

¡Qué grima, canto político!
Cada día, a Dios dad gracias
que cuidar del Santo Imperio
a vosotros no tocara.
No ser uno emperador
ni canciller es ganancia;
mas como ha de haber un jefe
nos elegiremos Papa.
¡Ya sabéis cómo tal cosa
al hombre adorna y ensalza!

FROSCH, *canta.*
¡Señor ruiseñor arriba
y a mi amante saludad!.

SIEBEL
¡Saludos a la querida!
¡Olvídense tales mandrias!

FROSCH
A la querida, saludos
y besos, pese a tu rabia.
(*Canta.*)
¡Abrid! Muda está la noche
¡Abrid! ¡Tu amante ya espía!
¡Cerrad! ¡Que ya viene el día!

SIEBEL
¡Sí, cántala como quieras
y dale mil alabanzas!
Vendrá tiempo en que yo ría.
A mí me engañó, la ingrata,
y hará contigo lo propio.
Por amante, esa muchacha,
tenga un kobold que la lleve
entre las encrucijadas;
un chivato, cuando vuelva
de Blocksberg, saludos la haga
y se burle de sus dengues.
A mujer de tal calaña
no conviene, ni con mucho,
un mozo de buena cara,
ni hay que darle otro saludo
que apedrearle sus ventanas.

BRANDER, *golpeando en la mesa.*
¡Silencio! ¡Silencio! ¡Oídmel
Yo soy muchacho en las farsas
del mundo y como tenemos
personas enamoradas,
según sienta, voy a darles
algo que agrade a sus ansias.
¡Atención, pues! Del estilo
más moderno es la cantata.
El final cantadme todos
con la voz más fuerte y alta. (*Canta.*)

*Entre tocino y grasa
su nido hizo un ratón
y gordo semejaba
Lutero el gran doctor.*

*Mas como del veneno
que la criada le echó
y sufre cual si hubiese
en el cuerpo el amor.*

EL CORO, *con grita.*
¡En el cuerpo el amor!

BRANDER, *continuando.*
*Va, salta, corre y bebe
con desesperación;
rasguña, muerde todo,
mas vano es su furor.*

*El pobre bicho, saltos
de muerte muchos dio
que pena cual si hubiese
en el cuerpo el amor.*

EL CORO

¡En el cuerpo el amor!

BRANDER

*Llega hasta la cocina
ya loco de dolor,
salta y el miserable
en las brasas se asó.*

*Se ríe la asesina
mientras el pobre ratón
muere cual si tuviese
en el cuerpo el amor.*

EL CORO

¡En el cuerpo el amor!

SIEBEL

*¡Cómo tal cosa les place!
Por cierto, es bonita gracia
dar veneno a los ratones.*

BRANDER

¿Mucho pues a ti te agradan?

ALTMAYER

*Como panzón, compasivo.
Tal destino lo amilana
porque su retrato mismo
ve en la envenenada rata.*

(Entran Fausto y Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

Mostrarte quiero ante todo

a las personas que pasan
vida alegre, porque veas,
amigo, cómo sin nada,
fácilmente y bien se viva.
Para el pueblo, en esta estancia,
todos los días son fiesta:
con poco ingenio, a sus anchas,
cada cual gira en el baile
como el gato que se afana
tras la punta de su cola;
y mientras no les ataca
dolor de cabeza y mientras
crédito en el huésped hallan,
viven sin cuitas y alegres.

BRANDER

Esos de llegar acaban
de otra parte. Ver se deja
en sus maneras extrañas:
no hará una hora que han llegado.

FROSCH

Razón tienes, camarada,
a mi Leipzig yo conozco,
da a sus hijos cierta gala;
es un París en pequeño.

SIEBEL

¿Qué serán esos?

FROSCH

¡Aguarda!
Con buen vino, como a niños
tal vez los dientes se sacan,

su secreto arrancaréles.
Que son de una noble casa,
su orgullo y disgusto dicen.

BRANDER

Apostara alguna plata
que vienen corriendo ferias.

ALTMAYER

¡Quizás!

FROSCH

¡Entro ya en campaña!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

Nunca el pobre pueblo al Diablo
descubre ni aun cuando lo haya
delante sus mismos ojos.

FAUSTO

¡Yo os saludo!

SIEBEL

¡Muchas gracias
por la cortesía!

(Despacio mirando de soslayo a Mefistófeles.)

¡Mira!

¿No cojea el camarada?

MEFISTÓFELES

¿Nos permitiréis sentarnos
con vosotros? Cuando falta
buen vino que nos alegre,
la sociedad lo reemplaza.

ALTMAYER

¡Sois, sin duda, hombre corrido!

FROSCH

¿Tarde emprendisteis la marcha
desde Rippach? ¿Y no comisteis
con Juan, persona muy alta?

MEFISTÓFELES

Poco antes que él, hoy partiéramos,
tuvimos plática larga
la última vez que nos vimos,
de sus primos mucho hablaba
y me encargó que en su nombre
atento los saludara!

(Haciendo una cortesía a Frosch.)

ALTMAYER, *despacio*.

¡Parece pues que lo entiende!

SIEBEL

¡Es de broma!

FROSCH

¡Pero aguarda
que vuelvo!

MEFISTÓFELES

Si no me engaño,
¿voces muy ejercitadas
estaban cantando en coro?
La voz debe sonar grata
en bóveda tan bien hecha.

FROSCH

¿Sois un artista?

MEFISTÓFELES

No alcanzan,
aunque es el anhelo grande,
a eso, mis esfuerzos.

ALTMAYER

¡Vaya!

¡Un canto!

MEFISTÓFELES

¡Cuantos queráis!

SIEBEL

Que sea de las tonadas
más nuevas.

MEFISTÓFELES

¡Bueno! Llegamos
hoy justamente de España,
el país que por sus vinos
y sus cantos más se ensalza.

(*Canta.*)

*Hubo un rey en otro tiempo,
rey que un gran pulgón tenía...*

FROSCH

¿Escucháis? ¡Un pulgón! ¡Pulgas!
¡Malos huéspedes en cama!

MEFISTÓFELES, *continúa.*

Hubo un rey en otro tiempo,

*rey que un gran pulgón tenía
a quien cual si fuese un hijo
con paterno amor quería.*

*A un sastre llamó y le dijo,
cuando estuvo en sus salones,
tomadle bien la medida
para capa y pantalones.*

BRANDER

Cuide de tomar el sastre
la medida más exacta:
la vida le va en el corte
de pantalones y capa.

MEFISTÓFELES, *continúa.*

*Con terciopelo y con seda,
el pulgón vestido se halla
y vense sobre su pecho
más de un galón y medalla.*

*Pasa luego a ser ministro,
con los más grandes honores,
y en la Corte, sus hermanos
son todos grandes señores.*

*Nobles y damas de Corte
sufrían de las picadas;
la reina y su comitiva
eran bien atormentadas.*

*Y no se rasca ninguna
por que eso mal gusto indica;*

*mas nosotros nos rascamos
luego que alguna nos pica.*

EL CORO, *con grito.*
*Mas nosotros nos rascamos
luego que alguna nos pica.*

FROSCH
¡Bien, bravo!

SIEBEL
¡Guerra a las pulgas!

BRANDER
Los dedos, buenas tenazas
son para cogerlas.

ALTMAYER
¡Viva
la libertad, camaradas!
¡Viva el vino!

MEFISTÓFELES
Yo una copa
bebiera de buena gana,
de la libertad, en honra,
si un poco más me agradaran
vuestros vinos.

SIEBEL
¡A nosotros
no digáis tales palabras!

MEFISTÓFELES

Si el huésped no se enojase,
a personas tan honradas
diera algo mejor, por cierto,
de nuestra bodega.

SIEBEL

¡Vaya!
¡Hacedlo, pues, por mi cuenta!

FROSCH

Tendréis nuestras alabanzas
cuando lo hayamos probado;
mas que sean algo largas
las medidas porque gusto,
con buen trago, hacer la cata.

ALTMAYER, *en voz baja*.

¡Sois del Rhin a lo que veo!

MEFISTÓFELES

¡Que una barrena me traigan!

BRANDER

¿En dónde están vuestras cubas?

ALTMAYER

Allí tiene una canasta
con herramientas el huésped.

MEFISTÓFELES, *tomando la barrena dice a Frosch*.

¿Diga, cuál vino le agrada?

FROSCH

¿Qué me dice? ¿Tiene tantos?

MEFISTÓFELES

¡Sirvo según la demanda!

ALTMAYER, *a Frosch.*

Ya el labio te estás lamiendo
y la boca se te hace agua.

FROSCH

¡Bien! Ya que he de elegir, sea
vino del Rhin, que la patria
siempre lo mejor produce.

MEFISTÓFELES, *haciendo un barreno en el lugar de Frosch.*

Traed, para hacer las tapas,
cera.

ALTMAYER, *a Frosch.*

¡Son juegos de mano!

MEFISTÓFELES, *a Brander.*

¿Y usted?

BRANDER

¡Yo quiero champaña
y de lo más espumoso!

*(Mefistófeles barrena, mientras otro hace y pone
las tapas de cera.)*

BRANDER

Siempre las cosas extrañas

no se han de odiar que lo bueno
suele estar a gran distancia.
Un buen alemán no puede
sufrir de un francés la cara,
pero gusta de sus vinos.

SIEBEL, *cuando Mefistófeles se acerca a su lugar.*
Lo confieso, no me cuadra
el vino agrio; dadme dulce.

MEFISTÓFELES, *barrenando.*
¡Tendréis el Tokai de fama!

ALTMAYER
Míreme usted porque creo
que nos burla en nuestras barbas.

MEFISTÓFELES
Con tan nobles personajes
sería eso mucha audacia.
Pronto, responda usted pronto:
¿qué vino piden sus ganas?

ALTMAYER
¡Cualquiera, siendo al instante!

MEFISTÓFELES, *después de estar hechos y tapados todos los
agujeros, con gestos raros.*

Racimos cría la parra;
cuernos el chivo; madera
es la uva y el vino savia;
esta mesa también puede
darnos vino de sus tablas.
El arte profundo crea

maravillas; pues miradlas.
¡Quitad las tapas, gozaos!

TODOS, *sacan las tapas y ven que para cada uno
fluye el vino deseado.*
¡Oh! ¡Qué buen chorro el que mana!

MEFISTÓFELES
Cuidad, amigos, tan solo
que no se derrame nada.
(Beben repetidas veces.)

TODOS, *cantan.*
*Como cien mil quinientos
cerdos estamos contentos.*

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*
¡Bien está ese pueblo libre!

FAUSTO
¡Partamos que esto me cansa!

MEFISTÓFELES
La bestialidad, bien pronto
mostrarse verás; aguarda.

SIEBEL, *bebe sin cuidado, cae el vino a tierra y
se vuelve llama.*
¡Socorro! ¡Que arde el infierno!

MEFISTÓFELES, *a las llamas.*
¡Quieta, llama, fuego, basta!
(A los hombres.)

Esta vez del purgatorio
era tan solo la llama.

SIEBEL

¿Qué es eso? Ya veréis cómo
vais a pagar vuestras gracias.
No nos conocéis, parece.

FROSCH

¡Que por segunda vez lo haga!

ALTMAYER

Mejor nos fuera arrojarlo,
al instante, de la casa.

SIEBEL

Osa, con sus brujerías,
burlarnos en nuestras barbas.

MEFISTÓFELES

¡Calla, cuba!

SIEBEL

¿Con nosotros,
bribón, tan groseras mañas?

BRANDER

¡Van a llover bofetones!

ALTMAYER, *saca una tapa y brota fuego.*
¡Que me abraso!

SIEBEL

¡Jesús, magia!
¡Cerrad que el pícaro no huya!
(Sacan los puñales y se abalanzan contra Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES, *con gestos graves.*

¡Imágenes y palabras,
cambiad lugar y sentidos!
¡Do quiera mostraos falsas!
(Quédanse atónitos mirándose unos a otros.)

ALTMAYER

¿Dónde estoy? ¿Qué tierra es esta?

FROSCH

¿Veo bien? ¡Qué lindas parras!

SIEBEL

¡Y racimos a la mano!

BRANDER

¡Bajo esta sombra tan grata
ved qué vid y qué racimos!
(Agarra a Siebel de la nariz. Los otros hacen lo mismo recíprocamente y levantan los puñales.)

MEFISTÓFELES, *como antes.*

¡Error, su venda desgarró!
¡Ved pues cómo burla el Diablo!
(Desaparece con Fausto y ellos se separan unos de otros.)

SIEBEL

¿Qué hay?

ALTMAYER

¿Cómo?

FROSCH

¿Lo que agarraba
es tu nariz?

BRANDER, *a Siebel.*

¿Yo la tuya?

ALTMAYER

Llegóme hasta las entrañas
el dolor; dadme un asiento
que me caigo.

FROSCH

Camaradas,
¿qué ha sucedido?

SIEBEL

¿Y el hombre?
Si en mis manos lo agarrara,
no había de salir vivo.

ALTMAYER

Yo lo vi que cabalgaba...
en la puerta en una cuba...
Como si fuesen mis plantas
de plomo, los pies me pesan.

(*Volviéndose a la mesa.*)

¿Por qué aún el vino no mana?

SIEBEL

Todo era engaño, mentira
y apariencias.

FROSCH

Yo, por mi alma
creía beber buen vino.

BRANDER

Mas las uvas y las parras,
¿qué se hicieron?

ALTMAYER

¿Los milagros
nos dirán que son patrañas?

COCINA DE LA BRUJA

En un fogón al ras de la tierra, hay un gran caldero sobre el fuego. Entre los vapores que de allí se elevan, vense distintas figuras. Una mona está sentada junto al caldero espumándolo y cuidando que no rebose. El mono con los cachorros está sentado junto a ella, calentándose. Techo y paredes están adornados con los más raros utensilios de brujos.

Entran Fausto y Mefistófeles.

FAUSTO

Yo odio la hechicería
y todos sus engaños,
¿y tú siempre mantienes la porfía
de curarme entre objetos tan extraños?
¿Con sus drogas la vieja ha de quitarme,
de mi cuerpo, treinta años?
¡Ay, si algo de mejor no sabes darme!
Ya toda mi esperanza
completamente ha muerto.
¿Ni la naturaleza
ni el genio que tan alto se abalanza
remedio han descubierto?

MEFISTÓFELES

Yo debo encarecerte
que te expresas de nuevo como un sabio.
De rejuvenecerte

hay un natural medio;
pero de eso, en capítulo se trata,
estupendo, de un libro que no miente.

FAUSTO

¿Y cuál es?

MEFISTÓFELES

¡Es muy bueno! Sin remedio,
brujería ni plata
se alcanza fácilmente.
Ve al campo con el pico y con la asada,
contén tus sentimientos
y en una limitada
esfera también tente;
a puros alimentos
tus diarios apetitos circunscribas
y viviendo, con bestias, como bestia,
no sufra tu modestia
de abonar el terreno que cultivas:
este es el mejor medio, sin engaños,
de rejuvenecerte a noventa años.

FAUSTO

A tal cosa no estoy acostumbrado
y yo no sé cómo a la pala acuda.
Esa vida sería solo enfado.

MEFISTÓFELES

¡Pues entonces la bruja nos dé ayuda!

FAUSTO

¿Por qué ella solamente?
¿Tú mismo hacer no puedes la bebida?

MEFISTÓFELES

¡Fuera, por cierto, cosa divertida!
Hacer antes querría mil y un puente.
No solo el arte y ciencia
se necesita en la obra
sino también paciencia.
Es preciso ocuparse muchos años
en ella; con el tiempo, solo cobra
su fuerza, la bebida.
A más de eso, menjunjes bien extraños
son menester a fin de componerla.
Si; del Diablo la tienen aprendida,
pero él no puede hacerla.

(Mirando a los animales.)

¡Oh prole encantadora!
¡Ve la criada y criado! ¿Por lo visto
no está aquí la señora?

LOS ANIMALES

Comió, salió de casa
y fue a la chimenea con pie listo.

MEFISTÓFELES

¿Y cuánto tiempo por allí se pasa?

LOS ANIMALES

¡Tanto cuanto las patas calentamos!

MEFISTÓFELES

¿Qué dices de tan tiernos animales?

FAUSTO

Jamás yo los vi tales
y su vil catadura me disgusta.

MEFISTÓFELES

No tal: hablar con estos, lo asevero,
a mí mucho me gusta.

(A los animales.)

Muñecos maldecidos y sin cholla,
decid, ¿qué revolvéis en esa olla?

LOS ANIMALES

¡Potaje de mendigos!

MEFISTÓFELES

¡Vaya que a fe no os faltarán amigos!

EL MONO, *se acerca acariciando a Mefistófeles.*
Con el dado, opulento
me veré en el momento,
si el azar bien me trata.
Hasta aquí mal me ha ido:
si yo tuviese plata
tendría buen sentido.

MEFISTÓFELES

¡El mono, cuán feliz se creería
si pudiese jugar la lotería!

*(Mientras tanto los cachorros del mono juegan
con una gran bola y la hacen rodar hacia
adelante.)*

EL MONO

He aquí el mundo: se eleva
cae y así se lleva
sin llegar a su centro.
Como el cristal murmura.
¿Cuánta será su dura?

Está hueco por dentro,
rebrilla en toda parte;
¡retírate! con todo
hijito no te aflijas,
que al fin han de enterrarte.
Este mundo es de lodo
y siempre habrá vasijas.

MEFISTÓFELES

¿A qué pues ese harnero?

EL MONO, *lo toma.*

Si usted un ladrón fuera
luego lo conociera.

(Corre a donde la mona y la hace mirar por él.)

¡Ve por entre el harnero!
¿Al ladrón tú conoces
y al punto no das voces?

MEFISTÓFELES

¿Y qué es este caldero?

EL MONO Y LA MONA

¡Qué pobre mentecato!
¡Ya la olla no conoce ni el puchero!

MEFISTÓFELES

¡Oh, bestia mal criada!

EL MONO

Tomar el soplador, señor, te agrada
y siéntate aquí un rato.

(Obliga a Mefistófeles a que se siente.)

FAUSTO, *quien durante todo este tiempo ha estado delante de un espejo, a veces acercándose y otras alejándose de él.*

¿Qué es lo que veo? ¡Celestial trasunto
en este espejo mágico resbala!

Amor, préstame tu ala
y hacia él me lleve al punto.

¡Ay! si en este lugar yo no me quedo;
si mi pie acercarse osa,
solo como entre nieblas mirar puedo,
de una mujer, la imagen más hermosa.

¿Cierto es que la mujer tan bella sea?

¿Y será que yo vea,
en ese esbelto talle,
el resumen del cielo?

¿Que tal belleza se halle
en este pobre suelo?

MEFISTÓFELES

Naturalmente, cuando un Dios, al cabo
de sus seis días de continuas penas,
se dice alegre: «¡Bravo!»,
habían pues de ser las cosas buenas.
Saciarte ahora puedes con mirarla:
tal vez te dé tesoro tan divino,
¡oh, feliz quien cual novio, de abrazarla,
tenga el grato destino!

*(Fausto sigue mirando en el espejo. Mefistófeles
continúa hablando, estirándose en el asiento
y jugando con el soplador.)*

MEFISTÓFELES

Sentado en trono, un rey se me diría.
El cetro tengo aquí, mas la corona
me falta todavía.

(Los animales, que se han llevado haciendo toda clase de movimientos extraños traen a Mefistófeles, con gran grito, una corona.)

¡Dígnese su persona
que con sudor y sangre
se encole la corona!

(Van girando tan torpemente con la corona y la parten en dos pedazos con los cuales siguen saltando.)

¡Ay! ¡La despedazamos!
¡Hablamos y miramos!
¡Oímos y rimamos!

FAUSTO, *en el espejo.*
¡Ay de mí! ¡Casi estoy desatentado!

MEFISTÓFELES, *indicando a los animales.*
Ya a mí también me empieza
a marearse casi la cabeza.

LOS ANIMALES
Y si acertar logramos
si nos acomodamos.
Pensamiento mostramos.

FAUSTO, *como antes.*
¡Oh! ¡Vámonos al punto, que mi pecho
ascuas, volcán está hecho!

MEFISTÓFELES, *como antes.*
Por lo menos ya debe confesarse
que unos poetas son, y de alabarse.

(El caldero que la Mona ha descuidado empieza a desbordar; levántase una gran llama que sube hasta la chimenea. Por entre la llama y con gritos terribles baja la bruja.)

LA BRUJA

¡Ay! ¡Ay! ¡Bestia maldita!

Olvidaste de la olla

y la vieja se ampolla.

¡Bestia, bestia precita!

(Viendo a Fausto y Mefistófeles.)

¿Pero qué es lo que encuentro?

¿Y quienes son los tales?

¿Y cómo entraron dentro?

¡Fuego en vos, animales!

(Va con la espumadera al caldero y salpica con llamas a Fausto, Mefistófeles y los animales. Estos gimen.)

MEFISTÓFELES, *da vuelta el soplador que tiene en la mano, y golpea en las ollas y los vasos.*

¡Que por el suelo caigan

el caldo y baratijas!

Mas que no te distraigan,

Pelleja, aunque te aflijas.

(La bruja se va retirando llena de ira y de terror.)

¿Me reconoces, monstruo repugnante?

¿Reconoces a tu amo y tu maestro?

Mi cólera pujante,

en ti no sé por qué, ya yo no muestro,

y tus monos atroces.

¿Que no respetas la ropilla roja?

¿Ni la pluma de gallo ya conoces?
¿Oculto, acaso, el rostro? ¿O se te antoja
que yo deba decir mi nombre a voces?

LA BRUJA

El saludo brutal, señor, perdona,
yo no veo la pata de caballo.
¿Dónde están vuestros cuervos?

MEFISTÓFELES

Se te abona
todo por hoy; pues ciertamente que hallo
que no me ves, un tiempo desmedido.
La cultura, además, que alcanza al cabo
a todos, hasta el Diablo se ha extendido;
el fantasma del norte está en olvido:
¿en dónde ves tú, cuernos, garras, rabo?
Esta pata que me es inevitable
me haría mal entre hombres y chiquillas
y por eso me sirvo, mozo amable,
años hace, de falsas pantorrillas.

LA BRUJA, *bailando*.

¡Yo pierdo la razón casi y sentido
volviendo a ver a Satanás Hidalgo!

MEFISTÓFELES

¡Ese nombre te queda prohibido!

LA BRUJA

¿Por qué? ¿Te ha hecho, acaso, algo?

MEFISTÓFELES

Mucho ha que ese a la fábula ha pasado;

mas con ello, los hombres no han ganado
si del Malo, en verdad, se deshicieron.
los malos han quedado.
Barón has de llamarme;
caballero yo soy como lo fueron
y lo son tantos otros.
No puedes tú negarme
mi nobleza de sangre entre nosotros.
Y para que no arguyas,
estas las armas son que yo he traído.
(*Hace un gesto indecente*).

LA BRUJA, *riendo a carcajadas*.
¡Es una de las tuyas!
¡Ja! ¡ja! ¡Travieso, como siempre ha sido!

MEFISTÓFELES, *a Fausto*.
No des esto al olvido
que de tales maneras
gustan las hechiceras.

LA BRUJA
¿Qué serviros podría?

MEFISTÓFELES
Un buen vaso del bálsamo precioso
pero del mas añoso
porque los años doblan su energía.

LA BRUJA
Con mucho gusto; aquí tengo una botella
que ya absolutamente nada hiede;
beber yo suelo de ella;

y con gusto un vasito os daré ahora.

(En voz baja.)

Si sin preparación se lo echa al pecho,
este hombre, cual sabéis, no vive una hora.

MEFISTÓFELES

Es buen amigo y le ha de hacer provecho.
Que le sean yo ordeno
tus menjunjes y tu arte muy seguros:
haz tus círculos, habla tus conjuros
y dale vaso lleno.

(La Bruja, traza, con los más raros gestos, un círculo dentro del cual coloca extrañas cosas; entre tanto comienzan los vasos de vidrio y los calderos a resonar formando una música. Al fin trae un gran libro, coloca dentro del círculo a los monos, los cuales le sirven de atril y para tener la antorcha. Ella hace señas a Fausto para que se le acerque.)

FAUSTO, a Mefistófeles.

¿Qué quiere decir esto?
Juego tan repugnante,
tanta sandez, tanto furioso gesto
los conozco y disgústanme bastante.

MEFISTÓFELES

Para risa son tales movimientos;
mas no te den coraje,
ella hace, como médico, aspavientos
para que a ti te asiente su brebaje.
(Obliga a Fausto a entrar en el círculo.)

LA BRUJA, *con gran énfasis comienza a declamar,*
leyendo en el libro.

¡Esto te recomiendo!
Haz de uno, diez; retiras
dos y así tres haciendo,
rico al punto te miras,
el cuarto destruyendo,
de cinco y seis, sin pena
tú has de hacer ocho y siete.
Cual la bruja promete
y así todo se llena,
sabe que nueve es uno
y que diez no es ninguno.
¡Nuestra tabla de cuentas así suena!

FAUSTO

¡Me parecen delirios de beodo!

MEFISTÓFELES

Y no acabará pronto, te prometo.
Yo sé muy bien que así es el libro todo.
Años he en él perdido
porque absurdo completo,
a necio y entendido,
siempre es hondo secreto.
Este arte es viejo y nuevo, mi querido,
y hogaño como antaño,
con uno y tres, tres y uno,
en vez de la verdad, se cursa engaño.
Así se enseña y charla, ciertamente
sin óbice ninguno.
¿Quién gusta de irritar la necia gente?
Creen, por lo común, los pobres hombres

alguna idea descubrir presente
en todos los que escuchan vanos nombres.

LA BRUJA, *continúa*.

Está la fuerza inmensa
del saber para todos escondida.
Y es de quien menos piensa
sin cuidados, un día recibida.

FAUSTO

¡Qué decir disparates!
Me mata tanto estruendo
y se me antoja que estuviera oyendo
todo un enjambre de cien mil orates.

MEFISTÓFELES

¡Basta, ya basta, sin igual sibila!
Trae acá tu poción; la copa llena
hasta el borde, tranquila,
porque no ha de hacer pena
ese trago a mi amigo,
que es hombre cuya fama en la aula truena
y no ha sido de tragos enemigo.

*(La Bruja, con muchas ceremonias escancia la
bebida en una copa. Al llevarla Fausto a la
boca se levanta una llamita.)*

MEFISTÓFELES

¡Al cuerpo! ¡Vamos, ea!
Con ella el corazón se regocija.
El diablo te tutea
¿y es dable que esa llama a ti te aflija?

(La bruja rompe el círculo. Fausto sale de él.)

MEFISTÓFELES

¡Afuera! ¡Para que hagas ejercicio!

LA BRUJA

¡Ojalá que el traguito os aproveche!

MEFISTÓFELES, *a la bruja.*

Si tú quieres pedirme algún servicio,
en Walpurgis lo harás.

LA BRUJA

Sí, que yo no eche
en olvido tal cosa.

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

Vamos ligeros y de mí no dudes.
Es menester que sudés
para que esa energía misteriosa
sea toda absorbida
en tu naturaleza.
Yo, la noble pereza
te enseñaré en seguida
y verás, con el alma complacida,
cómo Cupido empieza
a agitarse y saltar.

FAUSTO

¡En el espejo
déjame dar mirada presurosa!
¡Cuánto esa imagen cuánto era, ¡ay!, hermosa!

MEFISTÓFELES

¡No, no, yo no te dejo!
El dechado de todas las mujeres,

no en una imagen, mas de vida llena
te encontrarás bien pronto satisfecho.

(En voz baja.)

Con tal jugo en el pecho,
has, en cada mujer, de ver a Helena.

CALLE

Fausto. Margarita pasando por la calle.

FAUSTO

Mi bella señorita, ¿osar podría
ofreceros mi brazo y compañía?

MARGARITA

Señorita no soy, tampoco bella
y muy bien puedo a casa irme sin ella.
(Se desembaraza de él y sale.)

FAUSTO

¡Oh! Bella es esta niña, ¡vive el cielo!
cómo nunca la he visto en este suelo.
Tan modesta, sencilla, ruborosa
y al mismo tiempo un tanto desdeñosa.
Jamás olvidaré su tez rosada,
labio rojo y mejilla delicada.
Sus ojos que a la tierra se bajaron,
para siempre, en mi pecho se estamparon.
¡Oh, deleita mirar niña tan bella!
(A Mefistófeles que entra.)
¡Procúrame al instante esa doncella!

MEFISTÓFELES

¿Cuál?



FAUSTO

¡Esa que allí va!

MEFISTÓFELES

Ya la diviso.

De do viene que sepas es preciso.
Sale del templo y mientras confesaba
al fraile sus pecados, yo me estaba
junto al confesionario con prudencia
y te aseguro, toda es inocencia;
así verás tú mismo que convengo
en que poder sobre ella yo no tengo.

FAUSTO

¡Y ya cumplido habrá sus catorce años!

MEFISTÓFELES

Hablas como Jerónimo de Apaños
que quiere para sí todas las flores
y piensa que no hay gracias ni favores
que él no pueda coger; mas, sin embargo,
no siempre se consigue.

FAUSTO

¡Tiempo largo
hay para discursos y sermones!
Sabe pues, en cortísimas razones,
que si esa niña tan gentil y hermosa,
esta noche, en mis brazos no reposa,
me separo de ti.

MEFISTÓFELES

Piensa un poquito
en lo que puedo hacer; yo necesito,

solo para empezar este negocio,
lo menos quince días.

FAUSTO

Si horas de ocio
tuviese, necesario no me fuera
diablo para que yo la sedujera.

MEFISTÓFELES

Hablas como un francés y estás violento.
¿Se goza más por ser en el momento?
Nada hay que más placer al fin nos deje
como ver, tras sutil teje maneje,
que la muñeca cae en nuestras manos
cual lo enseñan mil cuentos italianos.

FAUSTO

¡Sin eso, yo resiento la lujuria!

MEFISTÓFELES

Dejando burla y dejando injuria
digo que sin esfuerzo ella no cede;
la precipitación de nada puede
servirnos; ¡que el ardid nos favorezca!

FAUSTO

¡Tráeme algo que a ese ángel pertenezca!
¡Llévame a la mansión donde reposa!
Procura a mi ansiedad alguna cosa
que la calme: ¡un pañuelo o una liga!

MEFISTÓFELES

Para que mal de mí ya no se diga,

te voy ahora mismo, en el momento,
a llevar a su propio alojamiento.

FAUSTO

¿La veré? ¿La tendré?

MEFISTÓFELES

¡No! La menina,
en la casa, estará, de una vecina.
Y tú, entre tanto, solo enteramente,
feliz, podrás saciarte en el ambiente
que su cuerpo rodea, embebecido
en el celeste goce prometido.

FAUSTO

¡Vamos pues!

MEFISTÓFELES

¡Es temprano todavía!

FAUSTO

¡Quiero para ella un don! (*Sale.*)

MEFISTÓFELES

Por vida mía,
todo vencen preseas y collares.
Yo conozco muy bien lindos lugares
y tesoros escondidos a la vista.
¡Bueno será pasar una revista! (*Sale.*)

NOCHE

Un cuarto chico y limpio.

MARGARITA, *trenzándose y atándose
las trenzas de su pelo.*

Algo daría por saber quién era
el caballero de hoy. La bella frente
y mirada altanera,
su nobleza proclaman altamente...
y de no, ¡tan osado nunca fuera! (*Sale.*)

Mefistófeles y Fausto

MEFISTÓFELES

¡Adentro, mas con tiento!

FAUSTO

¡Déjame solo aquí!

MEFISTÓFELES, *escudriñándolo todo con la vista.*

Tan exquisita
no será toda niña en sus faenas (*Sale.*)

FAUSTO, *mirando en torno suyo.*

¡Salud, dulce crepúsculo que llenas
este santuario con tu suave aliento!
¡Oh de amor, dulce cuita,
oh amor siempre sediento

del rocío sutil de la esperanza,
ven, ven y de mi pecho te apodera!
¡Cómo la paz, el orden, el contento
respiran donde quiera!
¡Aquí, en esta pobreza, tanta hartura!
¡Aquí, en esta prisión tanta ventura!

*(Arrojándose sobre el sillón de cuero junto a la
cama.)*

¡Recíbeme en tus brazos, tú que a tantos,
en ya lejanos días,
con goces o con llantos,
quieto recibirías!
Cuántas veces, de niños, grupo tierno,
lleno de gozos ¡ay! habrá cercado
este trono paterno.
Quizá aquí, a Jesús agradecida,
con su rostro gentil y nacarado,
ella pía ha besado,
del abuelo, la mano enflaquecida.
Tu espíritu, oh doncella, me circuye,
ese espíritu de orden y abundancia
que cual madre te instruye
cuando el lino en la mesa tú devuelves
o derramas la arena por el suelo.
¡Mano querida, divinal, tú vuelves,
este cortijo, un cielo!

(Levanta una cortina del lecho.)

¡Miedo, deleite a conmoverme empieza!
¡Qué días halagüeños
pasaría yo aquí! Naturaleza,
tú aquí ese ángel criaste en ledos sueños;
ella aquí, aquí ha dormido

de hirviente vida, el tierno pecho henchido,
y aquí, siempre más puro y más sagrado,
creció y creció su divinal dechado.

¿Y tú a qué vienes? ¡Cuánto
me siento conmovido!
¿Qué buscas? ¿Por qué tanto
te has, oh mísero Fausto, entristecido?
¡Ya no te reconozco! ¿Misteriosos
hechizos tiene el aire que me orea?
Solo gozar, gozar en el momento,
mi corazón desea,
y me hundo en vagos sueños amorosos.
¡Juguetes somos del soplar del viento?

Y si acaso ella entrara en este instante
¡oh! ¡cómo espiarías tu atentado!
¡Cuán pequeño, el gigante
sería, humilde ante ella prosternado!
(*Entra Mefistófeles.*)

MEFISTÓFELES

¡Ligero que ya viene!

FAUSTO

¡Adiós, por siempre! ¡Vamos!

MEFISTÓFELES

¡A otra cosa atendamos!
Aquí traigo esta caja
grave con lo que tiene.
Ea, pónsela pues en su alacena;
loca se volverá, viéndola llena
de tanta rica alhaja

que harán fácil faena
triunfar de cuantas niñas se acomete:
y en verdad, ¡a tal niño tal juguete!

FAUSTO

¿Deberé yo quizás?

MEFISTÓFELES

¿Dudas, ahora?
¿Quieres la caja para ti guardarte?
Entonces yo me atrevo a aconsejarte
ahorres la pasión que te devora,
con su calor tan raro
y a mí cualquier trabajo que viniere.
¡No esperaba que fueses un avaro!
Mas haya lo que hubiere
yo me rasco y las manos me refriego...
(*Pone la cajita en la alacena y vuelve a cerrarla.*)

¡Ea! ¡Salgamos luego!
De muchacha tan joven y hechicera
quieres hacerte dueño
y te estás cual si fuera
dentro del aula o como si viniera
en cuerpo y alma y con adusto ceño,
la Física o Metafísica. ¡Ea! ¡Afuera! (*Salen.*)

MARGARITA, *entra con una lámpara.*

¡Qué bochorno hay aquí! (*Abre la ventana.*)
Antes que entrara
no sentía calor tan fastidiosa.
Siento algo que explicarme yo no puedo...
Ojalá que mi madre ya llegara,

temblando estoy de miedo...
¡Vaya! ¡Soy una loca, una miedosa!
(*Canta mientras se desviste.*)

*Hasta la tumba, constante
un rey en Thulé existió
a quien, muriendo, su amante,
una copa de oro dio.*

*En las fiestas, la apuraba,
a todo la prefería,
y de gozo se extasiaba
siempre que en ella bebía.*

*Cuando su muerte acercó,
contó sus ciudades bellas;
a su heredero las dio;
mas no la copa con ellas.*

*A los nobles que él gobierna,
quiso un día festejar
en la alta sala paterna
del castillo junto al mar.*

*Allí bebió, entre su tropa,
de la vida, el postrer trago,
y arrojó la santa copa,
al seno del mar aciago.*

*La vio caer y llenarse
y en el mar desaparecer;
su vista empezó a nublarse;
nunca más volvió a beber.*

(Abre la alacena para guardar sus vestidos y ve la cajita de alhajas.)

Esta caja estupenda,
¿cómo aquí? Yo cerré bien el armario.
¡Vaya, es extraordinario!
Pero, ¿qué contendrá? Quizás, en prenda,
hoy a mi madre se la habrán dejado.
Aquí cuelga la llave.
A ver, si abrirla sabe.
¿Qué miro? ¡Dios eterno!
¡Nunca tal en mi vida he divisado!
¡Oh cuán hermoso terno!
La señora más noble y opulenta
lo ostentara en las fiestas más lujosas.
A ver, ¿este collar cómo me sienta?
¿De quién serán alhajas tan preciosas?
(Se adorna con ellas y mírase al espejo.)

¡Si solo los zarcillos fueran míos!
Cuán otra así me veo.
¿De qué la juventud y la hermosura?
Tan solo los desvíos,
o cuando más, por compasión, alcanza
todo nuestro deseo,
insípida alabanza.
Tras del oro, el mundo se apresura;
por la riqueza, todos son guiados.
¡Ay de nosotros, pobres desgraciados!

PASEO

*Fausto pensativo paseándose. Entra digiriéndose a él
Mefistófeles.*

MEFISTÓFELES

¡Por el amor desdeñado!
¡Por todo el fuego infernal!
Algo peor saber quisiera,
para mi rabia exhalar.

FAUSTO

¿Qué es lo que tanto te come?
¡No vi tal gesto jamás!

MEFISTÓFELES

Me diera a todos los diablos
sí de ellos no fuese ya.

FAUSTO

¿Qué te confunde y te torna
así en un loco de atar?

MEFISTÓFELES

Las joyas que ornar debían,
de tu niña, la beldad,
agarróselas un fraile.
He aquí cómo vino el mal.
Luego que las vio, la madre
se comenzó a recelar

y como tiene un olfato
de extraña sutilidad,
pues que en su Devocionario
siempre hociqueando está
y oliendo todos los muebles
para saber si serán
sagrados o bien profanos,
halló que en el sin igual
terno, muchas bendiciones
no debían anidar.
«Hija, cosas mal habidas
a cuerpo y alma hacen mal.»
Dijo: «De Dios a la madre
consagraremos, con piedad,
estas joyas y de lo alto
recompensarnos sabrá.»
Hizo muecas Margarita
tal razón al escuchar,
y entre sí se dijo: «¡Cuando
tan ricas joyas se dan
no hay para qué hacer pesquisas;
quien las trajo aquí, en verdad,
no debió ser un impío.»
Por llamado maternal,
al instante vino un fraile
quien, después de examinar
las joyas, las codiciaba
y exclamó con gravedad:
«¡Muy bien pensado! ¡Quien sabe
vencerse, ese ganará!
Un buen estómago tiene
la Iglesia y nunca jamás,
por tierras que haya tragado,
se ha podido repletar;

los bienes mal habidos, solo
la iglesia puede, en verdad,
digerir, hermanas mías.»

FAUSTO

Uso es ese general
entre reyes y judíos.

MEFISTÓFELES

Y luego, anillos, collar
va sacando indiferente
y después, sin más ni más,
cual si fuesen solo nueces
se los toma y muy formal
promete celestes dones:
con lo que deja al buen par
muy contrito.

FAUSTO

¿Y Margarita?

MEFISTÓFELES

Llena de inquietud está;
no sabe qué hacer; no sabe
ya cuál es su voluntad
y de día y noche piensa
en las joyas, pero aun más
en el que se las llevara.

FAUSTO

Sus pesares me hacen mal.
Procúrale en el instante
otro más hermoso ajuar.
¡No lo era mucho el primero!

MEFISTÓFELES

¡Oh! ¡Para el señor nada hay
que no sea niñería!

FAUSTO

Cumple con mi voluntad.
De su vecina, hazte amigo.
No diablo de mazapán
seas y llévale al punto
otras joyas.

MEFISTÓFELES

Sí, se hará
con todo gusto, amo mío. (*Sale Fausto.*)
Locos de esta calidad
harían sol, luna y astros
en la atmósfera saltar,
por dar un rato de gusto
a su querida beldad. (*Sale.*)

CASA DE LA VECINA

MARTA, *sola*.

¡Perdone Dios a mi marido! ¡Vaya!
¡Portarse así conmigo! Que yo viva
sola, mientras él corre por el mundo.
Yo causarle pesar nunca quería;
sábelo Dios, de corazón lo amaba. (*Llora.*)
¡Quizá ha muerto! ¡Oh dolor! ¡Si una noticia
segura yo tuviese!

MARGARITA, *entrando*.

¡Marta, Marta!

MARTA

¿Qué hay pues?

MARGARITA

¡Oh qué placer! Una cajita
igual en todo a la otra hallé en mi armario
y con joyas mejores y más ricas
que las primeras.

MARTA

Madre no lo sepa
porque a su confesor las llevaría.

MARGARITA

¡Ve, qué riqueza! ¡Ve!

MARTA, *adornándola con ellas.*

¡Feliz criatura!

MARGARITA

No poder en la calle, ¡qué desdicha!,
ni en la iglesia mostrarme así ataviada.

MARTA

Ven aquí y en secreto, podrás niña
ornarte de estas joyas, pasearte
ante el espejo, llena de alegría
durante algunas horas, esperando
una buena ocasión que al fin permita
algo mostrar a las demás personas;
primero, la cadena, y en seguida,
los pendientes; si extraña algo tu madre,
para calmarla hay buenas engañifas.

MARGARITA

No puedo comprender por quién ni cómo
han podido venir las dos cajitas.

(*Golpean.*)

¡Dios! ¿Si será mi madre la que llama?

MARTA, *aguaitando por la cortinita.*

No, que es un extranjero, amiga mía.

MEFISTÓFELES, *entrando.*

Mi libertad dispensaréis, señora.

(*Retrocediendo respetuosamente ante Margarita.*)

Yo quisiera tener solo noticias
de la señora Marta de Schewerdtlein.

MARTA

Yo soy; ¿qué es lo que usted pretendería?

MEFISTÓFELES, *en voz baja a ella.*

Ya la conozco y esto me es bastante,
que ahora tiene usted noble visita
y en la tarde podré venir a verla.

MARTA, *en voz alta.*

Por dama principal te toma, niña,
este señor.

MARGARITA

¡Ay! El señor se engaña;
pobre soy, que estas joyas no son mías.

MEFISTÓFELES

No son solo las joyas; usted tiene
un porte y un mirar... ¡Me regocija
poder quedarme aquí!

MARTA

¡Saber anhelo!...

MEFISTÓFELES

¡Daros más gratas nuevas yo querría!
Y que por esto no me odiéis, confío:
¡partió vuestro marido de esta vida!

MARTA

¡Murió! ¡Tan buena alma! ¡Ay! ¡Yo fenezco!
¡Mi marido murió!



MARGARITA

¡Marta querida,
no desespere usted!

MEFISTÓFELES

¡Oíd la historia!

MARGARITA

Nunca, jamás a nadie yo amaría,
tales pérdidas son insoportables.

MEFISTÓFELES

Penas tienen los goces, y alegrías,
los dolores.

MARTA

¡Su fin, señor, contadme!

MEFISTÓFELES

San Antonio de Padua, en su capilla
le otorgó, para siempre, un fresco lecho.

MARTA

¿Nada me trae usted? ¡Pronto lo diga!

MEFISTÓFELES

Sí, una súplica grande y bien pesada;
que usted le haga decir trescientas misas.
Mas no me dio para ello ni un ochavo.

MARTA

¿Ni una nada señor? ¿Ni una alhajita,
de aquellas que se guardan por memoria

y que antes de venderla, se mendiga
y se perece de hambre?

MEFISTÓFELES

Yo me duelo
de ello; pero el triunfo no tenía
el vicio del derroche; de sus faltas
mucho se arrepintió; de sus desdichas,
aun más se lamentó.

MARGARITA

¡Que los mortales
sean tan infelices! Yo contrita,
unos responsos rezaré por su alma.

MEFISTÓFELES

Con ese garbo y gracias, debería
casarse luego usted.

MARGARITA

No, por ahora.

MEFISTÓFELES

Si no por un marido, se principia
por un galán; es un placer celeste
hacerle y recibir tiernas caricias.

MARGARITA

¡No es ese el uso del país!

MEFISTÓFELES

¡No importa!
¡Todo al fin se acomoda!

MARTA

¡Bien! ¡Prosiga!

MEFISTÓFELES

Yo estuve junto al lecho de su muerte
que de mejor que estiércol consistía
—medio pútrida paja—, cual cristiano
murió. De su vagancia asaz continua,
se confesó y así exclamaba: «¡Cuánto,
debo, ¡ay!, odiar mis faltas y malicias!
¡Dejar a mi mujer, dejar mi oficio!
Me mata este recuerdo. ¡Si ella, pía,
me perdonase en este mundo!»

MARTA, *llorando*.

¡Pobre!

¡Tiempo ha que perdonara sus faltillas!

MEFISTÓFELES

«¡Pero ella más que yo, tuvo la culpa!»

MARTA

¡Miente! ¡Decir, muriendo, tal mentira!

MEFISTÓFELES

Quizás ya, a lo que entiendo, deliraba.
«¡Para mí —continuó— cese no había,
primero, hijos, después, el pan para ellos
ganado en las faenas más prolijas
y aun así no encontraba ni un instante
de paz, para un bocado de comida!»

MARTA

¡Mi amor así olvidar y mi constancia
y todo mi afanar de noche y día!

MEFISTÓFELES

No, pensaba en usted. Así me dijo:
«¡Cuando a Marta dejé, por mi familia,
oré con gran fervor y así es que el cielo
bien propicio me fue, pues una rica
nave que, del Sultán, plata llevaba,
tomamos con la nuestra y ese día
tuvo su premio la bravura; y parte,
como otros, recibí de la conquista!»

MARTA

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quizás la habrá enterrado?

MEFISTÓFELES

Do el viento la llevó, ¿quién adivina?
Como extranjero, en Nápoles estando,
su porte cautivara a bella niña
que le fue tan constante y cariñosa
que aun moribundo de ella no se olvida.

MARTA

¡Bribón que roba hasta a sus hijos propios!
¡Ni los trabajos, la pobreza misma,
su mal vivir jamás cambiar pudieron!

MEFISTÓFELES

Quizás, por eso, ha muerto. Es bien la diga
que yo, en lugar de usted, llevara luto
algún tiempo, y después, me buscaría
otro marido.

MARTA

¡Oh Dios! ¡No me es tan fácil
hallar otro como él, en esta vida!
No se hallara un loquito tan amable.
Sus solas faltas eran la continua
vagancia, vinos y mujeres de otros
y los malditos dados todavía.

MEFISTÓFELES

¡Oh, no era mucho, siempre que él prudente
también le disculpara sus faltillas;
con tal conducta, a la verdad, yo mismo,
trocara con usted, nuestras sortijas!

MARTA

¡Usted gusta de bromas!

MEFISTÓFELES, *para sí.*

Mas salgamos
ya de una vez; que ella capaz sería
de tomar la palabra al mismo Diablo.
(*A Margarita.*)
¿No ansía su corazón por otras dichas?

MARGARITA

¿Qué quiere usted decirme?

MEFISTÓFELES, *para sí.*

¡La inocente!
(*En voz alta.*)
¡Mis señoras, adiós!

MARGARITA

Adiós.

MARTA

Permita
una palabra más; tener quisiera
un testimonio auténtico que diga
do y cómo fue enterrado mi tesoro.
Gustar del orden nunca perjudica,
y no fuera de más, en las Gacetas,
ver también, de su muerte, la noticia.

MEFISTÓFELES

De dos testigos, la palabra acorde,
la verdad donde quiera patentiza.
Yo tengo un buen amigo, bello mozo
que también dirá al juez lo que precisa
y lo traeré aquí.

MARTA

¡Bueno, muy bueno!

MEFISTÓFELES

¿Estará aquí también la señorita?
Es guapo mozo y ha viajado mucho
y es lo más cortesano con las niñas.

MARGARITA

¡Delante ese señor, tendré vergüenza!

MEFISTÓFELES

No debéis, ni ante reyes, de sentirla.

MARTA

En el jardín de casa esperaremos
esta noche, anhelantes tal visita.

CALLE

FAUSTO, *a Mefistófeles*.
¿Qué hay? ¿Cederá?

MEFISTÓFELES
¿Tanto fuego
ya tus deseos agita?
Pronto, tal desasosiego
te aliviará Margarita.
Podrás la esta noche ver
en casa de su vecina
que es como mandada a hacer,
por lo alcahueta y ladina.

FAUSTO
¡Bien!

MEFISTÓFELES
¡Mas servirla debemos!

FAUSTO
Sí; servicio por servicio.

MEFISTÓFELES
Es menester que la demos
un buen testimonio en juicio,
de que en Padua está enterrado
el cuerpo de su marido,
por cierto, en lugar sagrado.

FAUSTO

Como a Padua no hemos ido,
el viaje haremos primero.

MEFISTÓFELES

¡Santa Simplicitas! ¡Paso!
Que sea o no verdadero
el entierro, no hace al saco.

FAUSTO

¡No haré cosa tan rastrera!

MEFISTÓFELES

¡Así un santo tú serás!
¿Será esta la vez primera
que, en falso, atestiguaras?
¿No has dado, de Dios, del mundo
y cuanto en él se remueve,
y de lo que en lo profundo,
la mente humana conmueve,
con mucha más osadía,
hinchadas definiciones
y comentarios a porfía?
Haciendo tus reflexiones
sobre ello, confesarás
que entre tanto y tanto punto,
no sabías, Fausto, más
que del tal Schewerdtlein difunto.

FAUSTO

¡Eres siempre el mentiroso!
¡Sofista! ¡El más imprudente!

MEFISTÓFELES

Mas, compararme yo no oso,
en verdad, con cierta gente.
¿Mañana, con todo honor,
no irás donde Margarita?
¿Y no jurarás amor
inmenso a la pobrecita?

FAUSTO

¡Sí, de corazón!

MEFISTÓFELES

¡Muy bien!

Luego vendrá la pasión,
eterna, única, ¿también
saldrá esto del corazón?

FAUSTO

Sí, sí. ¡Basta! ¡Cuando siento
la ansiedad en que batallo,
nombres busco al sentimiento
y nombres dignos no le hallo;
después, en desasosiego
yo busco el más exquisito
verbo, y este ardiente fuego
en que me abraso, infinito,
eterno, lo llamo, eterno...
Y esto también, ¿ilusión,
hija será del infierno?

MEFISTÓFELES

¡No obstante, tengo razón!

FAUSTO

¡Basta que ya me atosiga!
Quien quiere triunfo obtener
y de hablar no se fatiga,
se sale con su querer.

Dame mucha desazón
esta plática enojosa,
y tienes al fin razón;
no puedo hacer otra cosa.

JARDÍN

*Margarita, del brazo con Fausto, y Marta, con
Mefistófeles, paseándose de un lado a otro.*

MARGARITA

Lo sé muy bien; usted a mí descende,
por verme avergonzada.
Un viajero, por bondad, entiende
hacer tal bufonada:
yo sé que tan experto personaje
no se avenga ni instruya
con mi pobre lenguaje.

FAUSTO

Una mirada, una palabra tuya
contiene en sí, más que la ciencia entera
de esta tierra grosera. (*Besando su mano.*)

MARGARITA

¡No se incomode usted! ¿A qué besarla?
Es bien poco gentil para admirarla.
Todo con ella, todo se trabaja,
¡y es mi madre, del orden, tan amiga! (*Pasan.*)

MARTA

¿Y así, señor, usted siempre viaja?

MEFISTÓFELES

¡Ay! A eso nos obliga,

de un deber o negocio, la exigencia.
Mas, cuán triste se deja ciertos sitios
en que fuera regalo
poder uno alargar su permanencia.

MARTA

Por el mundo correr, mientras nos dura
la fuerza juvenil, es placentero;
pero verse uno, llegando el tiempo malo,
ir a la sepultura
así, solo y soltero,
nadie podrá con eso acomodarse.

MEFISTÓFELES

¡De lejos, con horror, lo considero!

MARTA

¡Entonces, pues, con tiempo prepararse!
(*Pasan.*)

MARGARITA

¡Y olvidada, sí, luego que se ausente!
Es costumbre, en usted la cortesía;
más que yo inteligente
es cualquiera de vuestra compañía.

FAUSTO

¡Oh mujer excelente!
Sabe, lo que tal llaman, con aplomo,
suele ser vanidad, torpeza.

MARGARITA

¿Cómo?

FAUSTO

¡Ay!, que la sencillez y la inocencia
nunca a sí mismas, nunca se conozcan.
Ni nunca su excelencia
tampoco reconozcan.
Que la modestia, la humildad, los dones
más sublimes que amante
naturaleza en todo repartiera...

MARGARITA

¡Oh!, piense usted en mí solo un instante,
que yo, tiempo y manera,
de pensar en usted, tendré bastante.

FAUSTO

¿Y usted sola lo pasa?

MARGARITA

Aunque pequeña, hay que atender la casa.
No tenemos sirviente
y cocinar, coser, es necesario,
y aquí y allá correr días y noches.
Mi madre es exigente
y, por una nada, háceme reproches.
Es así, aunque, en verdad, no necesita,
esa estrictez mi madre;
que buena fortunita
heredamos nosotros
cuando murió mi padre;
cerca de la ciudad está, situado
el huerto que rodea la casita.
Pero ya con más calma ahora vivo:
mi hermano es hoy soldado;
murió mi otra hermanita

y, aunque para sufrir tuve motivo,
yo tanto la quería
que otra vez los tormentos sufriría
que la niña me daba.

FAUSTO

¡Era un ángel si a ti se parecía!

MARGARITA

Yo la crié, por eso me adoraba.
Nació después de muerto nuestro padre
y casi no creíamos tampoco
viviese nuestra madre
que se fue recobrando poco a poco.
Así es que no podía
dar el pecho a la pobre criatura;
entonces yo, con leche y agua pura,
solita la crié; la hice, pues, mía.
En mis brazos, henchida de contento,
la vi crecer, andar y sonreírse.

FAUSTO

De la mayor ventura,
tuviste ciertamente, el sentimiento.

MARGARITA

¡Pero también cuánto fatal momento!
Por la noche, la cuna,
junto a mi cama estaba,
así es que al más pequeño movimiento
ya yo me despertaba
y era preciso que una
la diera de beber o la acostase
en la cama y si aun esto no bastase

vestirse y cual insana
agitarse en un baile apresurado.
Y luego, de mañana
atender al lavado.
Después, ir al mercado,
cuidar de la cocina
y con la misma pena
verse siempre en idéntica faena.
No es extraño, señor, si se camina
con rostro doloroso;
más gusta así el comer, gusta el reposo. (*Pasan.*)

MARTA

De las pobres mujeres nada aprende,
ni convertirse déjase un soltero.

MEFISTÓFELES

De alguna como usted, solo depende
que algo mejor yo sepa y verdadero.

MARTA

Diga usted con franqueza,
¿nunca ha encontrado nada?
¿Su anhelo no llenó ni una belleza?

MEFISTÓFELES

El proverbio nos dice: «Techo propio
y una mujer honrada
valen más que de perlas gran acopio».

MARTA

Digo, ¿si no ha tenido
usted nunca intenciones?

MEFISTÓFELES

¡Oh, me han, en todas partes, recibido
con muchas atenciones!

MARTA

La pasión amorosa,
¿para usted no fue nunca seria cosa?

MEFISTÓFELES

Mal obra quien emprende
hacer de una mujer divertimento.

MARTA

¡Usted, ay, no me entiende!

MEFISTÓFELES

¡Por cierto que lo siento!
Pero sé... que es usted muy bondadosa. (*Pasan.*)

FAUSTO

¿Tú me reconociste
luego que entré al jardín, ángel hermoso?

MARGARITA

Que los ojos bajaba, ¿tú no viste?

FAUSTO

¿Y olvidas, me perdonas la osadía
con que a ti me acerqué voluntarioso,
al salir de la iglesia el otro día?

MARGARITA

Quedeme consternada
pues no me sucediera jamás esto

de mí, nadie podía decir nada.
Yo pensé ¡ay! «¿algo malo, deshonesto
visto había en tu conducta y tu mirada?
Parece que él creía,
al ejecutar eso,
que a la pobre mujer favorecía!»
¡Pero yo lo confieso!
No sé qué, en el instante,
en tu favor, aquí, se removía
y muy airada estaba yo conmigo,
por no poder airarme más contigo.

FAUSTO

¡Mi amor!

MARGARITA, *tomando una margarita arrancando
sus hojas una por una.*

¡Deja!

FAUSTO

¿Qué es eso? ¿Un ramillete?

MARGARITA

No, no, es solo un juguete.

FAUSTO

¿A ver?

MARGARITA, *arrancando la hoja, murmura.*

¡No, esto no es de hombre, que es de dama!

FAUSTO

¿Tu labio qué murmura?

MARGARITA, *a media voz.*

¡Me ama, no me ama, me ama!

FAUSTO

¡Celeste criatura!

MARGARITA, *continuando.*

¡No, me ama, no, sí, me ama!

(Arrancando, con gran gusto la última hoja.)

FAUSTO

¡Niña, sí! De esa flor el grato acento,
palabra divinal para ti sea.

Tu amor no más desea.

¡Él te ama! ¡Te ama! ¿Sabes qué portento
en esa voz se encierra?

MARGARITA

¡Ay! ¡No sé qué me aterra!

FAUSTO

¡No tiembles! Lo que siento,
inexplicable arcano,
con aqueste mirar y aquesta mano
podrá solo expresarse.

En eterno, eterno arrobamiento,
por siempre idolatrarse.

¡Siempre! Desperación, su fin sería.

No, no, sin fin. ¡Sin fin! ¡querida mía!

*(Margarita le aprieta la mano, se desembaraza
de él y corre hacia un lado. Él se queda un
rato pensativo y después la sigue.)*

MARTA, *entrando*.

¡Es ya noche!

MEFISTÓFELES

¡Sí, vamos!

MARTA

Yo quisiera

hablar más largamente
si este lugar no fuera,
señor, tan maldiciente.
Parece que aquí nadie más destino
tuviese que ocuparse diligente
de la conducta y vida del vecino;
y así, por de contado,
es una siempre objeto de su charla.
¿Y el par?

MEFISTÓFELES

Ya por allí se habrá volado.
¡Aves, gozad, gozad del sol fecundo!

MARTA

¡Él me parece amarla!

MEFISTÓFELES

No menos ella a él. ¡Así va el mundo!

UNA CASITA EN EL JARDÍN

Margarita entra saltando, se esconde tras de la puerta, pone sus dedos en los labios y aguaita por la rendija.

MARGARITA

¡Viene!

FAUSTO

¡Ah, traviesa, no tendrán la palma,
tus burlas; vengaréme muy ligero! *(La besa.)*

MARGARITA, *asiéndolo y devolviéndole su beso.*
¡Con toda, con toda el alma,
oh, el mejor de los hombres, yo te quiero!
(Mefistófeles, golpea.)

FAUSTO

¿Quién?

MEFISTÓFELES

¡Amigo!

FAUSTO

¡Animal!

MEFISTÓFELES

No más demora:
tiempo es de despedirse.

MARTA, *entrando*.
¡Muy avanzada es la hora!

FAUSTO
¿Acaso no podría
yo, acompañarla, al irse?

MARGARITA
¡Ay! ¡Mi madre me haría!...
¡Adiós!, ¡adiós!

FAUSTO
¡Qué así nos despidamos!
¡Adiós!

MARTA
¡Agur!

MARGARITA, *a Fausto*.
¡Que pronto nos veamos!
(*Salen Fausto y Mefistófeles.*)

MARGARITA
Yo no sé que pensar, oh Dios, Dios mío,
de este hombre. Avergonzada
ante él, de mí no fío,
y yo no puedo denegarle nada:
tan infelice y tan inculta siendo,
lo que él encuentra en mí, yo no comprendo.
(*Sale.*)

BOSQUE Y CAVERNA

FAUSTO, *solo*.

Tú me otorgaste, Espíritu sublime,
cuanto de ti imploré. Tu faz, no en vano,
me mostraste en el fuego. Por mi reino,
la alma naturaleza tú me diste
y fuerza de sentirla y de gozarla.
Con ojo frío, atónito, no solo
me permites mirar en su hondo seno,
sino como en el pecho de un amigo.
De los vivientes, tú, las filas guías
a mi vista, y hermanos tú me enseñas
en el tranquilo arbusto, el aire y agua.
Y cuando dentro el bosque, brama y ruge
la tempestad, de los gigantes pinos
las ramas y los troncos en pedazos
derribando a la tierra con estruendo,
que hace tronar las cóncavas colinas,
me llevas tú a pacíficas cavernas;
tú, quien soy me revelas a mí mismo,
y de mi corazón entonces vense,
los prodigios más hondos y secretos.
La pura luna, luego, mitigando
mis angustias, enálzase a mi vista,
y de arbustos bañados en rocío
y de rocas, levántanse y se ciernen
las plateadas formas de otros tiempos,
y esa mi sed, de contemplar aplacan.

Mas ¡ay! ahora siento que, del hombre,
no es nunca lo perfecto. Tú me diste,
con todas las delicias que me acercan
más y más a los dioses, ese socio
de quien no puedo huir aunque malvado,
frío, a mis mismos ojos me rebaje
y aun cuando, con su acento, torne en nada
tus dones todos. ¡En mi pecho él sopla
llama voraz por esa imagen bella
y así me lanzo, del deseo, al goce,
y ardo, en el goce mismo, de deseos!

(Entra Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES

¿No te cansas de esta vida
que llevas ha tanto tiempo?
Muy bueno es probar de todo
y buscar pronto algo nuevo.

FAUSTO

Qué no te ocupe otra cosa
que enturbiar mis días buenos.

MEFISTÓFELES

Bien, muy bien. Haz como quieras
que tus enojos no creo.
Con voz locos, desgraciosos,
poco se pierde, por cierto;
a patadas se los halla
mas de veras, le asevero
que lo que a su señoría
causa gusto o causa tedio,
por su faz no se colige.

FAUSTO

¡Me place el tono! Yo debo
agradecer que me canses
y rompas mis gratos sueños.

MEFISTÓFELES

¿Qué vida habrías llevado
sin mí, gusano del suelo?
Te curé por muchos días,
del continuo martilleo
de tu magín; por mí, solo
por mí, las de Villadiego
no tomaste de este mundo.
¿A qué vivir, cual mochuelo,
en cavernas y peñascos?
Del húmedo musgo denso
y las rocas que destilan
agua siempre, nutrimento,
¿como el sapo, acaso chupas?
¡Lindo, dulce pasatiempo!
El doctor, amigo, tienes
escondido aun en el cuerpo.

FAUSTO

Tú, ¿comprenderás acaso
que nuevo vital aliento,
la soledad me procura?
Si llegases a entenderlo,
bastante Diablo serías
para no dar tan extremo
goce.

MEFISTÓFELES

¡Uno supraterrrestre!

En las montañas, envuelto
yacer en noche y rocío;
abarcas la tierra y cielo,
con mil delicias; luego,
sentir todos los seis días
de la creación en el pecho;
con orgullo desmedido,
gozar no sé qué de tierno;
en él todo confundirse.
Así desapareciendo
el mortal completamente,
y después, poner un término,
yo no puedo decir cómo,
(Haciendo un gesto indecente.)
a la alta intuición...

FAUSTO

¡Ah! ¡Perro!

MEFISTÓFELES

No te placen estas cosas;
tú, hombre tan moral, derecho
tienes de airarte. Decirse
delante oídos honestos,
no se puede, aquello mismo
de que los más castos senos
no pueden carecer nunca.
El gran placer yo te acuerdo
de que a ratos tú te engañes,
mas no dure mucho tiempo.
A tus locuras, angustias
y cuitas te vieras vuelto,
si ello durara. ¡Mas basta!
Sin salir de su aposento,

a tu querida ya todo
le parece turbio, estrecho.
No le sales de su mente;
¡vaya! ¡te ama con extremo!
Cual de nieve derretida,
nace, y corre un arroyuelo,
así, de tu amor la llama
corrió al principio y su pecho
inundaste. Pero ahora
tu arroyuelo ya está a seco.
En vez de pavonearse
en los bosques y los cerros,
yo creo que su grandeza
haría bien en dar premio,
por su amor, a la niñita.
Tristemente largo el tiempo
se le hace, y de su ventana,
por sobre los muros viejos,
de la ciudad, a las nubes
mirando cruzar el cielo:
«¡Si yo fuera pajarito!»
exclama con triste acento.
Si algunas veces sonríe,
mil otras está gimiendo,
y quieta o triste, está siempre
llena por ti, de amor tierno.

FAUSTO

¡Sierpe!

MEFISTÓFELES, *para sí.*

¡Buena para asirte!

FAUSTO

Malvado, apártate lejos,
y esa belleza no nombres.
Y no, a su tan dulce cuerpo,
ofuscando más mi mente,
oses llevar el deseo.

MEFISTÓFELES

¿Qué hacer? Ella te imagina
huido y casi lo has hecho.

FAUSTO

Estoy, de ella, siempre cerca,
y por más que esté muy lejos,
ni perderla ni olvidarla
podré jamás. ¡Hasta tengo
envidia de la santa hostia,
que toca sus labios bellos!

MEFISTÓFELES

¡Muy bien! Yo envidio ambos, cuando
entre rosas os contemplo
amante pareja.

FAUSTO

¡Aparta
embaidor!

MEFISTÓFELES

¡Oh! ¡Muy bueno!
Me insultas, mas yo me río.
Dios que crió doble el sexo,
de seguro que bien supo
cuál sería el noble empleo

de saber la ocasión darles.
Vamos, ¡qué dolor inmenso!
Al cuarto de tu querida,
y no a la muerte, te llevo.

FAUSTO

¿Qué son, a sus dulces brazos,
las delicias de los cielos?
¡Que en su regazo descanse!
¿Sus cuitas siempre no siento?
¿Yo no soy el fugitivo,
el vagabundo más fiero
que anda sin fin ni reposo?
Catarata que rugiendo
furiosa de risco en risco,
se lanza al abismo negro,
¿no soy? Y ella, con sus puros
sentidos cual niño tierno,
encerrada en su chocita,
en un valle pintoresco,
tiene en tan angosto mundo
limitados sus deseos.
¿Y he de asir de los peñascos
hasta en escombros volverlos?
¿Y he de enterrar su reposo?
¿Tuya, cual víctima, infierno?
Piadoso, acórtame, Diablo,
de mi angustia los tormentos.
¡Bien! Lo que suceder debe,
suceda y suceda luego.
Caiga sobre mí su suerte
y juntos nos despeñemos.

MEFISTÓFELES

¡Cómo otra vez hierva y arde!
¡Anda a consolarla, necio!
Do semejante chaveta
no encuentra ningún sendero,
se halla pronto el precipicio.
Viva quien no cede al miedo.
Tú estás bastante endiablado
y no hay gusto más perverso,
en este mundo que un Diablo
que dude y tenga recelos.

CUARTO DE MARGARITA

MARGARITA, *sentada junto a su rueca.*

¡Mi quietud, perdida,
triste mi alma está
y ya jamás, nunca,
jamás volverá!

Donde no le tengo,
me siento morir
y sin él, el mundo
no puede existir.

Mi débil cabeza
se me trastornó.
Mi débil sentido
se me quebrantó.

De casa lo espío
con ansia crüel
y si a veces salgo,
es solo por él.

Su porte grandioso,
su noble perfil,
su afable sonrisa,
su cejo viril.

Y su habla tan dulce,
dulce cual no la hay,



Delicieux et l'abbé

Ch. M. L. Imp. E. B. R. R.

sus gratos saludos
y sus besos, ¡ay!

El alma lo anhela
tan solo seguir:
¡si siempre en mis brazos
pudiéralo asir!

Y besarlo cuanto
fuera mi placer,
aun cuando en sus besos
deba fenecer.

JARDÍN DE MARTA

Margarita y Fausto.

MARGARITA

¡Prométeme una cosa!

FAUSTO

¡Cuánto yo pueda, hermosa!

MARGARITA

Di, con la religión ¿cómo te avienes?
Cierto que eres persona bondadosa,
pero creo que en mucho no la tienes.

FAUSTO

¡Olvida eso, hechicera!
A ti siempre te di y daré contentos:
yo, por mi amor, toda mi sangre diera,
y arrebatar no gusto
a ninguno su iglesia y sentimientos.

MARGARITA

Eso, Enrique, no es justo,
hay siempre que tener una creencia.

FAUSTO

¿Sí?

MARGARITA

¡Si no fueses, a mi ruego, adusto!
¡Tú no acatas los santos sacramentos!

FAUSTO

¡Los acato!

MARGARITA

Será con negligencia,
que no se te divisa,
mucho tiempo ha, ni en confesión ni en misa.
¿Crees en Dios?

FAUSTO

¿Qué labio,
ángel, podrá decir, en Dios yo creo?
Preguntarás al sacerdote, al sabio
y siempre sus respuestas,
mofa parecerán de tu deseo.

MARGARITA

¿Su existir, tú contestas?

FAUSTO

No mal, hermosa mía, me comprendas.
¿Quién osará nombrarle?
¿Y quién, en él creyendo, confesarle?
¿Quién las palabras, pronunciar, horrendas
de: no, yo en él no creo?
Él que todo contiene
y todo lo sostiene,
¿no abarca a ti y a mí y aun a sí mismo?
¿No ves cómo los cielos se abovedan?
¿Firme el globo no está sobre el abismo?

Y halagüenos mirándonos, ¿no ruedan
mil y mil astros, en eterno giro?
¿En tus mismas pupilas, no me miro?
¿En tu cabeza y corazón, al punto
todo no se violenta,
y en un misterio sempiterno, junto,
lo invisible y visible se te ostenta?
De esto, tu corazón se colme, y cuando
tú misma te sintieres
de gozo rebosando
llámalo, si lo quieres,
ventura, corazón, amor, Dios. ¡Nombre,
para eso ignora el hombre!
¡El sentimiento es todo;
el nombre, ruido y humo que oscurece
al cielo!

MARGARITA

Se parece,
en lo bueno y bonito, a lo que dice
el cura, aunque él lo dice de otro modo.

FAUSTO

Todos los corazones, donde quiera
lo dicen cada día,
en su lengua cada uno;
¿por qué no he de decirlo yo en la mía?

MARGARITA

Tal vez ya te importuno,
pero yo siempre pienso
que no eres buen cristiano.

FAUSTO

¡Niña querida!

MARGARITA

Me hace un mal inmenso,
el verte en semejante compañía.

FAUSTO

¿Cómo?

MARGARITA

El odio más grande y más arcano
despierta en la alma mía
ese que anda contigo.
Nada, en toda mi vida,
me ha dado al corazón tan grave herida,
como la torva faz de ese tu amigo.

FAUSTO

¡No le temas, medrosa!

MARGARITA

Toda mi sangre, su presencia mueve.
Con todas soy bondadosa,
pero cuando yo anhele contemplarte,
vago terror de ese hombre me conmueve;
y además, yo lo tengo por malvado.
Que me perdone Dios, si he mal juzgado.

FAUSTO

¡Es necesario que haya bichos tales!

MARGARITA

No viviría yo con sus iguales.

En cuanto entra a la puerta, siempre mira
con burlona mirada
y medio henchida de ira.
Bien se ve que no toma parte en nada.
Lleva escrito en su frente
que a nadie ama y a nadie amor inspira.
Estando entre tus brazos,
¡tan libre, tan feliz mi alma se siente!
Y, sin embargo, su presencia odiosa
desgarra, mis entrañas, en pedazos.

FAUSTO

¡Oh, niña temerosa!

MARGARITA

Tanto esto me domina,
que si él se nos acerca
que ya no te amo el alma se imagina.
También, cuando está cerca
rezar no puedo nunca, y esto, Enrique,
mi corazón lacera
y a ti tal vez así te mortifique.

FAUSTO

¡No es más que antipatía verdadera!

MARGARITA

¡Mas ya debo partir!

FAUSTO

¡Ay! ¿No pudiera
un corto instante, en calma
yacer en tu regazo,

juntando en tierno abrazo
pecho a pecho, y alma a alma?

MARGARITA

¡Si sola yo durmiera,
sin cerrojo hoy la puerta te dejara!
¡Mas mi madre es, de sueño, tan ligera!
Y si ella nos hallara,
¡yo, en el momento, muerta me cayera!

FAUSTO

¡No temas, ángel mío!
Ve este pomo: tres gotas en un trago
ponen a tu albedrío
el sueño más profundo y bonancible.

MARGARITA

¿Qué cosa, por ti, no hago?
¿Que un mal le cause, no será posible?

FAUSTO

¿Te lo diera, si no fuese de otra suerte?

MARGARITA

¡Oh, el mejor de los hombres! No sé, al verte,
con qué dogal estrecho
me siento a tu querer encadenada;
ya tanto, por ti, he hecho
que por hacer no queda casi nada. (*Sale.*)

Mefistófeles entra.

MEFISTÓFELES

¿Se fue el corderillo?

FAUSTO

¿Vuelves
a espiarme?

MEFISTÓFELES

¡Punto por punto
lo escuché todo y vi que era,
tal vez con provecho mucho,
el doctor catequizado.
Las niñas, interés sumo,
en ello tienen, porque piensan
que con los piadosos usos,
aseguran su dominio.

FAUSTO

No es posible, a tu ojo inmundo
ver esa tierna y fiel alma
que, en el sentimiento puro
de su fe, dichosa es solo
y que, con tormentos crudos,
ha de imaginar perdido
al hombre que su amor tuvo.

MEFISTÓFELES

¡Sabio y ultrasabio amante,
con ese saber profundo,
de ti se ríe una niña!

FAUSTO

¡Prole del cieno y del humo,
calla!

MEFISTÓFELES

¡Y a fe que ella entiende,

de fisonomías, mucho!
En mi presencia, no sabe
qué hacerse; y sentido oculto
le revelan mis facciones;
ella cree, de seguro,
que soy mal genio, y acaso,
el mismo diablo. ¿Se pudo
conseguir que hoy?...

FAUSTO

¿Qué te importa?

MEFISTÓFELES

¡También tengo, en ello, gusto!

EN LA FUENTE

Margarita y Liseta, con cántaros.

LISETA

Mucho, Barbarita
da ya que decir.
¿No sabes?

MARGARITA

Qué puede
llegar hasta mí,
si no veo a nadie.

LISETA

Ya sabrás que, al fin,
Sibila lo dijo,
«Acaba en gemir
tanto engreimiento».

MARGARITA

No sé, ¿cómo así?

LISETA

Está bien hinchada.
Tiene que nutrir,
comiendo y bebiendo,
a dos.

MARGARITA

¡Infeliz!

LISETA

¡Le está muy bien hecho!

Al mozo gentil,

¿tanto no siguiera

por acá y allí?

Los largos paseos,

tanto ir y venir

por bailes y fiestas

en los que, entre mil,

siempre era primera,

en grato reír,

cortejada siempre

como un serafín

con mil alabanzas

y atenciones mil,

idear la hicieron

su tez de carmín

todopoderosa;

y no tuvo, así,

rubor, en regalos

aun de él recibir:

tras tantas ternezas

sucediera, al fin,

que la florecilla

perdió su matiz.

MARGARITA

¡Mísera!

LISETA

Su suerte

no te aflija a ti.
Cuando no podíamos
nosotras salir,
junto a nuestras madres
torciendo el sutil
hilo en nuestros husos,
ella, muy feliz
pasaba la noche
junto a su gentil
amante sentada.
Los goces, sin fin
de entonces, hoy pague
con acre gemir
y con penitencia.

MARGARITA

Mas si no es un vil,
harála su esposa.

LISETA

¡Loco no es así!
Do quiera en el mundo
un rico es feliz
y así se ha marchado.

MARGARITA

¡Eso es ser ruin!

LISETA

Si ella lo consigue
le irá mal aquí,
guirnalda deshechas
gritar y reír
y paja picada,

serán el festín
y dones que tenga
la esposa gentil. (*Vase.*)

MARGARITA, *volviéndose a su casa.*

Cómo tan severa
tanto antes yo fui,
cuando alguna pobre
hacía un deslíz.
Las faltas ajenas
para corregir,
por dura que fuese
la frase y cerril,
no me parecía
suficiente a mí,
cada vez más negro,
más negro y más vil
¡ay! yo lo encontraba
diciéndome, al fin:
«Bendita, estás libre
de falta y deslíz».
Pero... ¡Todo cuanto
me hizo consentir,
era, oh Dios, tan bueno,
tan dulce, ay de mí!

CALLEJÓN, ENTRE LAS MURALLAS Y LAS CASAS DE LA CIUDAD

*Dentro un nicho, en el muro, una imagen de la Mater
Dolorosa, con vasijas de flores delante.*

MARGARITA, *pone flores en un tiesto.*

¡Oh dolorosa,
tu faz graciosa
vuelve a mi profunda pena!
Traspasado el corazón
y de mil dolores llena,
de tu hijo la muerte miras,
y hacia Dios Padre suspiras
en tanta tribulación.

¿Quién sentir jamás pudiera
la rabia fiera
con que me azota el dolor?
Lo que desola
mi alma entera;
su deseo, su temor,
saberlos puedes tú sola.

¡Do quiera voy, cuántas penas,
amargas penas devoro,
y estando sola, al momento
lloro, lloro, lloro, lloro,
y mi corazón apenas
resiste a tanto tormento!

Los tiestos de mi ventana,
¡ay! con mis lágrimas mojo,
cuando, al rayar la mañana
para ti, estas flores, cojo.

Cuando a mi camarita entra,
del sol, la fecunda lumbre,
sobre mi lecho me encuentra
sumergida en pesadumbre.

¡Librame de infamia y muerte,
Virgen, de dolores, llena!
¡Tu faz, en trance tan fuerte,
graciosa, ay, vuelve a mi pena!

NOCHE

Calle delante de las puertas de Margarita.

VALENTÍN, *soldado, hermano de Margarita.*

Cuando, sentado en un corro,
oía alzarse la voz
de todos mis camaradas,
de las niñas, en loor;
todos, con mano y con vaso,
aprobandan mientras yo
su charla oía tranquilo
y acariciando burlón
mi barba, tomaba en mano,
lleno un vaso de licor,
diciendo: «¡A su modo, todo!
¿En dónde nunca se vio
la que iguale a Margarita,
la prez de mi corazón,
o sea digna de darle
el agua? ¡Cling-clang! ¡Top! ¡top!»
Clamaban algunos: «¡Cierto!»,
yendo el vaso alrededor,
«Es la perla de las niñas!»,
y enmudecía la voz
de los demás loadores.
Y ora... De desesperación,
me arrancara los cabellos
y ver no quisiera el sol.
Apodos, nombres de mofa,

me ha de dar cualquier bribón.
,Y he, por palabras casuales,
de temblar cual mal deudor.
Y aunque a todos los golpease,
no podría nunca yo
decirles que, viles, mienten.
Mas, ¿quién se acerca? Son dos,
si mi vista no me engaña:
¡si es él no ha de salir hoy
con vida, que su pellejo
ha de sentir mi furor!
(Fausto y Mefistófeles entran.)

FAUSTO

Como, de esa sacristía,
vemos la iluminación
que poco a poco se pierde
en oscuridad mayor
hasta que todo es tinieblas;
así está mi corazón
de tenebroso.

MEFISTÓFELES

Cual gato
que por chimenea entró,
deslizándose con tiento
al tejado, así yo estoy.
Además, siéntome ahora,
de virtud algún olor,
un poco de ansias de robo
y de celo, en proporción.
De la noche de Walpurgis,
siento los efectos yo;
a ella, pasado mañana

iremos juntos los dos
y la traspasada vale
la magnífica función.

FAUSTO

¿Me alcanzarás el tesoro
del cual veo, el esplendor?

MEFISTÓFELES

Muy pronto tendrás el gusto
de llevarlo. Por quien soy,
que muy buenos pesos tiene
la caja en su corazón.

FAUSTO

¿Ni pedrería ni anillo,
para adornar a mi amor?

MEFISTÓFELES

Vi entre ellos un collar, creo.

FAUSTO

¡Bien! Con pena a verla voy
si no le llevo regalos.

MEFISTÓFELES

Mas no te diera aflicción,
el gozar algo de balde.
Ora que de tanto sol
resplandece el firmamento
oirásme una canción,
que por ser obra maestra
y ser muy moral, yo voy

a cantar a la muchacha,
para vencerla mejor.
(*Canta con la cítara.*)

*Tan de mañana
donde tu amante,
¿qué haces Mariana,
qué estás haciendo aquí?
¡Lo sé! Sin duda,
como doncella
él te saluda,
mas no saldrás así.*

*¡Niñas, cuidado!
Ellos contentos,
habréis quedado
vos míseras muy mal.
¡De vos consiga
nadie nunca algo
si antes no os liga
el vínculo nupcial!*

VALENTÍN, *adelantándose.*
¡Voto al Diablo! ¿A quién cortejas,
con tu maldecida voz?
Vaya al diablo el instrumento
y tras él, vaya el cantor.

MEFISTÓFELES
¡La cítara se hizo trizas!
¡Ya no sirve!

VALENTÍN
¡Ahora voy
a haceros trizas los cascós!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

¡No hay que recular, doctor!
Aquí conmigo que os guío,
desenvaine, ¡voto a bríos!
¡Dé estocada, yo barajo!

VALENTÍN

¡Baraja este!

MEFISTÓFELES

¿Por qué no?

VALENTÍN

¡Y este!

MEFISTÓFELES

¡Por cierto!

VALENTÍN

El Demonio,
creo, anima tu valor.
¿Qué es esto? ¡Se me adormece
la mano!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

¡Hiere!

VALENTÍN, *cayendo.*

¡Muerto soy!

MEFISTÓFELES

Ya el zoquete está bien quieto.
Vámonos sin dilación,
que pronto va a levantarse



la alharaca más atroz.
Con alguaciles me entiendo,
en casos comunes, yo;
pero en caso de homicidio,
el huirse es lo mejor.

MARTA, *en la ventana*.
¡Salid! ¡Salid!

MARGARITA, *en la ventana*.
¡Traed luces!

MARTA, *como antes*.
¡Se matan! ¡Qué confusión!

LA GENTE
¡Aquí hay uno muerto!

MARTA, *entrando*.
Entonces,
¿el asesino se huyó?

MARGARITA, *entrando*.
¿Quién es el muerto?

LA GENTE
¡Es el hijo
de tu madre!

MARGARITA
¡Ay de mí! ¡Oh Dios!

VALENTÍN
¡Yo muero! Pronto está dicho

y aun más, ¡hecho! ¿Quiénes sois
vos, mujeres lloradoras?
Venid y escuchad mi voz. (*Lo rodean.*)

Mi Margarita, muy joven
perdiendo vas ya el pudor
y no llevas buena vida.
Te lo digo, por quien soy,
ya no eres más que ramera:
¡adelante pues!

MARGARITA

¡Oh Dios!
Hermano mío, ¿qué es esto?

VALENTÍN

No metas aquí al Señor;
lo hecho, hecho, y como se pueda
será la continuación.
Con uno solo, en secreto,
Margarita, empiezas hoy.
Pero otros vendrán muy pronto
y cuando dieres tu amor
a diez o doce, ¡de todos
ya serás la diversión!

Siempre la infamia, en el mundo,
entre tinieblas nació;
con el velo de la noche
cubre su faz y su voz,
porque matarla no puedan.
Pero cuando su grandor
más y más crece desnuda
camina a la luz del sol



Delacroix inv. et lithog.

Ch. Delacroix inv. et lithog.

sin que sea más hermosa,
cuanto es su faz más atroz,
más busca la luz del día.

Mirando el tiempo ya estoy
en que toda gente honrada
huya de ti con horror,
¡ramera!, como si fueses
cadáver en pudrición.
Si te miran a la cara,
serás tú toda temblor.
No usarás más joyas de oro
y al altar no podrás, no,
acercarte en las iglesias.
Tampoco, en danza veloz,
podrás lujosa alegrarte.
En triste, oscuro rincón,
vivirás con los mendigos
y aun cuando te absuelva Dios,
aquí serás maldecida.

MARTA

A la gracia del Señor
su alma encomiende. ¡No cargue
aun con más culpas!

VALENTÍN

¡Si yo
pudiera, infame alcahueta,
arrancarte el corazón,
de todas mis faltas, fuera
la penitencia mejor!

MARGARITA

¡Hermano mío! ¡Qué angustia!

VALENTÍN

¡Deja lágrimas! Me hirió
de muerte el día que supe
tu mala comportamiento.
Por el sueño de la muerte
ahora yo, con valor
como a buen soldado sienta,
subiré al seno de Dios. (*Muere.*)

IGLESIA

*Misa, órgano y canto
Margarita entre mucha gente. El Mal Espíritu,
detrás de Margarita.*

EL MAL ESPÍRITU

Cuán otra eras, Margarita,
cuando al altar te llegabas
y en tu libro, murmurabas,
inocente, tu oración
favorita;
sin que turbase tus ruegos
otra mala tentación
que tus infantiles juegos.
¿Tu cabeza dónde está?
¿Qué horrendo crimen habita
en tu pecho?
Por el alma maternal
que por ti, en penoso lecho
duerme, rezas, Margarita?
¿Cúya esa sangre, en tu umbral?
Bajo de tu corazón,
¿no se mueve y acrecienta
algo que, con aflicción,
a ti y a sí se atormenta?

MARGARITA

¡Ay de mí!
¡Cómo huir los pensamientos

que violentos
se amontonan contra mí!

EL CORO

*Dies irae, dies illa
solvet seclum in favilla. (Suenan los órganos.)*

EL MAL ESPÍRITU

¡Hondo pavor ya te inquieta!
¡Ya resuena la trompeta!
¡Los sepulcros se hacen trizas!
¡Temblando, tu corazón
ve alzarse, de las cenizas,
llamas y condenación!

MARGARITA

¡Cómo huir!
Me parece que al oír
su hueco son,
mi aliento, el órgano estanca,
y el canto, mi corazón,
de sus raíces, arranca.

EL CORO

*Judex ergo cum sedebit,
quidquid latet apparebit,
nil inultum remanebit.*

MARGARITA

¡Cuán se estrecha todo aquí!
¡La columna me apresa!
Y la bóveda ya pesa
sobre mi frente ¡Ay de mí!
¡Aire!



Delacroix, inv. et lithog.

Ch. Moitte, imp. Editeur, à Paris

EL MAL ESPÍRITU

¡Miserable de ti!

La ignominia y el pecado
no se pueden encubrir.
Aire, luz, has demandado;
pero es vano tu pedir.

EL CORO

¿Quid sum miser tunc dicturus?
¿Quem patronum rogaturus?
¿Cum vir justus sit securus?

EL MAL ESPÍRITU

Desde los cielos, te miran
los bienhadados, adustos;
lejos de ti se retiran
horrorizados los justos.
¡Expiarás tu delito!

EL CORO

¿Quid sum miser tunc dicturus?

MARGARITA

¡Ay! ¡Vecina, su pomito! (*Cae desmayada.*)

NOCHE DE WALPURGIS

*Montañas del Harz. Comarca de Schirke y de Elend.
Fausto y Mefistófeles.*

MEFISTÓFELES

¿Bien un palo de escoba desearas?
Tener quisiera el cabro más brioso,
porque en llegar aún mucho tardaremos.

FAUSTO

Mientras me den mis piernas buen apoyo,
este bastón grosero me es bastante.
¡De qué sirve el camino hacer más corto!
Entrar al laberinto de los valles,
luego a riscos subir, de do el arroyo
se precipita en gotas de rocío,
es lo que este sendero hace gustoso.
Los abedules se animan y los pinos
ya, de la primavera con el soplo;
y ¿no habrá en nuestros miembros de sentirse?

MÉFISTÓFELES

De ello nada percibo y por lo pronto,
mi cuerpo pide invierno; yo quisiera
ver nieve y hielo en el camino todo.
¡Qué triste la tardía media luna
se alza con su esplendor y visos rojos
alumbrando tan mal, que a cada paso
nos dan miedo, aquí un risco, acullá un tronco!

Permíteme que llame un Fuego Fatuo,
allí uno va brillando con gran gozo.
¡Eh!, mi amigo, ¿llegarte no podrías?
¿y hasta arriba alumbrarnos a nosotros,
en vez de disipar tu luz en vano?

EL FUEGO FATUO

Tal vez consiga, por respeto solo,
hacer violencia a mi genial inquieto:
¡no andar nunca derecho es nuestro modo!

MEFISTÓFELES

¡A los hombres no imites! Por el Diablo
anda derecho que si no, de un soplo,
¡tu vida apagaré!

EL FUEGO FATUO

Que sois el jefe
veo y vuestros mandatos reconozco.
Mirad solo que el monte está embrujado
y si os guía por entre el alboroto
un Fuego Fatuo, no queráis pedirle
exactitud y precisión en todo.

FAUSTO, MEFISTÓFELES Y EL FUEGO FATUO,
cantando alternativamente.

*Ya nos parece que entramos,
de ensalmo y sueño, en la esfera,
que esas regiones veamos,
inmensas, adonde vamos,
Fuego Fatuo considera.*

*Dejando atrás unos y otros,
cómo raudos se retiran*

*los troncos ante nosotros.
Las quiebras, cómo se estiran;
y las grandes, fieras bocas
y narices de las rocas,
cómo roncan y respiran.*

*Por la grama y los pedrones,
se abalanza el arroyuelo.
¿Suenan el agua?, ¿son canciones?,
¿o son los himnos del cielo,
de dulce, amorosa pena?
De cuanto se ama y se afana,
el eco siempre resuena
como una historia lejana.*

*Del búho y grajo, la queja,
los oídos atosiga.
¿Es esa, salamanqueja?
¡Largas piernas, gran barriga!
¡Las raíces, cual culebras,
suelo y peñascos cubriendo
nos tienden extrañas hebras,
espantarnos pretendiendo;
de entre bolas animadas,
como pólipos se extienden
y el agarrarnos pretenden.
Y ved en gruesas bandadas,
las ratas de mil colores,
por musgo y brezos, llegar.
Y en apiñados fulgores
las luciérnagas volar
aumentando los terrores.*

*Dime si aquí nos quedamos
o si más lejos aún vamos.*



Delacroix invt et lithog.

Ch. Moitte, Imp. Editeur, à Paris.

*Ya todo girar parece
en completa barabúnda
y la confusión más crece,
con tanta luz vagabunda
que brilla, corre y fenece*

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

¡Ásete bien de mí! Ya hemos subido
a un pico, do se mira con asombro
cómo hierve Mammón dentro del monte.

FAUSTO

¡Cuán raro se levanta, desde el fondo
un opaco esplendor que el alba imita
y alegra con su luz, del tenebroso
abismo, las más hondas cavidades!
Aquí y allá se elevan, en contorno,
nieblas, vapores y un fulgor se mira
entre ellos rebrillar; parece solo
un hilillo primero, y luego, salta
como fuente. Con miles de recodos.
un gran espacio abarca por el valle
y cuando llega a ese rincón remoto
en un canal se junta de repente;
allí las chispas, como arenas de oro
que el viento desparrama, saltan. ¡Mira,
ardiendo en llama están los montes todos!

MEFISTÓFELES

¿Con lujo, no ilumina su palacio,
Mammón en esta fiesta? Bien dichoso
eres en ver tal cosa. Mas ya empiezo
a columbrar los juguetones coros.

FAUSTO

¡Cómo en el aire la borrasca ruge!
¡Con qué furor, estréllase en mis hombros!

MEFISTÓFELES

Pégate a las costillas del peñasco
porque no caigas, del abismo, al fondo.
Densas nieblas, la noche ya oscurecen,
cruje el bosque y aléjanse medrosos
los búhos. Los pilares de los siempre
verdeantes palacios, saltan rotos.
Las ramas se estremecen y se quiebran;
fuertes lamentos lanzan, de los troncos
las raíces crujientes que se arrancan.
Y todos, con fragor, unos sobre otros,
se precipitan en tropel confuso
y en las quiebras que colman los escombros
silba y aúlla el viento. ¿No oyes voces
cerca, lejos, en lo alto y en el fondo?
Va en todas las montañas retumbando,
de las brujas, el canto estrepitoso.

CORO DE LAS BRUJAS

Ir al Brock la Bruja desea,
en el campo la mies verdea;
allí se hace la gran gavilla;
allí Urián se sienta en su silla:
así, sobre peñasco y palo,
¡bruja y chivo danse regalo!

UNA VOZ

Baubo vieja, sola se acerca;
cabalgando viene una puerca.

EL CORO

¡Honra a la que el honrar convenga!
¡Señora Baubo, muy bien venga!
¡En diestra puerca usted montada
guiar bien puede la bandada!

UNA VOZ

¿Por qué camino vienes?

OTRA VOZ

Por Ilsenstein yo vengo;
al búho vi en su nido
y su faz me dio miedo.

PRIMERA VOZ

¡Contigo cargue el Diablo
porque andas tan ligero!

SEGUNDA VOZ

Me picoteó airado;
¡ve aquí los agujeros!

CORO DE LAS BRUJAS

Es bien ancha y larga la senda,
¿a qué, pues, tan necia contienda?
Pica la horqueta, escoba rasca,
calla el niño, la madre casca.

LOS BRUJOS, *mitad del coro.*

Cual sierpe entramos a la casa,
mas, delante la mujer pasa,
que ella, si el mal se tiene en vista,
más que nosotros anda lista.

LA OTRA MITAD DEL CORO DE BRUJOS

No a todos eso satisface;
en mil pasos la mujer lo hace;
pero aun cuando mucho se afana,
con un salto, el hombre la gana.

UNA VOZ, *arriba*.

Del mar de peñascos,
¡conmigo aquí vente!

VOCES DE ABAJO

A la cima todos
los esfuerzos tienden.
Lavadas ya estamos
y resplandecientes,
pero ¡ay! por desgracia,
incapaces siempre.

AMBOS COROS

Calla el viento, el astro se oculta,
la opaca luna se sepulta;
el Coro de las Brujas luego
brota alegre, chispas de fuego.

VOZ DE ABAJO

¡Alto! ¡Alto!

VOZ DE ARRIBA

¿Quién llama
del peñasco hendido?

VOZ DE ABAJO

¡Llévame a la altura!
¡Tómame contigo!

Ha trescientos años
que en esto me ahínco
y alcanzar no logro
al ansiado pico.
¡Ay! ¡Cuánto no anhelo
estar con los míos!

AMBOS COROS

Palo y escoba llevan carga;
carga, la horqueta, el chivo, carga;
quien hoy alzarse no ha podido
es hombre por siempre perdido.

MEDIA BRUJA, *abajo*.

Tras vos yo me afano
muchos años ha
y de mí, vos siempre
tan lejos estáis.

En mi casa misma
no tengo solaz
y aquí no lo puedo
tampoco alcanzar.

CORO DE LAS BRUJAS

Da valor el unto a la Bruja;
un harapo es vela que empuja;
un dornajo es buque arreglado;
¡nunca vuela el que hoy no ha volado!

AMBOS COROS

Cuando en la cima giros demos,
con el pie el suelo golpeemos

y la llanura antes vacía
¡cubra toda la brujería!

(*Se echan a tierra.*)

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

Todos se empujan, gritan, corren, gruñen
entre silbos y riñas bulliciosos.
¡Todo chispea y arde y hiede y quema!
¡Este es de brujas, elemento propio!
Aste bien, si no, al punto nos separan.
¿Dónde estás?

FAUSTO, *lejos.*

¡Por aquí!

MEFISTÓFELES

¡Ya tan remoto!

De mis derechos de amo, es tiempo usemos.
¡Lugar! ¡Ea, lugar, pueblo, a nosotros!
Salgamos, mi doctor, de este desorden
que aun para mis iguales es muy loco.
Allí cerca, algo brilla con un raro
fulgor y aquel arbusto de mis ojos
es un imán. ¡Ven, ven, entremos dentro!

FAUSTO

Oh, de contradicción eterno arroyo.
¡Hágase como quieras! Mas muy linda
la habremos hecho; al Brocken, muy ansiosos
venir, por ver la noche de Walpurgis,
y al fin en un rincón, llevarnos solos.

MEFISTÓFELES

Aquellas llamas ve multicolores.

Allí está junto un club lleno de gozo,
no es estar solo, estar con poca gente.

FAUSTO

¡Ir prefiero allá arriba! Ya ver logro
gran resplandor y torbellino de humo.
Al mal la turba lánzase en arroyos,
quizá allí se desatan mil enigmas.

MEFISTÓFELES

Sí, pero también se atan muchos otros.
Diviértase el gran mundo y muy tranquilos
aquí estemos: fue dado siempre a todos,
dentro el gran mundo, hacerse uno pequeño.
Brujitas veo allí, de lindo rostro,
desnudas, y unas viejas que el buen juicio
tienen de bien taparse. Sé algo afable
que es grande el gusto y el trabajo corto.
¡Suenan los instrumentos! ¡Qué bullanga!
¡Ven!, ¡ven! ¡Es menester hacerse a todo!
¡Así ha de ser! Ya dentro me abalanzo
y en nuevas relaciones yo te pongo.
¿Qué dices? ¡No es espacio reducido!
Apenas llegarán al fin tus ojos.
Ve cómo cien fogatas, en hilera,
arden resplandecientes, al contorno;
se baila, charla, come, bebe y ama.
Dime, ¿dónde hallarás mayores gozos?

FAUSTO

¿Y tú entras como diablo o como brujo?

MEFISTÓFELES

Me gusta mucho viajar incógnito

pero en días de gala, sus insignias
ostentar es preciso; no es mi adorno,
cierto, la jarretera; mas la pata
de caballo es aquí signo precioso.
¿Ves esa sierpe? Relamiendo el suelo
acá viene trazando mil recodos,
pues que ya me olfateó. Para negarme
no hay motivos aquí. Mas vamos pronto,
de fogata en fogata iremos juntos,
siendo el tercero yo, tú el amoroso.

*(A algunos que están sentados alrededor de car-
bones encendidos.)*

¿Qué hacéis, vos, oh mis viejos caballeros?
Cuánto os loara yo si en alborozos
os hallase entre jóvenes y orgías;
mas cada cual arréglase a su modo.

UN GENERAL

De las naciones, nada esperes
aunque tengas nombre y virtud;
con pueblos, como con mujeres,
triunfa siempre la juventud.

UN MINISTRO

Muy mal van las cosas presentes;
solo a los antiguos yo adoro;
cuando éramos omnipotentes,
entonces era la edad de oro.

UN ADVENEDIZO

Nuestra gente fue siempre activa
y no siempre el deber hacíamos;

mas va hoy todo patas arriba
y aun lo que más guardar queríamos.

UN AUTOR

¿Qué libro siquiera provoca,
con su lectura, algún aprecio?
Y en cuanto al pueblo joven toca,
nunca ha sido, nunca tan necio.

MEFISTÓFELES, *apareciendo de repente muy viejo*.
Para el juicio final, bien maduro
está ya el pueblo; ahora lo conozco
que al Monte de las Brujas he subido
por vez postrera y como sale el chorro
de mi barril ya turbio, es consiguiente
que el mundo esté cayéndose en escombros.

UNA BRUJA BARATERA

La ocasión no perdáis, señores míos.
¡Qué de cosas convidan vuestros ojos!
Y no obstante, nada hay en esta tienda
que no tiene su igual en todo el globo,
nada que no haya sido, al hombre o mundo,
de efecto el más dañino o desastroso.
No hay puñal que no esté teñido en sangre,
no hay copa de la cual, ardiente tósigo,
para morir, no haya bebido un hombre;
ni entre tantas alhajas, hay adorno
que a una honrada mujer no sedujera;
ni hay espada que alianzas no haya roto
o de aleve golpe herido al enemigo.

MEFISTÓFELES

¡Mi vieja, ya estos tiempos son muy otros!

¡Ligero al grano! Denos novedades,
que novedades nos atraen solo.

FAUSTO

¡De mí mismo olvidarme, que no pueda!
¡Me parece esto feria!

MEFISTÓFELES

Raudos todos
suben y arrempujan, ¿tú crees cuando
te empujan?

FAUSTO

¿Quién esa es?

MEFISTÓFELES

Fija más tu ojo.

¡Es Lilith!

FAUSTO

¿Quién?

MEFISTÓFELES

De Adán, primera esposa.
Mas no, con sus cabellos tan hermosos
y sus galas que tanto la embellecen
te descuides; si logra asir un mozo,
no le vuelve a soltar tan de ligero.

FAUSTO

Vieja, una, y otra, joven, de buen rostro,
diviso descansando.

MEFISTÓFELES

No hay descanso
hoy aquí. ¡Al baile! ¡Al baile! ¡Vamos pronto!

FAUSTO, *bailando con la joven.*

Ensueño lindo, tuve un día;
bello un manzano yo veía
y en él dos manzanas muy bellas,
subí, que me invitaban ellas.

LA JOVEN

Muy mucho, desde el Paraíso
manzanitas el hombre quiso
y saber gusto en horas tales
que mi huerto produce iguales.

MEFISTÓFELES, *con la vieja.*

Tuve un sueño bien divertido
yo veía un árbol partido
que temía un grande agujero,
pero a mí me gustó lo mismo.

LA VIEJA

El mejor saludo siempre hallo
para el de pata de caballo
si lo que tiene ya está listo,
aquí yo intrépida me inclino.

EL PROCTO-FANTASMISTA

¿Qué pretendéis, oh maldecida gente?
¿Ha tiempo no se os hizo bien notorio
que sus pies, un Espíritu no emplea?
¡Y bailáis cual si fuéseis hombres todos!

LA JOVEN, *bailando*.
¿Con nuestro baile qué querrá?

FAUSTO, *bailando*.

Lo mismo
hace do quiera; lo que bailan otros,
quiere apreciar; si sobre cada paso
no charla, viene a ser para él lo propio
que si ese paso no existiera; pero
lo que más a su furor le pone el colmo
es que siempre vayamos adelante.
Si anduviérais en círculo tan solo,
tal como él lo hace en su molino viejo
lo hallaría muy bueno, sobre todo
si por eso, le hiciérais un saludo.

EL PROCTO-FANTASMISTA
¡Allí aún estáis! ¡Desvaneceos pronto!
La ilustración ha adelantado mucho
pero de reglas cuídase muy poco
esta estirpe del Diablo, penar, en Tejel²
se ve, no obstante que tan sabios somos.
Cuánto tiempo no he gastado con tal delirio
y no por ello, el fin deseado, logro:
¡es inaudito!

LA JOVEN
¡Déjese de hastiarnos!

² Propiedad de la familia de los Humboldt y pulla contra Cristóbal Federico Nicolai.



EL PROCTO-FANTASMISTA

Espíritus, os digo en vuestro rostro,
que la opresión de Espíritu no aguanto;
hacer eso no puede el mío propio.
(*Siguen bailando.*)

Bien no me sale, por lo visto, nada:
pero daré una vuelta por el globo,
y antes de que me muera, yo confío
domar a los poetas y demonios.

MEFISTÓFELES

Luego irá a sumergirse en un pantano
que su mal siempre alivia de ese modo.
Cuando las sanguijuelas en sus nalgas
se aferran, libre, limpio queda pronto
de genios y de ingenio.
(*A Fausto que se ha separado del baile.*)

LA BELLEZA

que cantando, te daba tanto gozo,
¿por qué dejaste así?

FAUSTO

Mientras cantaba,
salir vi de su boca un ratón rojo.

MEFISTÓFELES

¡Muy bueno! Pero no hay por qué afligirse,
basta con que no fuese gris o tordo.
¿Quién en la hora de amor, de eso se cuida?

FAUSTO

Después vi...

MEFISTÓFELES
¿Qué?

FAUSTO
De pie, pálido el rostro,
¿no ves allá muy lejos niña bella?
De su lugar, se mueve, poco a poco,
y parece tener los pies atados:
que mucho se asemeja, reconozco,
a mi gentil y buena Margarita.

MEFISTÓFELES
¡Deja eso que no es bueno! Cuadro es solo
encantado, sin vida, vana imagen.
Encontrarlo es ya un mal; sus fijos ojos,
la sangre al hombre hielan y en peñasco
casi te lo convierten, así como
de Medusa has oído.

FAUSTO
De una muerta
esos los ojos son, dolientes ojos
que no cerraran amorosas manos.
El seno es ese en que bebí mil gozos;
ese, el que me entregó tan dulce cuerpo.

MEFISTÓFELES
Efectos del hechizo, iluso loco.
Como su amante a cada cual parece.

FAUSTO
Oh, ¡qué delicia y qué pesar devoro!
¡Imposible alejarme! ¡Cuán extraño,

su gentil cuello adorna un hilo rojo,
no más ancho que el filo de una daga!

MEFISTÓFELES

Sí, lo veo también. Bajo sus hombros,
puede también ponerse la cabeza
pues Perseo cortósela del tronco.
¡Siempre ese gusto por delirios vanos!
Ven a esta colinita, do nosotros
tendremos diversiones como en el Práter.³
¿No es teatro lo que ven mis ojos?
Amigo, ¿qué es lo que hay?

SERVIBILIS

Ya pronto empiezan
un nuevo drama, el último de todos
que se usa aquí representar de a siete:
un *dilettante* lo escribiera y otros
dilettanti también lo representan.
Perdonadme, señores, si me esconde
que soy el telonero Dilettante.

MEFISTÓFELES

¡Bueno será en Blocksberg hallarnos todos!

³ Nombre del principal paseo de Viena.

SUEÑO DE LA NOCHE DE WALPURGIS O BODAS DE OBERÓN Y TITANIA

(Intermedio)

EL DIRECTOR DEL TEATRO

Tregua, hoy, ojos de Mieding,⁴
a nuestro trabajo diario:
viejos cerros, valles húmedos
son, hoy, todo el escenario.

EL HERALDO

Han de pasar cincuenta años
para que haya bodas de oro;
de pleito o paz, no me cuido;
¡el metal es lo que adoro!

OBERÓN

Vuestra obediencia, ¡oh espíritus!,
mostrad si estáis donde estoy
que el rey y la reina amantes
la paz vuelven a hacer hoy.

PUCK

Llega Puck y de la danza,
su ágil pie guía el compás

⁴ Nombre del director del Teatro de Weimar.

que con él, regocijándose
centenas vienen detrás.

ARIEL

Con tonos puros, divinos,
los cantos anima Ariel;
y si bichos, también ángeles,
con su música atrae él.

OBERÓN

Aquí aprendan los esposos
que quieran reconciliarse:
para que dos se amen, basta
que tengan que separarse.

TITANIA

Si marido y mujer riñen
que al punto se les transporte;
a ella, hacia el mediodía,
a él, al confín del norte.

TUTTI DE ORQUESTA, *fortísimo*.

Moscas, zancudos y tábanos
en fraterna confusión
ranas, grillos y murciélagos
los ejecutantes son.

SOLO

Ya está aquí la gaita hinchada,
piel de una cabra infeliz;
escuchad el chinque-chanque
de su aplastada nariz.

UN ESPÍRITU QUE RECIÉN ESTÁ FORMÁNDOSE
Piel de sapo, pies de araña
y alas dad a ese hombrecito;
de ello resultará un poema
ya que no un animalito.

UN PARCITO
Te veo entre bellas flores,
pasitos, saltitos dar;
son muchos los zapateos
pero no puedes volar.

UN VIAJERO CURIOSO
¿Es esto baile de máscaras?
¿Mis ojos he de creer?
¡A Oberón, el Dios hermoso,
a mis anchas voy a ver!

UN ORTODOXO
¡Vaya! ¡Ni garras ni cola!
Mas me sobra testimonio
de que, cual *Los Dioses de Grecia*,⁵
ese es también el Demonio.

UN ARTISTA DEL NORTE
Todo lo que he hecho y hago
son estudios, son fragmentos;
después de mi viaje a Italia,
¡verán todos mis talentos!

⁵ Título de una hermosa composición de Friedrich Schiller que dio mucho que hablar y disparatear a ciertas gentes religiosas de Weimar.

UN PURISTA

¡Qué desdicha! Verme en medio
de gentes tan mal criadas;
de cuantas brujas diviso,
dos, no más, hay empolvadas.

UNA BRUJA JOVEN

Traje y polvo son tan solo
para las viejas; por eso,
desnuda, sobre mi chivo,
luzco mi cuerpito tieso.

UNA MATRONA

Somos demasiado damas
para tener, con vos, riñas,
no dejaréis de ser viejas
por ser hoy bellas y niñas.

EL MAESTRO DE CAPILLA

Moscas, zancudos y tábanos,
¡la bella no me tapéis!
Ranas, grillos y murciélagos,
¡el compás no abandonéis!

LA VELETA, *a un lado*.

¡Qué sociedad! Son las niñas
superiores a alabanza.
¡Y los hombres! Todos, todos
de la mayor esperanza.

LA VELETA, *al otro lado*.

Y si la tierra no se abre
para, a todos, devorarlos,

soy capaz de irme al infierno
por no oírlos ni mirarlos.

XENIEN⁶

Con nuestra fina tijera,
como insectos aquí estamos
y a Satanás, nuestro padre,
como merece, acatamos.

HENNINGS⁷

Ved como juntos se burlan
en furiosa confusión
y todavía audaces dicen
que tienen buen corazón.

MUSAGUETA

Con las brujas, yo quedárame,
de buena gana a vivir;
a ellas, mejor que a las Musas,
yo sabría dirigir.

UN DIFUNTO GENIUS DER ZEIT⁸

¡Ganar nos hacen los buenos!
Ven y de mi cola, aprieta.
El Block y el Parnaso patrio
tienen bien ancha meseta.

EL VIAJERO CURIOSO

¿Cómo se llama aquel tieso?

⁶ Nombre de una colección de epigramas literarios y morales publicada por Goethe y Schiller en Weimar.

⁷ Nombre de otro autor.

⁸ Título de un periódico contrario que quiere decir *Gento del Tiempo*.

Garboso se contonea
y anda siempre paladeando
«¡A los jesuitas husmea!»

UNA GRULLA

En aguas turbias o claras,
puedo y me place pescar;
por eso, aunque hombre devoto,
me veis con diablos andar.

UN MUNDANO

A los beatos, creedlo,
todo les es un vehículo:
hasta en el Blocksberg los vemos
formar más de un conventículo.

UN BAILARÍN

¿Ya nos vienen nuevos coros?
El tambor da la señal.
¡Mas no! ¡Son las cigüeñas
graznando en el totoral!

EL MAESTRO DE BAILE

¡Ved cómo mueven sus piernas!
¡A su manera, cada uno!
Todos andan, pero, cómo,
no lo pregunta ninguno.

UN VIOLINISTA

Estas gentes y su grito
me dan cólera y mareo;
la gaita a ellas se hermana,
como a las bestias, Orfeo.

UN DOGMÁTICO

Por críticas no me dejo
descarriar nunca, cuando hablo;
el Diablo ser algo debe
si no, ¿cómo habría Diablo?

UN IDEALISTA

Tirana la fantasía
mucho abarca, por quien soy;
en verdad si soy todo eso,
de ser loco no dejo hoy.

UN REALISTA

El *ser* me es una tortura
que yo no puedo vencer;
y por vez primera, firme
no me sé en mis pies tener.

UN SUPERNATURALISTA

Aquí estoy con gusto y estos
bien me saben divertir;
pues, de los diablos, yo puedo
a ángeles buenos conducir.

UN ESCÉPTICO

Green, siguiendo una llama,
el gran tesoro encontrar:
Diablo y duda son lo mismo;
¡bien me siento en mi lugar!

EL MAESTRO DE CAPILLA

Ranas, grillos y murciélagos,
¡maldecidos diletantes!

Moscas, zancudos y tábanos,
¿que hacéis, pues, ejecutantes?

LOS HÁBILES

Sans-souci, tal es el lema
que alegres siempre ostentamos;
si de pie andar no podemos,
de cabeza andando vamos.

LOS TORPES

¡Antaño, buenos bocados,
alcanzaron nuestras muelas!
Rompió el baile los zapatos
y hoy no llevamos ni suelas.

EL FUEGO FATUO

Venimos de los pantanos
que nos dieron nuestro ser
y del papel más brillante,
tenemos aquí el placer.

EL CELAJE

En semblanza de astro y fuego,
me sentí precipitar;
hoy me revuelco en el césped,
¿quién me ayuda a levantar?

LOS ROLLIZOS

¡Lugar! ¡La grama se dobla!
Espíritus van y vienen
y aunque Espíritus, algunos
pesadas, sus plantas tienen.

PUCK

No piséis con tanta fuerza
como elefante morrudo;
y hoy sea el más torpe y grave,
Puck, el siempre ágil y agudo.

ARIEL

Si naturaleza amante
alas os dio vagarosas,
seguid mi ligero vuelo
a esa colina de rosas.

LA ORQUESTA, *pianísimo*.

Con luz de lo alto, la masa
de vapores resplandece.
Hoja y caña, mueve el viento
y todo se desvanece.

DÍA NEBULOSO⁹

Campo

Fausto y Mefistófeles.

FAUSTO

¡En la miseria! ¡Desesperada! ¡Presas ahora, después de haber vagado tanto tiempo lastimosamente sobre la tierra! ¡Encarcelada como criminal para sufrir horribles tormentos, esa afable, infeliz criatura! ¡Hasta allí! ¡Hasta allí!... ¡Y eso, vil, traidor Espíritu, me has ocultado tú! ¡Sí, mírame revolviendo colérico en tu cabeza tus diabólicos ojos! ¡Mírame y béfame con tu insoportable presencia! Ella, ¡presa!, ¡en miseria irreparable! ¡En poder de malos espíritus y de la insensible justicia humana! Y mientras tanto, ¡tú me meces en insulsos pasatiempos, me ocultas su creciente desgracia y la dejas perecer sin ayuda alguna!

MEFISTÓFELES

No es ella la primera.

FAUSTO

¡Perro! ¡Monstruo abominable!... Torna, oh Espíritu infinito, torna este gusano a su figura de perro con la cual tantas noches se plugo en ir trotando delante de mí, en pegarse a los talones del inerme viajador y en colgarse de

⁹ Esta escena y la muy pequeña que le sigue están en prosa en el original.

los hombros del que caía. Tórnalo otra vez a su figura favorita para que yo lo vea arrastrarse por el polvo, de barriga y para que yo lo pisotee, al precito...

¡No es la primera! ¡Calamidad! ¡Calamidad por ninguna alma humana comprendida! Que más de una criatura se haya hundido en el abismo de esta miseria y que la primera, en sus congojosas angustias mortales, no haya satisfecho por la culpa de las demás, ante los ojos de aquel que siempre perdona. ¡Hasta la médula de los huesos me penetra la miseria de esta sola y tú tranquilamente haces visajes sobre el destino de miles!

MEFISTÓFELES

Ya estamos otra vez saliendo de los límites de nuestro ingenio; allí donde vosotros hombres perdéis el sentido. ¿Por qué haces comunidad con nosotros, si no puedes compartirla? ¿Quieres volar y no estás libre de vértigo? ¿Te importunamos nosotros a ti o tú a nosotros?

FAUSTO

¡No me hagas rechinar así tus voraces dientes! ¡Me das náuseas!... Grande, magnífico Espíritu que dignaste aparecérteme; tú que conoces mi alma y mi corazón, ¿por qué aherrojarme a este infame compañero que se alimenta del mal y que se complace en la perdición?

MEFISTÓFELES

¿Acabaste?

FAUSTO

¡Sálvala! O de no ¡ay de ti! ¡Por siglos de siglos, la más tremenda maldición sobre ti!

MEFISTÓFELES

No puedo los lazos del vengador desatar, ni los cerrojos abrir... ¡Sálvala!... ¿Quién fue el que la precipitó a su perdición? ¿Yo o tú? (*Fausto mira furioso a su rededor.*)

¿Vas a agarrar el rayo? Es una felicidad que no haya sido dado a vosotros, míseros mortales. Hacer pedazos al inocente que se opone es procurarse, a guisa de tiranos, desahogo en casos de conflicto.

FAUSTO

¡Llévame allá! ¡He de libertarla!

MEFISTÓFELES

¿Y el peligro a que tú te expones? Sangre derramada por tu mano aún hay en la ciudad y por sobre el sitio del muerto, se ciernen espíritus vengadores que están aguaitando la vuelta del matador.

FAUSTO

¿Esto más, de ti? ¡Ruina y muerte de un mundo entero sobre ti, monstruo! ¡Llévame allá, te digo, y libértala!

MEFISTÓFELES

Te llevaré y escucha lo que puedo hacer. ¿Soy acaso omnipotente en cielos y tierra? Yo cubriré de una niebla los sentidos del carcelero, tú te apoderarás de las llaves y la sacarás con mano de hombre. ¡Yo haré la guardia! Los caballos encantados estarán prontos, y yo os llevaré. He ahí todo lo que puedo.

FAUSTO

¡Arriba! ¡Vamos!

NOCHE

Campo abierto.

Fausto y Mefistófeles, pasando en fogosos caballos negros.

FAUSTO

¿Qué hacen esos en el lugar de los suplicios?

MEFISTÓFELES

No sé qué cuecen ni qué hacen.

FAUSTO

Se levantan y se abajan volando; se inclinan y se encorvan.

MEFISTÓFELES

Es un conciliábulo de brujas.

FAUSTO

Derraman algo sobre la tierra y hacen conjuros.

MEFISTÓFELES

¡Adelante! ¡Adelante!



Delicieux, com' et lithog.

Ch. Meitz, imp' Editeur à Paris

CÁRCEL

*Fausto, con un manojo de llaves y una lámpara, delante
de un postigo de hierro.*

FAUSTO

Desusado temor, ora me agita;
del hombre, siento en mí, todo el martirio.
Detrás de estas paredes, ella habita,
y fue su crimen todo un buen delirio.
¡Qué!, ¿vacila tu paso?
¿Temes, el verla, acaso?
Tu tardanza, su muerte precipita. *(Toma la llave.)*

Cantan dentro

*La ramera mi madre
que a mí me asesinó.
El pícaro mi padre
que mis huesos royó.
Mi hermanita chiquita
a un charco los llevó;
en un ave bonita
me volví entonces yo:
¡Vuela, vuela avécita!*

FAUSTO, *abriendo.*

¡Ah! No presumes que tu amante a verte
viene y crujir escucha tu cadena
y la paja que suena. *(Entra.)*

MARGARITA, *ocultándose en su cama.*
¡Ay! ¡Ay, de mí! ¡Ya vienen! ¡Cruda muerte!

FAUSTO, *en voz baja.*
¡Calla! ¡Tu libertad solo pretendo!

MARGARITA, *revolcándose a sus pies.*
¡Si hombre eres, mi desdicha te lastime!

FAUSTO
A los guardianes que ora están durmiendo,
vas así a despertar.
(*Toma sus cadenas, para sacárselas.*)

MARGARITA, *de rodillas.*
¡Quién te dio, dime,
verdugo, sobre mí, tal poderío!
A media noche me ases ya tirano.
No me mates ahora, séme pío:
mañana, ¿tiempo no será temprano?
(*Poniéndose en pie.*)

¡Tan joven, ya a morir se me destina!
Fui bella, bella y esa fue mi ruina.
¡No me aprietes con mano, oh Dios, tan dura!
¡Ten compasión de mí! ¿Qué te he hecho, oh cielo?
¡Nunca, jamás te vi!

FAUSTO
Tanta tortura
me va casi venciendo.

MARGARITA
De ti ahora dependo;

mas déjame siquiera
que pueda amamantar la criatura.
Besándola, pasé la noche entera.
¡Ay! Por acrecentar más mi agonía,
ellos me la han quitado
y ora dicen que yo la he asesinado.
Para mí, ya no habrá nunca alegría.
¡Me escarnecen! ¡Muy mal hace esa gente!
Así un cuento decía:
¿y quién en aplicármelo consiente?

FAUSTO, *postrándosele*.

Está a tus pies tu amante
por quebrantar tus grillos.

MARGARITA, *postrándose con él*.

¡Oremos a los santos un instante!
¡Bajo de estos ladrillos;
todo el infierno, so el umbral se agita!
Y Satanás furioso
hace un ruido espantoso.

FAUSTO, *en voz alta*.

¡Margarita! ¡Querida Margarita!

MARGARITA, *prestando atención*.

¡Ese era, sí, el acento de mi amante!
(*Salta y las cadenas se le caen.*)

Yo oí que me llamaba.
¡Libre estoy! y al instante,
deshecha toda traba,
puedo volar a darle mil abrazos
y a yacer en sus brazos.

«¡Margarita!», clamó, de pie en el quicio
entre aúllos y grito del infierno,
sus blasfemias, su rabia y su bullicio,
sentí el acento del amante tierno.

FAUSTO

¡Yo lo soy!

MARGARITA

¿Tú? ¡Repítelo mil veces!

(*Agarrándolo.*)

¡Él es! ¿Dó está el tormento,
dó, de grillos y cárcel, la ansia fiera?
¡Tú eres! ¡Para salvarme te apareces!
¡Ah! ¡Ya estoy salva y llena de contento!
...Esa es la calle en que, por vez primera,
querido, yo te viera
y ese el grato jardín en que con Marta
te esperaba.

FAUSTO, *haciendo esfuerzos para que salga.*
¡Al instante, ven conmigo!

MARGARITA, *acariciándolo.*

¡Espera, estoy tan bien, aquí contigo!

FAUSTO

Si nuestro pie, ligero no se aparta,
aquí los dos nos quedaremos presos.

MARGARITA

¿Ya dar no puedes besos?
¿Los has ¡ay! olvidado
tan pronto, amigo, desde que me has dejado?

¿Por qué, de ti abrazada,
ahora me acongoja el desconsuelo?
Cuando antes, en tu voz, en tu mirada,
aspiraba yo el cielo,
y me besabas tú con tal anhelo
como para beber toda mi vida.
¡Bésame! o te daré yo sin medida
mil y mil besos míos. (*Besándolo.*)
¡Ay de mí! Mudos, fríos
están tus labios. ¡Ah!, tu amor pasado,
¿quién me lo ha arrebatado?
(*Retirándose de él.*)

FAUSTO

¡Ánimos cobra! ¡Sígueme! ¡Bien mío!
Te amo con todo el fuego
de mi alma. ¡Pero ven! ¡Esto te ruego!

MARGARITA, *volviéndose a él.*

¿Eres tú? ¿Eres tú? ¿No es desvarío?

FAUSTO

¡Lo soy! ¡Sígueme luego!

MARGARITA

Quebrantaste mis lazos
y de nuevo me estrechas en tus brazos.
¡Qué! ¿Ya horror no me tienes? Buen amigo,
¿sabes a quién libertas?

FAUSTO

Ven conmigo,
que ya se acerca el día.

MARGARITA

Yo misma asesiné la madre mía
y a mi hijo lo he ahogado.
¿A ti y a mí, no había sido dado?
¡A ti también!... ¡Sí, tú eres! Yo lo veo
y casi no lo creo.
A ver, dame tu mano.
No, no es ensueño vano.
Esta es tu mano bella,
pero ¡ay! está mojada.
Sécala amigo luego,
me parece que hay sangre, sangre en ella.
¡Qué has hecho! ¡Ay! ¡A envainar vuelve tu espada!
¡Por Dios yo te lo ruego!

FAUSTO

Lo hecho es hecho; el pasado no revivas,
ya de dolor me muero.

MARGARITA

¡Es menester que tú nos sobrevivas!
Yo, los sepulcros, describirte quiero,
que tú, mañana mismo, con cuidado,
no has de levantar. El mejor punto,
a mi madre; mi hermano, de ella, junto;
a mí ponme en un sitio retirado,
pero no muy gran trecho,
y con mi hijito aquí, sobre mi pecho.
¡Nadie reposará junto a mi lado!...
A ti, el encadenarme
era mi dulce anhelo,
era dicha del cielo.
Mas ya no lo consigo.
Me parece que tengo que esforzarme

para hablar ya contigo
y que tú, desdeñoso,
quisieras desecharme;
y no obstante, eres tú, mi buen amigo,
que siempre miras dulce y cariñoso.

FAUSTO

Si lo ves, ven conmigo.

MARGARITA

¿Fuera?

FAUSTO

¡A la libertad!

MARGARITA

¡La tumba fría
está allí! ¡Ven! La muerte nos espía,
no salgo de este techo
sino a dormir en mi perpetuo lecho...
Y tú, ¿te vas ahora?
¡Oh! ¡Si pudiera, Enrique, irme contigo!

FAUSTO

¡Sí, lo puedes! ¡Abierto está el postigo!

MARGARITA

No puedo; ya no hay nada
para esta desgraciada.
¿A qué, a qué huir, cuando
me están sin duda espiando?
Mendigar es tan horrible tormento
y peor, con voraz remordimiento.
¡Me asirían también!

FAUSTO

¡Voy a tu lado!

MARGARITA

¡Ah! ¡Ligero, ligero!

¡Salva por Dios a tu hijo desdichado!

Por el torrente arriba,

donde acaba el sendero,

una selva se ensancha;

sigue a la mano izquierda, donde estriba
en el lago, una plancha.

¡Levántalo al instante!

¡Mira! ¡Cómo se esfuerza agonizante!

¡Sálvalo! ¡Ay!

FAUSTO

¡En ti vuelve!

¡Tu libertad, un paso te devuelve!

MARGARITA

¡Si hubiésemos el monte ya pasado!

Mi madre, en una piedra se ha sentado.

Frío sudor a trascorrerme empieza.

Mi madre en una piedra se ha sentado

y mueve la cabeza;

allí se está tranquila;

no llama, tampoco hila,

mas su frente está yerta,

duerme tanto que nunca se despierta,

duerme porque seamos venturosos:

¡qué tiempos tan dichosos!



Don Quixote, par M. Laffont

Ch. Moitte, Imp. Editeur à Paris

FAUSTO

No hay voces, no hay súplicas contigo:
a tu pesar, ¡te llevaré conmigo!

MARGARITA

¡No, no me hagas violencia!
¡No me asgas con tan bárbara inclemencia!
¡Otro tiempo cedía,
siempre cedí a tus voluntades todas!

FAUSTO

¡Ven, ven querida!, ¡que ya raya el día!

MARGARITA

¡Rayando viene el día, muy ligero!
Sí, ese día postrero
que ha de ser día, Enrique, de mis bodas.
No digas a ninguno que estuviste
conmigo, en sinsabores tan extremos,
¡ay de mí!, ¡mi guirnalda ya no existe!
A vernos volveremos,
mas no será en la danza.
En silencio, la turba se abalanza;
plazas y calles llenas
la contienen apenas.
Ya doblan; ya se rompe el bastoncillo¹⁰.
¡Ay! ¡Ellos ya me amarran y me enlazan!
¡Me arrastran al banquillo!
Como al mío, desnudo,

¹⁰ Señal de que se servían antes para indicar el momento de la ejecución de la sentencia de muerte.

todo cuello los filos amenazan.
¡El mundo está, como la tumba mudo!

FAUSTO
¡Oh, si jamás hubiese yo nacido!

MEFISTÓFELES, *apareciendo*.
¡Arriba! o estáis perdidos.
¡Volemos! Mis caballos ya tiritan
que la mañana raya.

MARGARITA
¡Ay! ¿Qué es lo que los suelos nos vomitan?
¡Es él! ¡Él! ¡Hazlo al punto que se vaya!
¿Qué es lo que quiere en el lugar sagrado?
¡A mí me busca!

FAUSTO
¡Ven! ¡Tus labios sella!

MARGARITA
¡Oh justo Dios! ¡A ti yo me he entregado!

MEFISTÓFELES, *a Fausto*.
¡Ven, o en la trampa déjote con ella!

MARGARITA
¡Tuya soy, tuya, oh Padre y en ti fio!
¡Vos, ángeles, salvadme!
Y vos, escuadrón santo,
vuestra defensa, pío,
en este trance dame.
¡Me das, Enrique, espanto!

MEFISTÓFELES

¡Está ya sentenciada!

VOZ DE ARRIBA

¡Al cielo fue ensalzada!

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*

¡Conmigo ven!

(Desaparece con Fausto.)

VOZ DE ADENTRO, *debilitándose poco a poco
hasta perderse.*

¡Enrique, Enrique mío!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

Dedicatoria del traductor	7
Indicaciones preliminares para la lectura de <i>Fausto</i>	9

LA TRAGEDIA

Dedicatoria del autor	37
Prólogo en el Teatro	39
Prólogo en el Cielo	47

PRIMERA PARTE

Noche	57
Delante de la puerta de la ciudad	79
Cuarto de estudio	100
Cuarto de estudio	117
Bodega subterránea de Auerbach, en Leipzig	144
Cocina de la bruja	165
Calle	180
Noche	186
Paseo	192
Casa de la vecina	196
Calle	207
Jardín	211
Una casita en el jardín	220
Bosque y caverna	222
Cuarto de Margarita	230
Jardín de Marta	234
En la fuente	242
Callejón, entre las murallas y las casas de la ciudad	246

Noche	248
Iglesia	261
Noche de Walpurgis	266
Sueño de una noche de Walpurgis o Bodas de oro de Oberón y Titania	288
Día nebuloso	297
Noche	300
Cárcel	303

De esta edición de *Fausto I* de Johann Wolfgang Goethe, se han compuesto seiscientos ejemplares numerados. La edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial e Imprenta DESA S.A. (Reg. Ind. 16521), General Varela 1577, Lima 5, Perú, el 12 de noviembre del 2003. La edición se imprimió en papel bond alisado de 120 gramos en caracteres de Garamond Light de 12 y 13 puntos y estuvo al cuidado de Cecilia Moreano y Ricardo Silva-Santisteban.

EJEMPLAR N° 419

EL MANANTIAL OCULTO

1. Edith Södergran. *Sombra del porvenir* (Agotado)
2. Percy B. Shelley. *Epipsychidion* (Agotado)
3. Xavier Abril. *La rosa escrita* (Agotado)
4. *Upanishads* (Agotado)
5. Edgar Allan Poe. *El Cuervo* (Agotado)
6. César Moro. *La poesía surrealista* (Agotado)
7. Raúl Deustua. *Un mar apenas* (Agotado)
8. Rainer Maria Rilke. *Elegías de Duino* (Agotado)
9. Zhang Kejiu. *Sobre un sauce, la tarde* (Agotado)
10. Novalis. *Himnos a la noche. Cánticos espirituales* (Agotado)
11. César Moro. *Prestigio del amor* (Agotado)
12. Umberto Saba. *Casa y campo. Trieste y una mujer* (Agotado)
13. José Bermúdez de la Torre y Solier. *Telémaco en la isla de Calipso* (Agotado)
14. Guillaume Apollinaire. *Bestiario o Cortejo de Orfeo* (Agotado)
15. Emilio Adolfo Westphalen. *Falsos rituales y otras patrañas*. (Agotado)
16. William Shakespeare. *Poemas y sonetos* (Agotado)
17. Li Tai Po. *El bosque de las plumas* (Agotado)
18. Carlos Germán Belli. *¡Salve, Spes!* (Agotado)
19. *El Libro de Job* (Agotado)
20. Enrique Peña Barrenechea. *El silencio que nos nombra* (Agotado)
21. Rafael Alberto Arrieta. *Sonetos ingleses* (Agotado)
22. Enrique Bustamante y Ballivián. *Poesía brasileña* (Agotado)
23. Martín Adán. *A la Rosa* (Agotado)
24. *Himnos homéricos*
25. Bay Juyí. *La canción del laúd*
26. Ezra Pound. *Personæ*
27. Carlos Oquendo de Amat. *5 metros de poemas*
28. Giacomo Leopardi. *Cantos*
29. Arthur Rimbaud. *Iluminaciones*
30. Alexander Pope. *El robo del bucle*
31. Javier Sologuren y Carlos Germán Belli. *Poesía italiana del siglo XX*
32. Constantino Cavafis. *Obra poética completa*
33. Pablo Guevara. *Hotel del Cuzco*
34. Matsuo Basho. *Sendas de Oku* (Agotado)
35. Jorge Nájjar. *Poesía contemporánea de expresión francesa*
36. Johann Wolfgang Goethe. *Fausto I*
37. Johann Wolfgang Goethe. *Fausto II*